

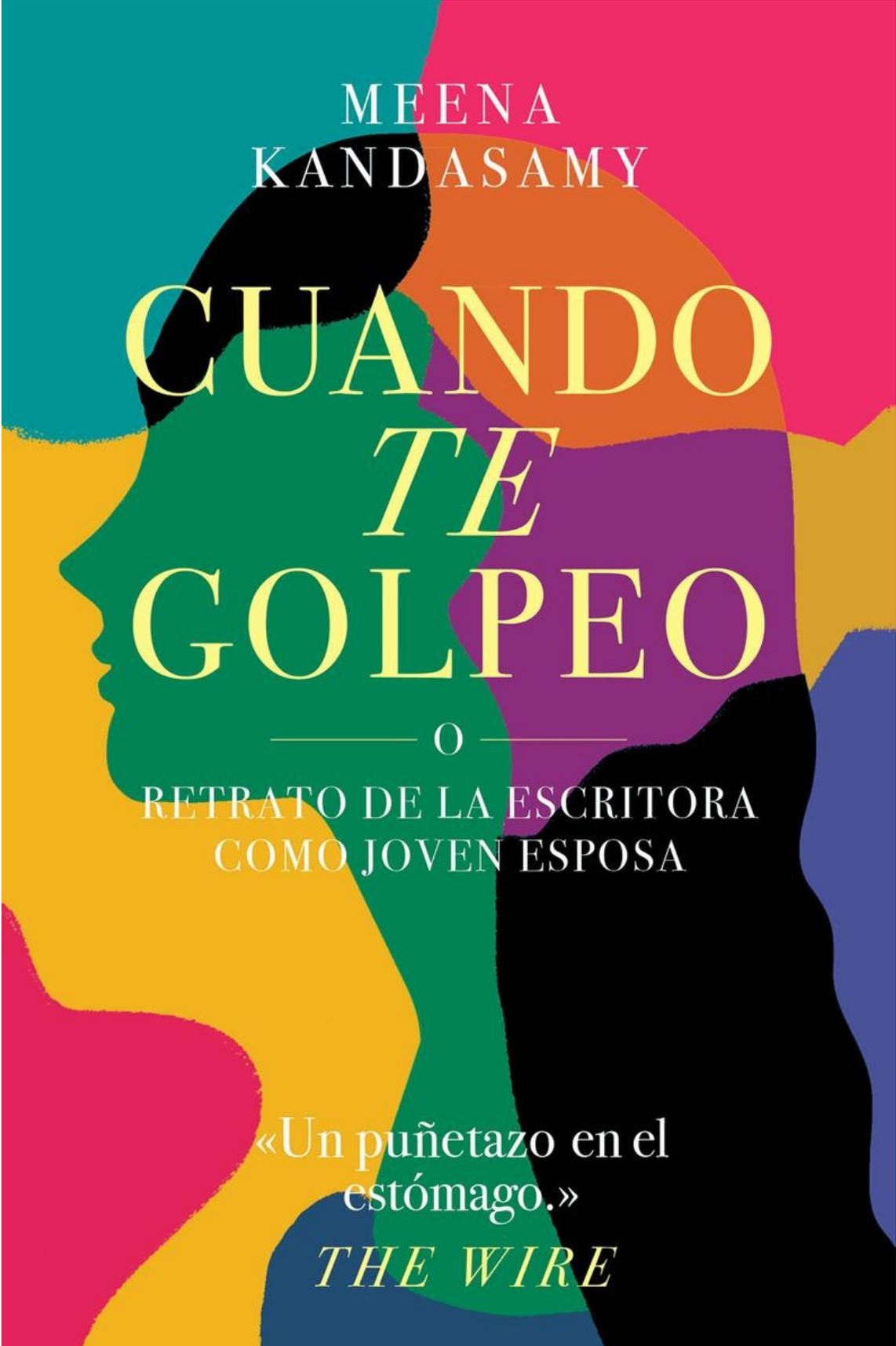
MEENA
KANDASAMY

CUANDO
TE
GOLPEO

— O —
RETRATO DE LA ESCRITORA
COMO JOVEN ESPOSA

«Un puñetazo en el
estómago.»

THE WIRE



MEENA
KANDASAMY

CUANDO
TE
GOLPEO

— O —
RETRATO DE LA ESCRITORA
COMO JOVEN ESPOSA

«Un puñetazo en el
estómago.»

THE WIRE

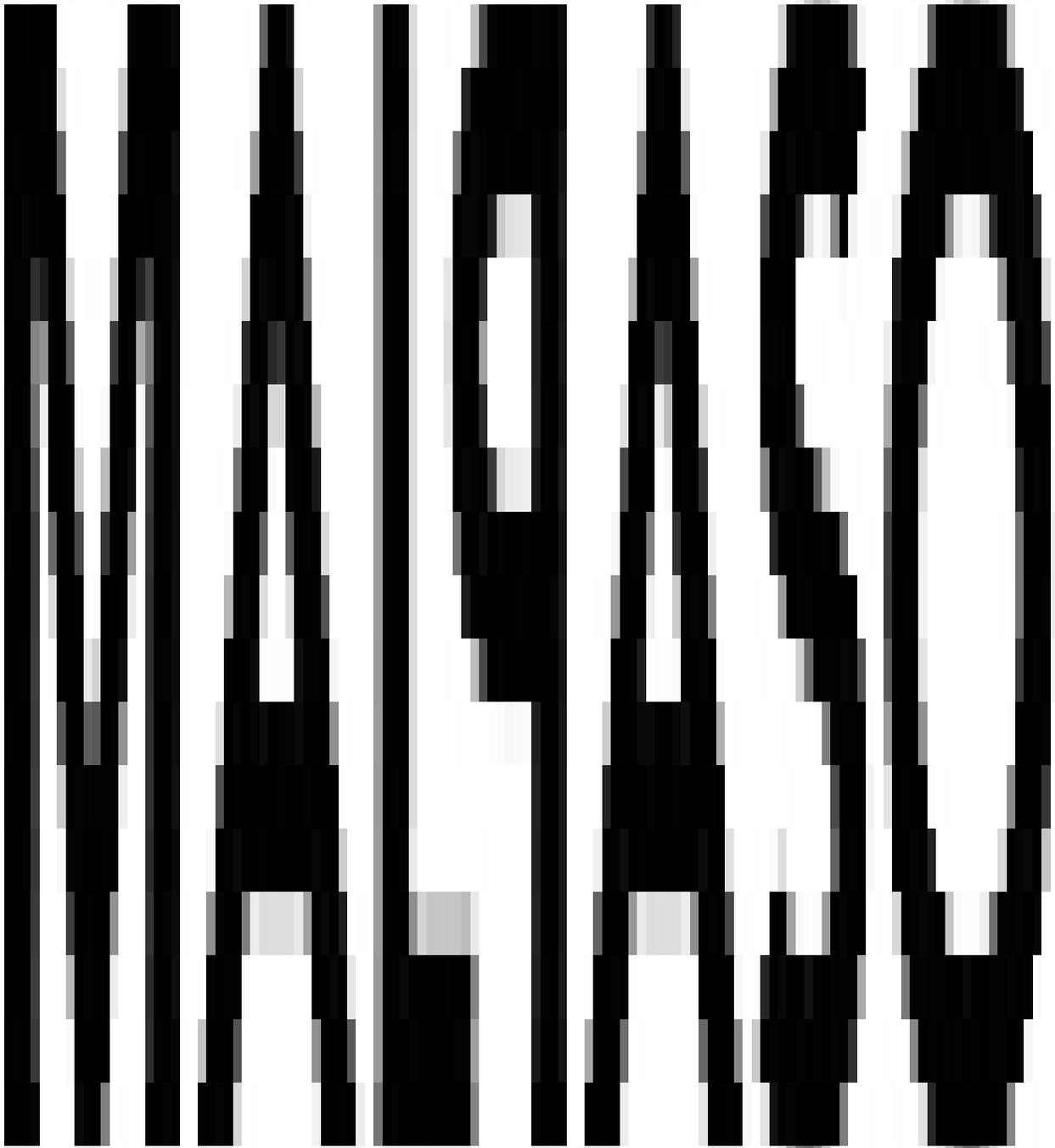
MEENA KANDASAMY

Cuando te golpeo

o

retrato de la escritora como joven esposa

TRADUCCIÓN DE BEATRIZ GALÁN ECHEVARRÍA



BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES NUEVA YORK

© Meena Kandasamy, 2017

Gestión de derechos internacionales: Susanna Lea Associates

© Traducción: Beatriz Galán Echevarría

© Malpaso Ediciones, S. L. U.

Gran Via de les Corts Catalanes, 657, entresuelo

08010 Barcelona

www.malpassoed.com

Título original: When I Hit You

ISBN: 978-84-17081-83-6

Primera edición: mayo de 2018

Diseño de interiores: Sergi Gòdia

Maquetación: Palabra de apache

Imagen de cubierta: Malpaso Ediciones, S. L. U.

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley.

*Para Cedric,
y Amma, para Appa y Thenral*

1

El tema aquí es el futuro de su única hija, lo único que de verdad importa en su vida, la única razón de sus desvelos y sus cuidados, su único consuelo, en definitiva, y no está dispuesta a quedarse de brazos cruzados viendo como ella lo tira todo por la borda.

PILAR QUINTANA,

Coleccionistas de polvos raros

Mi madre no ha dejado de hablar de ello.

Han pasado cinco años, y poco a poco su historia ha ido transformándose, ha olvidado la mayor parte de los datos, la secuencia de los acontecimientos, la fecha del mes, el día de la semana, los etcéteras y los y eso, hasta quedarse apenas en los detalles más absurdos.

De modo que, cuando empieza a hablar sobre el momento en que escapé de mi matrimonio porque recibía continuas palizas y me resultaba insoportable y absurdo continuar con el papel de la perfecta esposa india, ella no menciona al monstruo de mi marido; no menciona la violencia, ni siquiera menciona la concatenación de sucesos que acabó provocando mi huida. No, ese no es el tipo de historia que te contará mi madre, porque mi madre es profesora y, como tal, sabe que no es preciso afirmar lo obvio. De hecho también sabe, como profesora, que afirmar lo obvio es un signo inequívoco de estupidez.

Cuando narra el relato de mi huida, ella habla de mis pies. (Y le da igual que yo esté presente, que la audiencia tenga acceso visual directo a mis pies; que mis dedos se retraigan de vergüenza, que en realidad mis pies no tuvieran ninguna importancia en mi huida más allá de facilitar mi desplazamiento de menos de cien metros hasta el tuk-tuk más cercano. Mi madre se muestra indiferente a mi bochorno. Yo diría, más bien, que disfruta con el espectáculo.)

—Tendríais que haberle visto los pies —dice—. ¿De verdad podían llamarse así? ¿De verdad pertenecían a mi hija? ¡No! Los talones estaban agrietados, las suelas se habían vuelto veinticinco sombras más oscuras que el resto de la piel y, tras echar un rápido vistazo al estado de su calzado, no quedaba la menor duda de que mi hija no había hecho otra cosa que atender a sus labores durante todo el tiempo. Tenía los pies de una esclava.

Y entonces abre su boca formando una circunferencia y se golpea los labios con cuatro dedos para emitir algo que suena a «oooo». Lo hace para subrayar que lo sucedido le parece lamentable. Que en realidad no tendría que haber sucedido. Es el mismo gesto con el que las madres tamiles se golpean la boca cuando oyen hablar de la fuga de la hija de un vecino o de la muerte del familiar de un primo que cayó en desgracia, y pone de manifiesto una conveniente mezcla de tristeza y conmoción, y, lo más importante, de desaprobación.

En ocasiones, cuando está más relajada, la ternura que siente hacia su marido de

treinta y seis años la lleva a ruborizarse y a decir algo como «es un padre tan afectuoso... ¿Recuerdas cuando tuvimos aquel problema y mi hija volvió con nosotros, con esos pies que parecían los de una esclava, negros y agrietados, con cicatrices y un dedo de mugre en cada uña? Pues él se los lavó con sus propias manos, frotando y frotando y frotando con agua caliente y sal y jabón y un viejo cepillo de dientes, y les puso crema y aceite para bebés con el fin de sanarlos y devolverles su suavidad. Después, a solas conmigo, se echó a llorar. Si aquel era el estado de los pies de su hija, ¿cómo estaría su alma? La ruptura de aquel matrimonio lo rompió también a él». Pero este tipo de cosas solo las comenta con sus familiares más cercanos, sus amigos más íntimos o las pocas personas que aún son amables con ella pese a tener en casa a una hija que ha escapado de su matrimonio. Es decir, unas seis personas en todo Madrás.

No se extiende demasiado con el tema de mis pies. ¿Qué más podría decir sobre ellos a un grupo de oyentes ya ancianos con una lista de auténticos problemas de salud? La historia de los pies no cala demasiado hondo. Es una metáfora útil, pero limitada. Es la otra historia, la que se ubica en la otra punta de mi cuerpo — mi pelo, o, más específicamente, la misión de rescate a la que lo sometió mi madre—, la que se lleva la palma. Esta es la historia que ella insinúa en todas las conversaciones con la esperanza de que el desconocido que tiene delante la presione para aportar más detalles. La potente combinación de consejo médico, cuento con moraleja y experiencia vital resulta irresistible para sus aturridos amigos hipocondríacos, y ella desempeña, estilosa e indefectiblemente, su papel. Con los años se ha convertido en una especie de curandera entre sus círculos más cercanos, en gran medida porque ha logrado llegar a los sesenta en más o menos prístina forma.

—Estrés. El estrés puede provocar todo tipo de reacciones en el cuerpo. El estrés hace que la psoriasis empeore. Primero afecta a la piel y el pelo. Ni te imaginas lo que le pasó a mi hija en el pelo cuando tuvo una mala época... sí, con aquel matrimonio. ¿Qué quieres que te diga? Aléjate del estrés. Practica ejercicios de respiración. Aprende a relajarte.

O bien:

—No es más que estrés. Cuando estamos estresados, perdemos nuestra inmunidad. Los mecanismos de defensa de nuestro cuerpo se rompen y quedamos a merced de cualquier situación. Nos resfriamos continuamente porque padecemos estrés. No te rías. Cuando mi hija se casó con ese canalla, y

luego huyó de casa, sufrió tal grado de estrés que tardé varios meses en lograr que volviera a ser como antes. Se había vuelto frágil y estaba vacía como una concha. Cualquier enfermedad podría habérmola arrebatado. Es probable que no me creas, y menos viéndola ahora así, pero te aseguro que no imaginas cómo estaba. Si yo te contara... Ni su pelo se salvó de aquello. Caía sin parar. Era increíble.

O bien:

—[Inserte aquí el nombre de una enfermedad crónica] no es nada, nada que los cuidados y el amor no puedan sanar. La cura no está en la medicina, sino en un estado mental. Tienes que dejar de preocuparte. De este modo, cada día es un progreso. La preocupación solo te mata por dentro. Cualquier enfermedad puede meterse en tu cuerpo. Lo he visto en mi hija. ¡Dios, su pelo! Pero cada problema, cada situación, puede combatirse y superarse.

Y en el más que improbable caso de que esta referencia constante y directa no despertara en sus oyentes el interés suficiente como para seguir divulgando mi «condición» capilar, mi madre se moverá enérgicamente y hablará de otras cosas con desaprobación. En la mayoría de los casos, sin embargo, el destinatario de su supuesto consejo siempre parecerá tener una curiosidad saludable, y esto la complacerá enormemente.

—No había visto tantos piojos en mi vida. Piojos o liendres o como los llames. Ya sabes a qué me refiero. Tenía el pelo atestado. Si se sentaba a mi lado podía ver a esas criaturas correteando por su cabeza. Le caían por los hombros. En los doce años que fue a la escuela, aunque el pelo acabó llegándole hasta las rodillas, jamás tuvo piojos. ¡Jamás! Y ahora que volvía a casa, tras solo cuatro meses de matrimonio, después de que ese delincuente le cortara el pelo por encima de los hombros, resulta que tenía la cabeza in-fes-ta-da. Las liendres le absorbieron la energía. Una vez le puse una sábana blanca sobre la cabeza, le froté el pelo y, cuando se la quité, estaba llena de piojos. Al menos cien. Era imposible matarlos uno a uno, así que sumergí la sábana en agua hirviendo. Lo intenté con champú, sheekakaai, Nizoral y hojas de neem, pero fue en vano.

Cada vez que contaba esa historia la cifra de los piojos iba aumentando; los centenares se convirtieron en miles, los miles, en millones, y los piojos se multiplicaron hasta el infinito, convirtiéndose primero en asentamientos y luego en municipios y ciudades y naciones. En la versión de la historia que explicaba

mi madre, los piojos provocaron disturbios y alteraciones del tráfico en mi pelo, realizaron caminatas nocturnas por mi delgado cuello, declararon una guerra civil y reclutaron a un número ingente de entusiastas niños soldado que a la postre se enzarzaron en una desenfrenada guerra contra ella. Los piojos montaron una resistencia organizada y establecieron campamentos base en las áreas del cuero cabelludo que quedaban sobre las orejas y en la nuca —donde eran más difíciles de alcanzar—, pero fueron siendo diezmados, lenta e implacablemente, por los infatigables esfuerzos de mi progenitora. Se desplegaron todas las estrategias bélicas y se apeló a Sun Tzu: finge debilidad cuando te sepas fuerte y fortaleza cuando te sientas débil; si tu oponente es de temperamento colérico, trata de irritarlo con lavados más clorados de lo que pueda soportar; atácalo cuando menos se lo espere; oblígalo a desplegarse; sé tan rápido como el viento cuando empuñes el paenseppu (esto es, el inclemente cepillo quitaliendres de púas estrechas que quita tantos pelos como piojos, liendres y huevas); aprovecha el sol y usa el champú más fuerte, y, sobre todo, no pierdas el tiempo con los derechos de los piojos y la corte suprema del genocidio si estás defendiendo una zona liberada.

Así es como mi historia de «joven hija fugitiva» se convirtió, de hecho, en la gran batalla de «mi madre contra los piojos». Y dado que mi madre ganó la contienda, la historia siguió explicándose eternamente, y pronto entró a formar parte del corpus literario dedicado a la violencia doméstica. Los estadounidenses fueron advertidos de sus acciones y recibieron amonestaciones de contenido gráfico adjuntas al material correspondiente, que en todo caso adquirió un considerable empuje en otros lugares. El asunto fue enseñado en los programas dedicados al estudio de género, y las mujeres de color lo discutieron en sus grupos de lectura. (El tema era demasiado baladí, sucio y confuso para las feministas blancas, y excesivamente hostil con el medio ambiente para las ecologistas; las posmodernas, por su parte, decidieron ignorarlo porque el relato de mi madre obvió el detalle crucial de la tendencia de mi esposo a golpearme.) Incluso quienes olvidaron el contexto inicial de la historia o el pésimo transcurso del matrimonio la recordaron siempre como la fábula del amor infinito, incondicional y siempre devoto de una madre.

Por supuesto, espero que todos entiendan por qué me resisto a que sea precisamente la historia de mi madre la que se convierta en el punto de partida, el referente o la versión autorizada de la Biblia del rey Jacobo de mis aventuras

matrimoniales.

La autoría es un asunto que he acabado tomándome muy en serio. Por mucho que quiera a mi madre, no puedo soportar que se apropie de la historia de mi vida y le añada las anécdotas que le plazcan. Es puro plagio. Además, hay que tener mucho empaque para hacer algo así: está robándole la vida a un escritor. ¿Dónde se ha visto una atrocidad semejante? La primera lección que aprendí como escritora fue «no permitas que nadie te eche de tu propia historia». Sé implacable, aunque se trate de tu propia madre.

Si no actúo de inmediato, temo que su atractiva narración pueda desautorizar la verdad. Me condenará eternamente, porque cada referencia a la triste historia de mi matrimonio será indexada bajo «piojo capilar, ectoparásito, *Pediculus humanus capitis*».

Necesito parar esto antes de que mi historia se convierta en la nota a pie de página de un tratado sobre la propagación de los piojos.

Debo asumir alguna responsabilidad sobre mi propia vida.

Debo escribir mi historia.

2

Vida al instante.

Representación sin ensayo.

Cuerpo sin alteraciones.

Cabeza sin reflexión.

No sé nada del papel que represento.

Solo sé que es mío, intransferible.

Tengo que adivinar sobre el escenario

de qué trata esta obra.

Mal preparada para el privilegio de vivir,

apenas aguanto el ritmo de la acción impuesta.

Improviso, aunque aborrezco la improvisación.

WISLAWA SZYMBORSKA, Vida al instante

No hay muchas cosas que una mujer pueda hacer si es ama de casa en un pueblo extraño en el que no se habla ninguna de sus lenguas maternas. Si su vida gira en torno a su marido. Si lleva dos meses atrapada entre tres habitaciones y un porche.

Primrose Villa, con su pequeño jardín cercado y sus dos entradas laterales, tiene el aire pintoresco de los secretos bien guardados. Es el tipo de escenario que exige tragedia: las buganvillas blancas y magentas trepando por sus paredes con la exuberancia de septiembre; las papayas, a lo largo de la cara este, con sus hojas en forma de paraguas y sus frágiles troncos; un cocotero de edad avanzada, con sus hojas diseñadas para enmarcar la luna solitaria en plena noche y tocar un piano de viento bajo la lluvia.

A unos cincuenta metros de distancia se encuentra la casa del vecino más cercano, que nos cobra el alquiler en nombre de su hermano-casero. Por el otro lado, una segunda entrada a la casa se abre a un callejón que se convierte en un estrecho sendero empedrado y conduce a un claustro de monjas y a un cementerio. En el centro de todo esto, la casa en sí, pequeña y aislada, mantiene sus límites bien definidos, en intenso contraste con el abierto y vibrante jardín.

Es un plató perfecto. Y, en cierto modo, así es como lo considero: me resulta más fácil imaginar esta vida en la que estoy atrapada como si fuera una película; me resulta más fácil imaginarme como un personaje de ficción. Hace que todo lo que me rodea parezca menos aterrador; da distancia a mis experiencias. Las vuelve menos dolorosas, menos permanentes. Aquí, mucho antes de enfrentarme a una cámara, me convertí en actriz.

A nuestra casa se entra a través de una puerta de madera chirriante que en su día fue de color verde azulado. En el interior hay una sala de estar con dos sillas de plástico rojas y una mesa, en la que he dispuesto la olla para el arroz y la batidora y la plancha y el montón con todos los periódicos del día. En la pared, junto a la mesa, un calendario de la universidad de mi marido. Esta es la habitación que conecta con el resto de la casa. A la izquierda, la encimera de la cocina con los brillantes utensilios y una cocina de gas; debajo, la bombona de gas licuado; justo encima, las estrechas ventanas de marco granate que dan al jardín, y tijeras y filtros de té colgados de ganchos en la pared; en la esquina, un fregadero en el que solo hay espacio para una persona y una nevera recién estrenada que parece estar fuera de lugar. La habitación contigua es nuestro

dormitorio; da a la calle, pero sus ventanas están cubiertas por gruesas cortinas de color ocre y rojo óxido que no me puedo molestar en cambiar, y tiene una gran cama de madera contrachapada que cruje a cada movimiento. Por supuesto, tenemos un baño con baldosas blancas, escurridizas cucarachas y un gran barril azul lleno de agua. Más allá hay un cuartucho que huele a humedad y a espanto donde guardamos la ropa, los libros y un número considerable de muebles abandonados por un dueño que carecía de ánimo o interés para librarse de ellos. ¿Qué más? Las paredes, con varias capas de una cal amarillenta que con las lluvias se hincha como una mujer embarazada. En esas paredes blanqueadas por el sol, cuadrados de color intenso señalan los lugares en los que alguna vez hubo cuadros y donde ahora solo hay vacío. El suelo rojizo que debe barrerse y fregarse todas las noches. Los lagartos, tan silenciosos y antiguos como la casa. Las ratas, que solo anuncian su presencia por la noche. Este es el espacio en el que debo moverme.

Aquí todo debe permanecer lo más estable posible por el bien de la continuidad. Cada objeto debe ser devuelto con precisión al lugar del que provenía, no solo porque mi marido pierde los estribos cuando algo no está en su sitio, sino porque nadie que ve una película espera que los objetos cambien de lugar de una escena a otra. Los objetos no tienen patas para levantarse y marcharse. Esa es la desafortunada verdad, así que es mi culpa que estén fuera de lugar y es mi responsabilidad devolverlos a sus respectivas posiciones.

Esta es solo una de las obligaciones que genera mi papel de esposa perfecta y que no debo olvidar. Sin embargo, lo más importante como actriz es, por supuesto, mi aspecto.

En este punto hay más por deshacer que por hacer. Empiezo peinándome como él quiere: con el pelo recogido en una cola de caballo, bien peinado, liso, sin el menor signo de insubordinación. Después, dejo de pintarme los ojos con kohl, porque en su opinión solo lo usan las sirenas de las películas y las libertinas. Y llevo una camiseta anodina y unos pantalones de pijama, porque a él le gusta la sencillez; o bien me envuelvo en un viejo sari de algodón para parecerme a mi madre. Algunos días, cuando me siento especialmente ansiosa por impresionarle y escapar del castigo, me envuelvo en la monstruosidad informe que es el camisón.

Atenerme a los deseos de mi esposo me confiere el aspecto de una mujer que se ha dado por vencida. Pero yo sé que, ataviada de este modo, estoy lista para

interpretar el papel de la buena ama de casa. Nada estridente, nada que llame la atención, nada bonito. El objetivo es convertirme en una mujer a la que nadie quiera mirar o, para ser más exactos, a la que nadie vea siquiera.

Debería ser como el vacío. Eliminar todo aquello que refleje mi personalidad. Como una casa después de un robo. Como un maniquí despojado de su corto vestido negro, apartado del escaparate, cubierto con una sábana y encerrado en la trastienda.

A él le satisface que yo no destaque. Que me despoje de mi esencia y me convierta en un ser insignificante y pueril que puede ser controlado y moldeado a su antojo. Así es como me mostraré hoy. Anodina. Una máscara insulsa sobre un rostro hermoso. Y así es como me ocultaré: mi insignificancia evitará las discusiones.

La insignificancia se protege a sí misma. Y a veces, los que anhelan proteger algo van un paso más allá y arrastran la sencillez hasta convertirla en fealdad.

Cuando yo era pequeña, mi madre me ponía crema y me dibujaba un gran punto negro de kohl en ambas mejillas para ahuyentar el mal de ojo. Siguió haciéndolo durante la escuela primaria. Creo que el mal de ojo no hubiera sido tan cruel como las burlas de mis compañeros de clase.

Mi padre tiene un pequeño tatuaje que en su día fue de color negro, del tamaño de un grano de pimienta, justo en el centro de la frente. Cuando mi abuela dio a luz, a los catorce años, en una autoimpuesta ausencia de niñez, su bebé resultó ser tan precioso que ella creyó que los dioses sentirían la tentación de llevárselo. Para evitar cualquier amago de la divinidad de reclamarle a su hijo, decidió volverlo imperfecto. Lo salvó. Durante los últimos sesenta años ese tatuaje ha ido palideciendo hasta volverse verde claro.

No tengo que llegar tan lejos. Utilizo esta máscara de insignificancia para desactivar las sospechas en la mente de mi esposo. Mi insignificancia lo consuela enormemente porque me hace una persona poco atractiva para el mundo que me rodea. La situación no se ha deteriorado aún hasta el punto de tener que desfigurarme. Por el momento, con esto basta.

Luces, cámara, acción. Rodar, rodar, tener un papel.

Exterior. Es media tarde. Ella está de pie en el umbral de la casa, esperándole. El hombro derecho contra el marco de la puerta. La mirada perdida en el horizonte. La inquietud se pone de relieve en los círculos que traza con un pie en el suelo. Siguiendo un impulso, decide dar un paso al frente, salir de su jardín y esperarle en la calle. Hay un punto de emoción en ella que hace que su sencillez parezca incluso apropiada. Duda. Se queda quieta. Vuelve a moverse de nuevo, temerosa de que la pillen en la calle, temerosa de estar ahí, vuelve sobre sus pasos apresuradamente y le espera junto a la puerta. Adopta la misma postura que antes. Se apoya en el marco de la puerta. Se queda mirando el jardín. Cuando intuye su ágil y rápida figura recortada en el horizonte, corre obediente hacia él. No es una carrera sincera, sino una carrera a medias, que busca merecer su aprobación. Y lo más importante: no es una carrera en la que sus pechos se mueven y se agitan proclamando su existencia.

Se pone de puntillas para besarle la mejilla y caminan juntos, cerrando la puerta tras ellos.

Interior. Ella coge la bolsa de los hombros de su marido y la deposita con cuidado en un estante. Le mira, sonrío, se mantiene en esa posición durante unos segundos y luego corre a la nevera para servirle un vaso de zumo de naranja. No olvida secar la humedad de la parte superior del vaso con el dobladillo de su camisa. Le besa, en un gesto casi reverente, en el cuello. Luego retrocede y sonrío. Lo que viene a continuación es el beso de él, un abrazo, un gesto torpe. Ella sigue sonriendo. Todo cuanto hace irradia la felicidad de recibir a su esposo, que ha regresado a casa tras un largo día de trabajo.

Ahora que la acción ya tiene escenario, es el momento del diálogo, el momento de repasar su bien ensayado papel.

Le pregunta cómo ha sido su día en la universidad. Sigue hablando mientras él se desnuda, sigue hablando mientras le coge la ropa y la mete en la cesta para lavar. Le dice que le ha echado de menos. Le pregunta si tiene deberes para corregir. Le cuenta que ha estado leyendo a Lenin o a Mao o a Samir Amin (o a cualquier otra vieja lumbrera comunista) y que tuvo la tentación de ir a buscar el libro y leerle un fragmento en voz alta, para saber qué pensaba él al respecto, y

aclarar algunas dudas, y ver si tal o cual teoría podría ser aplicable también en la India. Se mueve por el principio de que consultar a un hombre es hacerle sentir como un rey, e informarle es hacerle sentir como un dios. Le cuenta que ha estado planchándole la ropa. O que limpió el inodoro. Continúa enumerando su lista con el requerido punto de humildad, hasta que él esboza un gesto de satisfacción.

Él también le cuenta algo de lo que le ha sucedido durante el día, pero sus palabras tienen pulsado el botón «mudo». La cámara solo ve, solo muestra, el entusiasmo con el que ella escucha. Él puede estar diciendo cualquier cosa: cómo salió al rescate de su jefe de departamento, cómo logró resolver un conflicto con el cuerpo de estudiantes, cómo descubrió el impresionante talento de uno de los chicos, cómo salvó a un colega de cometer un error en la hipótesis de su trabajo de investigación, cómo presentó Los condenados de la Tierra de una manera alucinante a su clase. Cualquier proeza es explicada con su conveniente falsa modestia, y ella se aferra a cada palabra; roza el éxtasis.

Él se sienta entonces ante su portátil y empieza a hacer llamadas a sus amigos. Ella le trae una taza de café. Le pregunta qué va a querer para cenar y, mientras tanto, le ofrece un canapé de dosa con chutney de cacahuete. Va a la cocina y empieza a preparar una elaborada cena. La escena se difumina ante una tabla de cortar en la que se amontonan trocitos rojos de cebolla picada. Al fondo oímos que tararea una canción tamil, «yaaro, yaarodi, unnoda purushan?».

¡Y... corten! Yo soy la esposa que interpreta el papel de una actriz que interpreta el papel de solícita esposa mientras observo a mi marido pretendiendo ser el héroe de lo cotidiano. E interpreto el papel con estilo.

Cuanto más amplió la escena de la pareja felizmente casada, más logro esquivar su ira. No solo es una prueba de talento. Mi vida depende de ello.

Sin embargo, no es solo la actuación lo que debo tener en cuenta. Soy responsable de toda la película —la desalentadora película— en la que se ha convertido mi vida. Me refiero a los ángulos de cada cámara. Me refiero a preservar las complejidades del escenario. Debo ser capaz de captar en cada toma lo que significa para una nómada estar confinada a las cuatro paredes de

una casa. Debo encontrar el modo de reflejar en pantalla el hecho de que hasta un minúsculo espacio de reclusión puede crecer, espoleado por la pena, en la mente de la mujer que vive en él. Que caminar del dormitorio a la puerta de casa es en realidad una tarea hercúlea. Que controlar el pollo al curry, cocinado a fuego lento al estilo Chettinad, cuando se está ocupada leyendo un libro, es de todo punto imposible. También debo encontrar una técnica para mostrar justo lo contrario: que las habitaciones empiezan a cerrarse sobre esta mujer cuando la violan; que las paredes la empujan hacia las esquinas; que la casa parece encogerse en el momento en que llega su marido. Que no hay dónde huir, dónde esconderse, dónde esquivar su presencia.

No tengo mucho oído musical, pero como compositora debo considerar la música de fondo. Las campanadas de la iglesia, el ajetreo a primera hora de la mañana, la rotunda quietud de la tarde, el caos del anochecer, los graznidos de los cuervos que marcan el repliegue de la luz, el canto de los grillos que se va filtrando para anunciar la noche, solamente roto por los pesados camiones que recorren las calles vacías... Así es como el mundo exterior se le acerca sigilosamente. Así es como se siente transportada al exterior. Decido que, entre los numerosos ruidos domésticos, el repiqueteo incesante de la lluvia resultará crucial para la banda sonora. La composición lluviosa deberá ir adaptándose a cada escena en la que se use. El estruendo de los truenos en la distancia para acentuar las tensiones matrimoniales. La caída gradual de una llovizna para señalar el final de un momento de desesperación. El relámpago, azul o rosa o púrpura o de un blanco cegador, como advertencia sensorial, iluminando su figura dormida antes de que el fragoso cielo la despierte. El aparato eléctrico, haciendo novillos de repente y sumiendo las discusiones de la pareja en la más absoluta oscuridad. Contemplo la respuesta correcta a cada provocación, y tacho líneas de diálogo cuando me doy cuenta de que el silencio resulta más significativo. Aquí yo soy la actriz, la autoproclamada directora, la cineasta y la guionista. Cada papel que me mantenga alejada del rol de esposa me concede libertad creativa. La historia cambia cada día, cada hora, cada vez que me siento y la redefino. Los actores no cambian, no puedo escapar del escenario, pero con cada cambio de perspectiva nace una historia diferente. Tengo incluso preparado el material publicitario para una película que nunca se producirá y nunca llegará a la pantalla.

DOCE HOMBRES AIRADOS (EN LA CAMA)

Esta película muestra a una joven y bohemia escritora que es reclutada por su marido, desesperado por hacer campaña a favor de una revolución comunista. Inconscientemente cree que el sexo abarca algo más que el intercambio de líquidos corporales, y convencido de que puede inyectar ideología en su loca esposa, lleva cada noche a su cama a once hombres airados poniendo en peligro, sin darse cuenta, su condición de hombre deseado.

A veces fantástica, a veces tediosa, la compañía de Hegel, Marx, Engels, Lenin, Stalin, Mao, Edward Said, Gramsci, Žižek, Fanon y el primordial Che Guevara da muestras de ser una mala influencia. Advirtiendo rápidamente que cuanto más cambia ella menos cambian las cosas que la rodean, la escritora empieza a ensayar el ridículo papel de una intelectual que intenta salvar su matrimonio. Simulando orgasmos de placer al discutir sobre la ortodoxia de la Segunda Internacional o desestimando la idea posmoderna de la deconstrucción, avanza en su papel con aplomo. Cual parodia, combinando pretenciosas orgías intelectuales y una monótona rutina doméstica, este indecente espectáculo de dormitorio presenta a doce hombres airados y a una encantadora escritora que trata de escapar a toda costa de sus garras ideológicas.

Con una actuación valiente y un diálogo que es al tiempo hilarante y terrorífico, esta avalancha cómica está llamada a complacer a las multitudes. Garantizado.

3

Los hombres son inútiles; para atraparlos use el cebo más barato, pero nunca el amor, que en una mujer debe significar lágrimas y silencio en la sangre.

KAMALA DAS, Una batalla perdida

Como muchos otros escritores, me consideraba a mí misma de la amplia izquierda. No sabía exactamente dónde quedaba esa izquierda, pero sabía que formaba parte de ella. Fui de las que se compró una insignia del Che Guevara cuando tenía quince años, y me habría acostado con él si no hubiese sido menor de edad y él no llevara mucho tiempo muerto. También me encantaba Bob Marley. Y me enamoré de las erres sonoras del español escuchando el discurso de Fidel Castro «La historia me absolverá». Pertenecía a esa generación de niños indios de los ochenta que crecieron con las revistas y la literatura infantil soviética. Hormigas y astronautas y zorros rojos y pájaros de fuego y conejitos nacidos de los rayos de sol y caballos jorobados y soldados valientes y criaturas mágicas con el pelo en llamas, todos trabajando por el bien común y enfrentándose a la codicia y el egoísmo. Conocía mejor esas historias que cualquiera de las de mi pueblo. Me encantaba Rusia y ese frío glacial que mató a los nazis, esa nieve soviética que salvó al mundo.

Y entonces la vimos desaparecer. Mis padres lloraron una semana entera cuando cayó la URSS y dedicaron a Gorbachov los peores insultos en tamil que se les pasaron por la cabeza. Hasta que las noticias fueron sucediéndose y el sueño soviético pasó a la historia. Pero no perdí la esperanza tan fácilmente. Mi sangre seguía siendo roja.

Acudí a un campamento juvenil dedicado a Cuba y vi un documental sobre sus jóvenes médicos. Llené dos estantes enteros con todos los títulos que pude encontrar en Madrás editados por la Editorial Progreso de Moscú. Leí e incluso releí el Manifiesto comunista. Viví en un sueño que llevaba ya mucho tiempo muerto, relegado al pasado. Un sueño que debía ser resucitado. El capitalismo estaba arruinando el mundo, de eso no cabía ninguna duda. Necesitábamos una forma de vida alternativa, una forma distinta de organizar la sociedad. Yo tenía veintiséis años, y pensé que estaba haciendo todo lo que podía.

Y entonces, durante una campaña online contra la pena de muerte, conocí al hombre que acabaría convirtiéndose en mi esposo. Me encantó. Era profesor universitario, más de izquierdas que nadie y todo lo ortodoxo que se pudiera llegar a ser. Exhibía con encanto sus aires de proscrito y no escondía sus credenciales comunistas. Había sido un rebelde naxalita («maoísta», me corrigió). Un revolucionario clandestino. Había adoptado como mínimo diez nombres distintos en menos de tres años. Hablaba muchos idiomas, pero no quiso decirme cuáles, por miedo a revelar demasiada información por teléfono.

Me dijo que iría conociendo todos los detalles a medida que avanzara nuestra camaradería. El elemento de peligro le confería un aura irresistible. Me encantaba esa sensación de aventura. Me encantaba su idealismo, y me parecía que su obsesión dogmática era entrañable. Para combatir los demonios del capitalismo necesitábamos los guerreros más leales. Él era uno, y podría convertirme a mí también.

En una de nuestras primeras conversaciones telefónicas me dijo que teníamos que enfrentarnos a la GLP. Yo ya conocía el gas licuado de petróleo, esas bombonas naranjas de catorce kilos que llegaban a casa dos veces al mes y nos permitían cocinar a diario. Me mostré rápidamente de acuerdo y hablé de la necesidad de dar con un biocombustible orgánico. Él no pareció impresionado. Quizá creyó que era una hippy. Quizá fue la manera como pronuncié «orgánico», marcando cada una de sus consonantes, construyéndome una cabaña y una balsa entre sus sílabas. Estaba equivocada. «¿No sabías que GLP significa “globalización-liberalización-privatización”? ¿De verdad?»

En su honor debo decir que fue un hombre que me dio varias oportunidades. Tras aquella estúpida respuesta, me preguntó si al menos sabía lo que significaba MLM. Me pareció un fastidio tanto juego de siglas, debo admitirlo, y en esa ocasión hice trampa. No quería que mi ignorancia se interpusiera entre él y yo. Busqué en Google y no tuve ninguna duda de que en esa ocasión había dado con la respuesta correcta, pues lo que encontré parecía estar relacionado con la economía capitalista, así que respondí: «multi-level-marketing». Él lanzó una carcajada al otro lado del teléfono y, tras lo que pareció una pausa interminable, añadió que habría preferido tener el coraje de llorar en vez de reír.

MLM, o ma-le-ma, significaba «marxismo-leninismo-maoísmo» y era la única política que liberaría al pueblo. Suspiró. Yo estaba demasiado inmersa en un estilo de vida de clase media para conocer los problemas que afectaban verdaderamente al pueblo, me informó solemnemente. Tendría que dejar todo eso atrás si quería que mis escritos contribuyeran a mejorar la situación de la gente de a pie. Estaba dispuesta a aprender, le dije.

—¿Has leído Un vaso de agua y besos sin amor? —me preguntó una vez en un mensaje de texto.

¿Estaba tratando de ligar conmigo? ¿Por qué si no iba a dejar caer una palabra como «beso» en medio de una conversación seria sobre el comunismo?

—No. ¿Lo has escrito tú?

Bombardeo de LMAOs, ROFLs y demás siglas.

—No. En absoluto. Es de Lenin y Clara Zetkin.

—¡Ah! Pero eso va de Lenin frente al tema de las mujeres. Sus conversaciones con Zetkin, ¿no? Claro que lo he leído. Y hay puntos muy cuestionables, camarada.

—Oh. ¿Y qué vio en él la feminista que le pareció tan ofensivo?

—Creo que expresa ciertas opiniones francamente desagradables sobre las mujeres, como cuando habla de la teoría de que el sexo es tan trivial como beber un vaso de agua.

—¿Como por ejemplo?

—Espera, deja que encuentre la cita exacta... Aquí: «Por supuesto, la sed debe ser saciada. Pero ¿se inclinaría una persona normal ante la alcantarilla y bebería de un charco? ¿O incluso de un vaso cuyo borde hubiera sido rozado por muchos labios?». Bueno, eso me parece muy ofensivo. Como feminista, jamás me vería a mí misma como una alcantarilla o como un vaso rozado por muchos labios.

—Mmm. Interesante.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

—Bueno, el camarada Lenin te ofende. Puede que no comparta tu punto de vista, pero puedo comprenderlo. Sin embargo, en cuanto leí este libro por primera vez me di cuenta de lo mucho que estaba ofendiendo a Lenin con mis acciones, a su teoría y al comunismo en sí. El libro hizo de mí un hombre mejor, un camarada mejor.

—¿Qué te llevó a pensar que estabas ofendiendo a Lenin?

—Hay una parte en la que Lenin habla de cómo los hombres, incluso los

llamados marxistas, se aprovechan de la idea de la emancipación del amor, que no es más que la emancipación de la carne, para tener un lío amoroso tras otro. Lenin condena semejante promiscuidad en las cuestiones sexuales y la define como propia de la burguesía. Eso ha hecho que me sienta culpable, como si todas las conversaciones que he ido manteniendo con mis camaradas femeninas sobre la emancipación y la libertad no hubieran tenido más propósito que el de lograr que se enamoraran de mí. ¿Acaso mis conversaciones sobre su libertad sexual no eran más que excusas para acostarme con ellas? Me di cuenta de las libertades que me había tomado con el comunismo. Me sentí un tramposo, un impostor.

Yo estaba aturdida e impresionada. Lo que él sentía no era ira contra Lenin, como la sentía yo, sino contra sí mismo. Una combinación de introspección y honestidad que ardía con la violencia del fuego.

Aquella conversación fue definitiva.

«Este es el hombre adecuado», pensé.

Él haría que yo lo viera todo de manera distinta.

Poco después de casarme, descubrí que mi esposo no odiaba tanto a los Bill Gates, los Warren Buffett o los hermanos Ambani de este mundo y del estado indio como a los escritores pequeñoburgueses (es decir, a mí). Se autoproclamó «verdadero maoísta» y se embarcó en un exhaustivo análisis de mi clase. Después, tras sus decepcionantes descubrimientos, decidió orientarme hacia el camino correcto. Nuestro matrimonio se convirtió en un campamento de reeducación. Él se transformó en maestro, y yo, en la esposa-estudiante que aprendía del cruzado comunista.

PREGUNTA: ¿Dónde se pone el sol?

RESPUESTA: Sobre las clases dominantes, que explotan a las masas trabajadoras.

P: ¿Qué aguanta el cielo?

R: La estrella roja.

P: ¿Y quién sostiene el cielo?

R: Las mujeres sostienen la mitad del cielo.

P: ¿Para qué vivimos?

R: Para la revolución.

P: ¿Qué es la revolución?

R: La revolución no es una fiesta ni una cena. La revolución no es escribir un ensayo. La revolución no es pintar una imagen ni hacer un bordado. La revolución no puede ser tan pausada, tan tranquila y gentil, tan templada y amable y cortés y sobria y magnánima. La Revolución es como probar una pera. Si quieres saber cómo sabe, debes comértela tú. Si deseas conocer la teoría y los métodos de la revolución, debes tomar partido porque todo el conocimiento genuino se origina en la experiencia directa.

P: ¿Dónde se obtiene la experiencia directa?

R: Aprendiendo de y enseñando a las masas.

P: ¿Qué es el amor?

R: ...

P: ¿Qué es el amor, he dicho?

R: ¿El comunismo?

P: ¡Correcto! ¿Y qué es el comunismo?

R: ¿El amor?

R: ¡No! El comunismo no es amor; es un martillo que utilizamos para corregirnos y aplastar a nuestros enemigos.

De modo que esta es la conclusión: debo aprender y debo cambiar. No hay otra opción. La crítica asfixiante que al principio —no sin admiración— le vi

desplegar sobre sí mismo había encontrado un nuevo objetivo.

Durante el período de instrucción, mi esposo me indica que no basta con conocer la palabra escrita. Que eso es lo que diferencia a las religiones que confían en el dogma de los libros sagrados y el comunismo. No solo debo aprender y absorber el Pequeño libro rojo: debo aprender de las personas que me rodean; debo aprender que ir caminando hasta el colmado sin una dupatta sobre la túnica hace que la gente frunza el ceño porque no respeto sus estándares de decencia; debo aprender que mi esposo no me coge de la mano en público por respeto a las costumbres sociales de la gente; debo aprender que un comunista solo se desplaza en autobús porque es el transporte del pueblo (a menos, claro, que llegue tarde a un seminario que él mismo imparte, en cuyo caso puede coger un tuk-tuk). Debo recordar que la responsabilidad del cuerpo femenino recae sobre mí y que no me está permitido moverme ni caminar de un modo que lleve a los demás a percibirlo como objeto de atracción o disfrute (aunque debo tolerar respetuosamente que me soben, me silben o me hagan proposiciones). Debo aprender que, en público, una mujer comunista puede ser tratada con absoluto respeto y como una igual por sus camaradas, pero que a puerta cerrada puede ser abofeteada y tratada como una puta. Pura dialéctica.

Mucho antes de matricularme en Introducción al Comunismo (curso matrimonial), llevaba una vida bastante normal, bastante escasa en eventos, bastante de clase media, con muy poco drama: ni hambre ni orfandad ni crisis de refugiados ni incesto ni búsqueda de asilo ni pena de cárcel ni ISIS ni novio yihadista ni esposo tigre tamil ni matrimonio infantil ni fracasados intentos de suicidio ni logros precoces ni padres que se divorcian ni desempleos, aventuras o quiebras. En esa ausencia de tragedia, lo que me mantuvo realmente ocupada cuando era una adolescente fue la búsqueda de un único amor verdadero, ese tipo de amor que solo hallaba en las películas tamil, en las que el hombre era un héroe para el resto, el desvalido que se imponía a los malos, el huérfano tímido y balbuciente que no podía contener su ira ante la injusticia, el policía infiltrado y con gran corazón, el estudiante activista incomprendido, el distinguido triunfador al que no le importaba un carajo lo que sucede en el mundo hasta que alguien amenazaba a su chica. En cualquier caso, y por mucho que me esforzara, no iba a ser fácil para una chica como yo encontrar a un hombre como ese.

Dicho lo dicho, incluso para alguien cuya apariencia poco atractiva debía ser

compensada y aplacada por vagos cumplidos como «caliente», «tórrido» o «ardoroso» (todos ellos más adecuados para describir el clima de Madrás que a una de sus mujeres, me temo), dejé a mis espaldas una larga lista de corazones rotos y egos magullados y devdases y majnus y romeos y salims y kattabommans y atthai payyans. Los hombres se me ofrecían, ansiosos, listos para el sacrificio. Llegaban a mí con versos juveniles, con chistes divertidos, con improbables dudas aritméticas, con los billetes de autobús del último mes, ya usados, que yo había tirado descuidadamente y que ellos habían recogido con diligencia, con una sonrisa tímida en sus caras y una carta de amor oculta en un libro de texto que me habían prestado. Me pedían el número de teléfono, llamaban a casa y permanecían en silencio cuando oían a mi padre al otro extremo de la línea. Me agregaban a Yahoo Messenger y se morían de vergüenza cuando el pequeño indicador de estado junto a mi nombre de usuario se volvía verde, y para cuando reunían el coraje de escribir algo yo ya había vuelto a desconectarme, distraída, cavilando sobre los desconocidos de todo el mundo que trataban de ligar conmigo y me contaban sus secretos más profundos, confiando en mí porque creían que yo era una talla 36 que llevaba ropa interior de encaje rojo.

La diplomacia me ayudó a deshacerme de la mayoría de esas atenciones masculinas, pero no me sirvió para la búsqueda de un único amor verdadero. No encontrarlo fue una maldición: aprendí a gestionar la admiración masculina de forma despiadada, rechazando a mis pretendientes sin ofrecerles siquiera la oportunidad de tomar un café juntos (así que ni hablar de una incursión en mi ropa interior), y de pronto me vi en la contrariedad de ser una mujer joven en edad casadera sin una sola historia romántica que compartir, más allá de envolverme con las sábanas a las dos de la mañana y perderme en la pintoresca fantasía de haber sido asaltada por Rhett Butler. Nunca me habían besado. Ni siquiera había recibido un beso tamil. Y entonces, cuando acabé la universidad, decidí que el amor no llama a la puerta de quienes se quedan clavados en un solo lugar leyendo los libros de Mills & Boon. Y decidí mudarme.

Irme de casa resultó complicado. Habría sido más fácil si yo hubiese sido un ingeniero que se iba a Estados Unidos a hacer un máster. Aquello habría permitido a mi padre jactarse cada día ante sus colegas y habría facilitado la razón de ser de mi madre, que se sentiría superior a sus vecinas y tendría cubierto, por tanto, el sentido de la vida. Ambos se habrían sentido henchidos de

orgullo, tal vez peligrosamente, poniendo en peligro una arteria aquí, revelando una vena varicosa allí. Pero en lugar de eso, su única hija solo quería ir al sórdido estado vecino de Kerala para matricularse en uno de esos cursos de cinco años que no tenían ningún encanto, no requerían ninguna destreza intelectual y ni siquiera favorecían las perspectivas de trabajo. «Todos los que viven en Kerala vienen a estudiar aquí, pero nuestra única hija decide hacer el camino inverso. ¿Qué podemos hacer?»

A las quejas intermitentes de mi padre se sumaron las de mi madre, que no paraba de hablar de conflictos sexuales, ganja, alcoholismo y turistas extranjeros haciendo que Kerala —un modesto estado de lagunas y cuarenta ríos— se pareciera cada vez más a Goa. Al darse cuenta de que no era fácil asustarme, incluso trató de provocar mis celos hablándome del legendario encanto de las mujeres malayalis, con la esperanza de que, en un momento de inseguridad, abandonara mi plan. Por mucho que su revelación me incomodara, encontré la respuesta perfecta:

—Voy a ir a estudiar, mamá, a es-tu-diar. No a un concurso de belleza.

Fingió que no me oía.

Tras fracasar en su batalla contra Kerala, ambos fueron lo suficientemente listos para urdir un nuevo plan de ataque. Mamá lloró durante días y papá lloró porque ella lloraba. Hicieron turnos para venir a mi habitación, sentarse en una silla y llorar. Mamá me confesó que no quería quedarse a solas con su esposo todos los días y me suplicó que no me fuera. Papá afirmó que, sin mi presencia conciliadora en casa, él no tendría una sola noche tranquila, pues mi madre estaba empeñada en enviarlo temprano a la tumba a base de infinitas discusiones.

Me hicieron ver que, sin mí, su matrimonio haría aguas; predijeron un futuro en el que envejecerían solos y no habría ninguna hija en su lecho de muerte; maldijeron la televisión, los periódicos, las emisoras de radio y a mi mejor amiga por meterme semejante idea en la cabeza; y cuando todo lo demás fracasó, me culparon abierta, clara y rotundamente por ser ingrata, irreflexiva y egoísta. Al final, tras muchas semanas de chantaje emocional fallido, tuvieron que ceder y hacerse por fin a la idea de que iba a irme de verdad.

No tardé nada en acostumbrarme a la vida universitaria. Estudiaba lengua y literatura durante el día y hallaba el valor para soltarme el pelo por la noche. Trataba a los hombres como si tuviera un puesto fijo en la oficina de igualdad de oportunidades. Flirteaba. Hacía amistades.

Los hombres que me gustaban citaban a Neruda. Leían a García Márquez en lengua malayalam. Un tren con retraso, una huelga en día de exámenes, la dificultad de conseguir entradas para el cine, las colas interminables en la tienda de bebidas... eran para ellos asuntos kafkianos. Hablaban de Theodorakis y Cacoyannis y me pedían que les acompañara a ver Zorba el griego. Escribían poemas. Sazonaban sus conversaciones con diálogos de películas de las que yo andaba muy escasa de referencias. A la primera señal de nubes monzónicas cantaban a Rafi —«aaj mausam bada beimaan hai»—, escogido para achacar al clima o al estado de los cielos o al olor de la tierra ávida y empapada sus propósitos de seducción. Imitaban a Rajinikanth y, cuando alcanzaban el grado de intimidad adecuado, se ponían a cantar canciones tamil para complacerme. Eran rompecorazones veteranos, llevaban las heridas de guerra del amor en sus barbas. Mecían sus mundus, los llevaban a todas partes. Bebían ron, whisky y brandi, y, por lealtad a Rusia, hacían sus brindis con vodka. Trataban de avanzar; pedían abrazos con la insistencia que un niño de dos años pide caramelos, y se disculpaban al día siguiente, apelando al hecho de que el alcohol hizo que se pasasen de la raya. Pero al día siguiente hacían exactamente lo mismo. Y un hermoso día, de un modo completamente inesperado, juraban que iban a suicidarse porque yo no correspondía a su amor.

Me empapé de todo aquello.

Estaba Anish, al que nunca vi fuera de la universidad. Se contentaba con mirarme a los ojos y garabatear mi nombre en sus cuadernos; él fue el del amor respetable, el que no rompía fronteras, el que fertilizaba en lugar de follar como un loco, el que trataba a la mujer casi como a una hermana hasta el día de su matrimonio. Fue el hombre tímido e inseguro, el del bigote que aún presentaba calvas, el del amor que empezó como una misión fallida; el del amor que siguió adelante.

Balakrishnan, quien vio en mí la expresión terrenal de la música de Ilaiyaraja y afirmó haber descubierto también en mí (ojos muy abiertos, voluntad férrea,

rapidez en la réplica, tendencia a danzar bajo la lluvia) a la Revathi de la película Mouna Ragam: el tipo de mujer con la que fantaseaban los hombres de la generación de mi padre; la mujer cuyo toque era eléctrico y su discurso, afilado como una hoz; la mujer que combinaba la astucia del viejo mundo con la más rústica ingenuidad. Y cuanto más proyectaba esa imagen de mí, más me distanciaba yo de mi verdadero yo, y del suyo.

Chandran, delgado, alto, moreno y barbudo, me llevó a sus ensayos. Lo conocí cuando me presenté a la audición de una obra; él estaba haciendo una adaptación de La última tentación de Cristo. La vida de Chandran giraba en torno al teatro, pero no le bastaba con eso: para él, estar enamorado significaba estar vivo, y eso implicaba no aferrarse demasiado tiempo a una emoción, evitar que le saliera musgo, y cambiar, cambiar, cambiar siempre, todo el tiempo, más allá del destino, de la fuerza y los «que te den», de modo que en cada momento de su vida su corazón se desangraba viviendo al límite, y él no hacía más que sentir y sentir y sentir.

Dinesh, un amigo de Azhar, vino a preguntarme si el texto de su página web tenía algún error gramatical. Él fue quien habló y habló y habló, dirigiéndose a mí pero centrándose en él. Y entonces, en medio de toda esa palabrería, tuve la oportunidad de descubrir que besando era el mejor. Habría permitido que mis días giraran en torno a su lengua, pero no estaba dispuesta a recorrer los kilómetros de discurso que diseñaban su camino, así que lo dejé, no porque no me gustara ni por malicia, sino porque necesitaba un respiro en su incesante conversación.

Edwin, el niño rico, se estaba explorando a sí mismo: se interesaba por el jazz y la marihuana entre semana, y por la poesía, Faiz y Pound el fin de semana. Él fue el aspirante a pintor que me escribía canciones, el empresario que quería que apreciara a Monet y Cézanne, el que me suplicó que leyera a Susan Sontag y me llevó a playas escondidas para hacerme fotos porque estaba locamente enamorado de mis imperfecciones. Pero yo no podía estar al nivel de su búsqueda errática del arte y la belleza, y me invadió el súbito temor de que aquel mundo tan meticulosamente construido a su alrededor pudiera hacerse pedazos en cualquier momento, así que me alejé de él cual estrella que se sale de su órbita para mantener su propia luz.

Faizal, que pasó por mi vida brevemente, traía nubes de depresión sobre sus pequeños y encorvados hombros, y hablaba de sombras que le susurraban en la

cabeza, y de sombras cosidas a sus pies, y sacudía mis palabras de amor como gotas de rocío sobre hojas muertas y en descomposición. Vivía en un ebrio estupor hasta que la luna de piel de jengibre aparecía en el cielo, y entonces venía hasta mí, me abrazaba y respiraba mi olor a árbol de lluvia para sentirse seguro, y su noche llegaba a su fin entre mis brazos. Hasta que un día los demonios de su cabeza se apoderaron de él y quedó atrapado en su mundo de tristeza, y yo tenía miedo de entrar y él tenía miedo de salir y lo dejamos ahí, en algún lugar al que las palabras no podían llegar.

Girish, un colega, profesor universitario, cuyo radar no tardó en percibir mi inquietud, me ofreció una mano amiga. Él fue quien me reveló —una semana después de conocernos— que nunca había consumado el matrimonio con su esposa, e intentó por todos los medios conseguir que me acostara con él por piedad. Pero fue en vano. Aquello solo agrió nuestra amistad. Y entonces dijo a todo el claustro que yo había intentado seducirlo, y casi todos parecieron creer su historia, excepto las mujeres que habían pasado por lo mismo y sabían de qué pie cojeaba.

A es B es C es D es E es F es G es H es I.

Y J es K es L es M es N es O es P es Q.

Y R es S es T es V es W es algo de X-Y-Z.

No todas sus historias deben escribirse aquí.

Sunil podría haber sido Sudheer podría haber sido Satish podría haber sido Surya podría haber sido Sareesh podría haber sido Sunny podría haber sido Sandeep.

Los nombres no importan. Todos pueden cambiarse en cualquier momento en las páginas, pero mi historia seguiría siendo la misma. Todos eran desconocidos, todos se hicieron amigos míos de un modo u otro y, por mucho que alimentaran mi limitado conocimiento de lo que significaba ser el objeto del deseo de un hombre, no perdí la cabeza por ninguno de ellos. Jugué a su juego, esperando que casualmente apareciera el amor. Algunos límites fueron violados. Otros fueron redefinidos. Otros se convirtieron en fronteras con un ejército vigilante acampado en toda su longitud. Perdí algo, aprendí algo.

Pese a la arbitrariedad de mi búsqueda, la ausencia de mapas y la falta de luz de las estrellas moribundas que se desvanecían, un día dirigí mi inquieto corazón, cual barquito de papel, hacia un ancla segura.

Él venía de la costa, una criatura del mar. Sus palabras fueron vientos fuertes y aguas tormentosas, pero en medio de tanta agitación encontré al hombre que siempre había anhelado. Mi único amor verdadero. Fui arrastrada por él, me enamoré antes de darme cuenta de que era un político famoso y de comprender que aquello estaba condenado al fracaso antes de haber compartido siquiera nuestro primer beso.

Déjame contarte un sueño. Lejos de los paisajes marinos, en las profundidades de los bosques del centro de Kerala, encuentro un leopardo. Siento que sus ojos me atraviesan. Como la gata que soy, le acaricio la cabeza, le rasco la nuca, permito que me olisque. Él juega conmigo. Incluso me deja rascarle el vientre. Entonces, de repente, en un abrir y cerrar de ojos, sus dientes felinos se topan con mi carne, mutilan mi mano, mi corazón sangra. Así es como termina el sueño. La realidad interviene más tarde.

Este único amor verdadero, que floreció durante dos, tres años, me dejó herida. Pasé meses acurrucada en la cama, sollozando, vaciando mi corazón. Al aprender a olvidarme de él, tuve que recoger lo que quedaba de mí, los pequeños fragmentos de individualidad desparramados por el escenario de nuestro amor como brazaletes rotos, cristales esquirlados, guijarros de colores. Baratijas como las que a los cuervos les gusta regalarse y que los niños coleccionan.

Fue un amante que se había convertido en paisaje. Todo en Kerala me hacía pensar en él. El mar interminable hacía que me sintiera abandonada. Las riberas solitarias me hacían llorar desconsoladamente. El amanecer sobre el cielo rosa y de cemento me llevaba a la desesperación. Los grafitis políticos me atormentaban. La ciudad se convirtió en su despiadada mensajera. Tuve que renunciar a esta vida y volver a casa con mis padres.

De vuelta al aburrimiento de Madrás, y para escapar del ceño fruncido de mis padres, me hice con todos los trabajos freelance que pude, volví a dedicar el tiempo al activismo en la red y llené mi calendario con la esperanza de que estar ocupada me ayudaría a sobrellevar el desamor. En ese momento de vulnerabilidad conocí al hombre con el que acabaría casándome.

No busqué el dolor sordo del deseo en esa cacería. Solo deseaba seguridad. Además, él resultaba tener incorporadas dos salvaguardas: a diferencia del político, el profesor universitario parecía el marido perfecto a ojos de mis padres, y también, a diferencia del político, su vida secreta como guerrillero lo llevaba a creer que la revolución derrocaría el estado indio y boicotearía las estructuras democráticas, por lo que yo podía estar segura de la ausencia de ambiciones electorales que frustrasen una vida en común.

Me lancé a sus brazos.

Mi esperanza, podría decirse, devino desesperación en esta historia.

4

En el uso siempre hay dos.

El manipulador baila con una compañera que se engaña a sí misma.

Hay mentiras que brillan con tanta intensidad que consentimos en darles la mano y luego un brazo para dejar que ardan.

Estaba deslumbrada por la multitud en la que todos gritaban mi nombre.

Ahora estoy a la salida de la casa de la risa, al final del tobogán, leyendo mi guía de Marx en esperanto, y si ya no sé qué camino implica avanzar, mi cabeza está abajo, junto a mis pies, con un bolsillo lleno de palabras y fichas de plástico.

MARGE PIERCY, Canción del pato jodido

Recuerda la historia de Ramayana tras la reunión.

El Suspical Esposo Rey pide a la Rescatada Esposa Reina que camine por encima de las brasas. Si fue casta durante el tiempo que pasaron separados, saldrá ilesa; de lo contrario, se verá reducida a cenizas. Todo o nada. Ella sale limpia como el agua de Evian, pero de inmediato ordena a la Madre Tierra que se la trague, ofendida por la desconfianza de su marido. Ella fue Primera Dama de la epopeya de Valmiki, y, de acuerdo con las prácticas sociales de la época, ese tipo de pruebas eran un espectáculo público.

No para mí. No en Primrose Villa.

No con un marido comunista. A la mierda la monarquía. A la mierda el feudalismo de los señores de la guerra. Aquí él se quema a sí mismo, sin causar daño alguno a la damisela en apuros. Aquí la prueba se lleva a cabo antes de que surja la oportunidad de hacer trampa. Como medida previa. Como medida preventiva.

Estamos en la cocina tomando un café.

Él enciende una cerilla, la acerca hasta su codo desnudo, la apaga contra su piel. Sonríe nerviosamente. Él enciende otra cerilla.

—¿Cuál es el truco? —pregunto.

—¿Estás escuchando?

—Sí.

Otra cerilla encendida. Otro dolor autoinfligido.

No entiendo la broma.

—Bien, ya prestas atención.

Su cabeza se inclina hacia la derecha. Me mira fijamente.

Tengo la tentación de responder «sí, señor», pero no lo hago.

—Pues claro que te presto atención. No tienes que quemarte para que lo haga,

por el amor de Dios.

—Sal de Facebook.

—¿Qué?

—¡Sal de Facebook!

—Ya te había oído la primera vez. Pero ¿por qué demonios dices eso?

—Voy a seguir haciendo esto hasta que entiendas mi punto de vista.

—Cariño, por favor, tranquilízate. ¿Cuál es tu punto de vista? ¿Qué tienes en contra de Facebook?

—No hay ninguna razón por la que debas estar en Facebook. Es narcisista. Es exhibicionista. Es una pérdida de tiempo. Te lo he dicho mil veces. No es más que un traspaso voluntario de información directamente a la CIA, a la RAW, a la IB, a todos los que me acosan. Cada detalle está controlado. Aunque tu vida sea un espectáculo erótico, yo soy un revolucionario. No puedo permitir que me pongas en peligro. Hemos tenido tantas veces esta discusión que ya he perdido la cuenta. No voy a repetir todo lo que he dicho.

Podía oler las cabezas de las cerillas y el vello chamuscado.

—Esto es chantaje, puro y duro. No haré nada si me chantajeas.

—No tengo que decirte qué debes hacer. Me estás llevando a un punto en que me veo obligado a decirte lo que es bueno para ti y lo que no.

—Si dejas las cerillas, podemos hablar de Facebook.

—Si me amas, esta es la forma más rápida de tomar una decisión.

Por una fracción de segundo, pienso en coger una cerilla y quemarme yo también. Pero su objetivo es hacerme sufrir por su dolor, y yo no quiero sufrir el doble infligiéndome este extraño castigo. Otra cerilla encendida y apagada. Y otra. Y otra. He dejado de contar. Casi me da la sensación de que está disfrutando.

Pese a la angustia que siento, una parte de mí quiere reír. Por el elaborado ardid revolucionario. Por esa mención tan previsible a la CIA y a las agencias de inteligencia indias para asustarme. Reírme de mi esposo significaría humillarlo, en cuyo caso las consecuencias serían mucho peores que el ejercicio pirotécnico, pero razonar con él conduciría a un enfrentamiento largo e interminable, una guerra de ritos que me agotaría hasta la derrota.

Le miro y trato de decidir qué hacer. Ahora apaga las cerillas con el interior del antebrazo, dejando en cada ocasión una pequeña marca roja en la piel. No me mira, no dice ni una palabra, y eso me asusta. Tiene la mirada desafiante de quien no está de humor para darse por vencido. No sé cómo acabará todo.

En los diez minutos siguientes desactivo mi cuenta de Facebook.

Era mi conexión con el mundo exterior. Desde que me mudé a Mangalore, Facebook se había convertido en mi único vínculo profesional. Aquí no tengo el círculo de amigos artistas que tenía en Kerala y tampoco los vínculos familiares que tenía en Madrás. En este aislamiento, Facebook me ayudaba a dar a conocer mi trabajo, me informaba, me mantenía al tanto de la escena literaria, me permitía tener una presencia en las redes, fundamental si no quería ser olvidada en el mundo laboral. Mi esposo no ignoraba ese punto. Él sabía que ser escritora implicaba estar a merced de los demás, ser visible, ser recordada en el momento adecuado para que alguien te diera una oportunidad. En mi precaria situación, sé que al pedirme que salga de Facebook está exigiéndome mi suicidio profesional. En este momento, discutir con él no me llevará a ninguna parte. Me limito a considerarme afortunada porque solo me pide que «desactive», no que elimine realmente, mi cuenta de Facebook.

Para guardar las apariencias y explicar mi repentina partida, escribo un último mensaje diciendo al mundo que estoy ocupada con un proyecto de escritura, que necesito tiempo para mí y que voy a abrir un largo paréntesis.

Después de dejar Kerala, con el corazón roto en mil pedazos y con la idea de esquivar el aburrimiento de estar de vuelta en casa de mis padres, me ofrecí como escritora freelance en Madrás e hice una traducción fantasma para un anciano del barrio que trabajaba para El Correo de la UNESCO. Me subcontrató para presentar en tamil un ensayo bastante largo dedicado al empeño de los

humanos en comunicarse con los extraterrestres.

De todas las cosas que podríamos haber dicho a los habitantes de otros planetas, elegimos lanzar al espacio una cápsula que contenía el modelo para la estructura de doble hélice, la composición del ADN y la fórmula de sus nucleótidos. Para nada un mensaje que dijera: «Aquí hace sol; también llueve mucho; amamos los colores y la droga; cantamos y bailamos; cocinamos una tormenta con todo lo que podemos encontrar; estamos jodidos demasiadas veces, pero somos un grupo divertido, de modo que querríamos solicitar el placer de su compañía».

Para un mensaje que tardaría veinticinco mil años en llegar a su destino, y otros veinticinco mil para volver con una respuesta, no dimos la menor muestra de humildad u hospitalidad. Nos limitamos a mostrarnos.

Mi comunicación con el mundo exterior ha seguido ese modelo. Cuando me he visto obligada a salir de Facebook, mi mensaje final no ha sido: «Problemas en la segunda semana de matrimonio: marido-idiota insiste en que me mantenga aislada. Don Friqui del Control me chantajea para desactivar mi cuenta. ¡Escritora en peligro! ¡SOCORRO!».

En lugar de eso, mi canto del cisne es serio y formal. Escribo sobre la doble hélice entrelazada de proyectos y plazos que se avecinan. Compongo la imagen de una mujer ocupada y mantengo la acción en sus proporciones precisas. Escribo, finjo y simulo vivir la vida de una escritora. Nadie percibe lo insegura y sola que me siento.

Mi repentina desaparición de Facebook es la primera de varias etapas. Esa misma semana, mi marido escribe su contraseña de correo electrónico y me la da.

—Puedes tenerla.

—No la necesito.

—Confío en ti.

—Está bien.

—¿Tú confías en mí?

—Sí, ¿por?

—¿Confías en mí lo suficiente para compartir tus contraseñas conmigo?

—Nunca he compartido mis contraseñas con nadie.

—Entonces ¿me ocultas algo?

—No.

—¿Cómo puedo saberlo?

—Creyéndome.

—¿Pero cómo voy a creerte si tú no confías en mí?

—Porque no tengo nada que esconder.

La discusión es interminable, avanza moviéndose en círculos, un pez comiéndose su propia cola. En este momento, la única forma de demostrar que puede confiar en mí es entregarle todas mis contraseñas. Las lágrimas caen ardiendo sobre mis mejillas, pero resuelvo comprar así una paz algo incómoda. Escribo mis contraseñas y se las doy.

Acabo de descubrir la punta del iceberg.

A diferencia del nómada y su camello, nosotros estamos casados. Un mes después de la ceremonia, descubro que ha respondido a algunos de mis correos electrónicos.

—Puedo atender mis mensajes, no te he pedido que los contestes por mí.

Él no se justifica. No discute. Tararea una canción y sigue trasteando en su ordenador.

—Ven aquí, mi vida, ven aquí —dice.

La mofa en su voz es como el limo en un pozo profundo y viejo: reluciente, resbaladiza, mortal.

Abre su propia bandeja de entrada y me muestra que ha estado respondiendo a sus correos electrónicos firmando con nuestros nombres al final de cada mensaje. Descubro que mi nombre aparece en cartas para sus alumnos, mensajes grupales para sus amigos activistas, recomendaciones de lecturas para sus colegas, una solicitud para asistir a una conferencia sobre estudios poscoloniales... para todo tipo de cosas. Me invade la náusea. Me siento privada de mi identidad. Dejo de ser yo si otra persona puede serlo por mí, si puede fingir que soy yo y tomar las riendas de mi vida mientras vivimos bajo el mismo techo.

Reúno el coraje suficiente para preguntar:

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?

—Desde que nos casamos.

Su voz es átona. Prosaica. Suena a esto es lo que hay. Precisa y razonable como una autovía de seis carriles bien pavimentada.

Y entonces, sin inmutarse, trata de desarrollar su argumento:

—Quiero que el mundo sepa que somos pareja. Quiero que nos acepten como una unidad.

Mi madre al teléfono:

—Escucha, querida. Sé que es duro. Tú respira profundamente. No le des ningún motivo para desconfiar. Veamos cuán lejos llega. La sospecha está en la naturaleza de los hombres, está en la naturaleza del amor. Él da vueltas en torno a una pregunta: «¿Y si ama a otro?».

»Es una mente débil, un hombre débil, y tiene miedo. No dejes que se sienta así. Si quiere que tu mundo gire en torno a él, haz que suceda como desea. Se cansará de tu atención y aprenderá a darte más espacio. Cuanto más trates de reclamar tu privacidad, más creerá que le ocultas algo o que estás forjando una

vida secreta sin él. Se volverá loco. Sé complaciente y el perro te dejará en paz cuando ya no pueda olfatear toda la mierda que imagina.

Empieza a ajustarse a un patrón.

Lo primero que desapareció fue mi teléfono.

Acababa de mudarme con él a Mangalore, después de la ceremonia de la boda, y mi móvil sonó durante horas: amigos, conocidos, familiares lejanos... Todos llamaban para felicitar a la feliz pareja pidiendo detalles, riñéndome por haber sido tan discreta y haberlo hecho todo tan rápido. Las tarifas de roaming, la curiosidad tamil y todas esas cálidas muestras de cariño me dejaron sin saldo al final de la tarde. Lo ampliamos un día más, y luego otro, y al siguiente mi marido-camarada me advirtió sobre la economía familiar y el coste desorbitado que íbamos a pagar por conservar el número de otro estado. Sugirió, pues, que lo mejor sería que me hiciera con un número de teléfono local. La tarea de procurarme un móvil nuevo fue asumida como una enorme responsabilidad: podríamos habernos acercado a cualquier tienda, haber mostrado una fotocopia de su tarjeta de identidad para que comprobaran nuestra dirección, haber entregado una foto tamaño carnet y haber obtenido una tarjeta SIM por cincuenta rupias, pero por lo que a él concernía, nada resultaba tan fácil. Era un paranoico del estado, la seguridad, el control. Consideró que lo mejor era obtener la tarjeta SIM con el nombre de alguno de sus alumnos, alguno que hubiera entrado a formar parte de su círculo de amigos pero cuya conexión con nosotros no fuera aparente; alguien que no estuviera en el radar de la policía.

La tarjeta prometida se materializó tras diez días de piadosa espera y, cuando por fin llegó, mi marido me indicó que no diera el número a la ligera y me previno de que, en cuanto alguno de mis amigos de la prensa o la industria editorial se hiciera con el número, aquello equivaldría a mostrarlo en las redes sociales para que todo el mundo pudiera tenerlo.

—Han puesto precio a mi cabeza. La última oferta que llegó a mis oídos era de dos lakhs. Están a punto, querida, a punto de encontrarme. ¿Y qué es lo que me protege? Ellos no saben que el guerrillero clandestino, peligroso y armado que andan buscando es un profesor universitario felizmente casado. No juegues con fuego. Me enviarás a la cárcel. Harás que me torturen. Será una caída por fases.

La policía me sacará de casa para interrogarme y luego volverá para hablar contigo. Serán muy amables, incluso beberán el té que les prepares, pero dos días después leerás en los periódicos que un hombre de treinta años, armado y ataviado con uniforme de combate, ha muerto en un tiroteo con la policía paramilitar en algún bosque lejano. Y esos mismos policías tan amables aparecerán de nuevo en nuestra casa y te pedirán que les acompañes para identificar mi cadáver. Y tú serás viuda de la noche a la mañana. ¿Acaso quieres que esto suceda? ¿Estoy siendo lo suficientemente claro?

Asiento. Jamás habría imaginado algo así. Quiero decirle que nunca lo traicionaré, pero no sé si eso es lo que quiere oír. Así pues, comunico el nuevo número de teléfono a mis padres, pero a nadie más. Y ni siquiera a ellos les hablo de su paranoia: ni una palabra sobre el miedo a ser capturado por librar una guerra contra el estado, ni una palabra sobre el perfil del hombre con quien me he casado y cómo reprime mi manera de ser. El día de mañana, si los problemas llaman a la puerta, no querría que nadie pagara el precio de no haber sabido callar.

La pérdida de comunicación telefónica no me duele demasiado. Lo que me resulta imposible de comprender es cómo he llegado al punto de tener restringida mi libertad en la red. Jamás pensé que esto sería tan importante para mí, pero lo es.

Su voz ahoga todos mis argumentos con una sola frase: «Eres una adicta. Eres una adicta. Eres una adicta. Eres una adicta».

En un gesto de misericordia, me permite conectarme tres horas a la semana. Racionadas, dan menos de media hora al día. El acceso a internet solo me está permitido en su presencia, ya que él siempre lleva consigo el adaptador USB Huawei, alegando que necesita la conexión a internet para preparar sus clases y hacer sus investigaciones. Explico este problema a mis padres, con la esperanza de que comprendan la absoluta locura de esta prohibición. «Mamá, esto es una mierda. Papá, esto es una mierda. Mamá y papá, esto me matará como escritora. Mamá y papá, me estoy volviendo loca.»

No me entienden.

Mi madre me dice que tres horas son mucho tiempo. Que son suficientes.

—Yo solo dedico diez minutos al día para consultar mi correo electrónico —dice—. Algunos días mis alumnos revisan mis mails —agrega.

Mi padre ni siquiera tiene una dirección de correo electrónico. Eso no le impide tener una opinión. Él cree que todo lo que hay en internet es un gran sumidero cuya única finalidad es devorar a su hija para siempre.

—Te criamos sin televisión, y el resultado ha sido estupendo —dice—. ¿Morirás si no tienes internet?

Yo respondo afirmativamente.

—Internet es tu droga —dice.

—Tu esposo está haciendo esto por tu bien —coinciden.

«Por tu bien» fue el mantra de mi madre durante toda mi infancia. Justificaba así que me obligaran a tomar laxantes cada tres meses, que no celebrara mis cumpleaños en el colegio, que tuviera límites a la hora de viajar sola, que me prohibieran o permitieran ir de pícnic... «Por tu bien» fue la razón que esgrimió mi profesora de inglés cuando me sacó de clase cogiéndome por la oreja y gritando «revoltosa, revoltosa, revoltosa, esto es por tu bien» mientras me golpeaba con la regla de madera. «Por tu bien» fue lo que justificó que mi vecino adolescente metiera sus dedos en mi vagina cuando yo tenía ocho años para buscar insectos del bosque, chinches y diablillos malvados. Cuando oigo la frase «por tu bien» me vuelvo niña de nuevo, y no discuto. Me quedo en silencio.

«Sal de aquí. Sal de aquí.»

El imperativo, recurrente, se queda atrapado en tu garganta. Así es como sabes que necesitas correr. Pero sabes que no es el momento. Que nunca habrá un buen momento. Que no es el cómo, sino el cuándo. Así es como sabes que el mundo se reirá de ti por un matrimonio que solo ha durado un mes. Que ni siquiera eso es tan cruel como imaginar las caras tristes de tus padres. Qué deshonra. No les has dado más que disgustos. Sus miradas cargarán con la derrota durante el resto de sus días. No volverán a brillar con el viejo orgullo. No recuperarán la confianza. Nunca volverán a pronunciar tu nombre como lo hacían antes. Ya no dejarán que sus sueños descansen sobre tus hombros.

Pero no son solo ellos y sus penas. Hay una persona con la que tendrás que vivir toda tu vida: tú. Y el tú que hoy quiere partir, mañana podría ser un tú que hubiese preferido quedarse. Aparece entonces el temor de cuando te enfrentes a ti misma dentro de diez años y culpes a tu prisa, a tu sangre caliente, a tu lengua afilada, te culpes a ti misma por haberte rendido tan pronto. Y la pregunta que te atraviesa, nacida de tu propio sentido de la imparcialidad, es: ¿qué pasaría si él tuviese la oportunidad de rectificar sus errores, de cambiar, de comenzar de nuevo? Y la siguiente pregunta, después de la pausa para los anuncios: ¿estarías dispuesta a perdonarlo? Y entonces, por supuesto, lo inevitable, lo ineludible, lo absolutamente vital: ¿has luchado lo suficiente por lo que crees?

Fight or flight. Lucha o huye.

La vieja fórmula otra vez. No he renunciado a la lucha, todavía no.

La huida solo llega cuando la lucha ha fracasado.

Claro que, a veces, el arte crea primero el sufrimiento.

ELFRIEDE JELINEK, *La pianista*

¿Qué impide que una mujer salga de una relación abusiva?

Las feministas de la vieja escuela hablarán de la independencia económica. Una mujer es libre si tiene dinero para mantenerse. Con un trabajo, encontrará su lugar. Si tiene un trabajo, resolverá milagrosamente todos sus problemas. Un trabajo hará que se integre en una comunidad. Un día, al llegar a la oficina, le preguntarán por el moratón que tiene sobre la ceja y dirá que se golpeó con un mueble, pero todos sabrán que su marido le ha pegado y la envolverán en un abrazo protector. En el marco de un trabajo, una mujer encontrará a esa amiga que estará a su lado para lo bueno y para lo malo. El trabajo creará un grupo de apoyo, gente que le dará acceso a la policía, a los abogados, a los jueces.

En la oficina habrá al menos un hombre —uno bueno, decente, honesto— que la encontrará atractiva, uno que le dejará notas de amor en las reuniones semanales, la amará por lo que es, hará que se sienta bella, la hará reír. A falta de ese hombre, encontrará a una amante. Algunas veces el amor lésbico ocurre independientemente de la presencia del hombre; la mujer da la espalda a todo un género para vivir felizmente —y de forma segura— por siempre jamás.

Las abstracciones son fáciles, pero mi historia, como la de cualquier mujer, es algo más.

Nadie conoce las peculiaridades de mi situación.

Cómo consigues un trabajo cuando:

1. ¿Dejaste los estudios a mitad del semestre?
2. ¿No tienes contactos en una ciudad extraña?
3. ¿Tu esposo te ha obligado a salir de las redes sociales?
4. ¿No tienes teléfono?
5. ¿Tu esposo supervisa y responde todos los mensajes que te envían?
6. ¿No hablas el idioma local?

7. ¿Tienes primero la responsabilidad marital de engendrar niños?

Es una lista lo suficientemente larga. Y no son las protestas de una persona en paro, sino las quejas de una esposa encarcelada.

Supongamos que se me permite trabajar. ¿De verdad resolverá mi problema el hecho de escapar a diario de casa entre las nueve y las cinco? ¿O esa libertad actuará como mera compensación para el pacto con el diablo que por lo visto hice al casarme? ¿Respiraré libremente por unas horas y estaré feliz de volver a casa, a este estado de odio que me aguarda? ¿Me acostumbraré a la nueva normalidad o el mundo exterior intervendrá? No tengo respuestas. En mi corta vida como esposa en esta ciudad he participado siempre en la misma breve danza verbal que se produce cada vez que salgo de casa y me encuentro con los vecinos o el rarísimo día en que visito a mi esposo en la universidad para entregarle su almuerzo y me encuentro con sus alumnos y amigos.

—¿Cómo estás?

—¿Ya has comido?

—¿Te gusta Mangalore?

—¿Te gusta el tiempo?

—¿Te gusta la lluvia?

—¿Te gusta la comida de Mangalore?

—¿Qué tal fue el último fin de semana?

—¿Qué planes tienes para el próximo fin de semana?

Las conversaciones aquí siguen siempre el mismo modelo. Un sinfín de frases de ascensor, absolutamente vacuas e inútiles. Ninguna de las preguntas espera una respuesta honesta. Todas están formuladas como un ejercicio de formalidad.

Preguntas que son saludos. Preguntas que son marcadores de posición. Preguntas que abren brechas de incomodidad. Preguntas que sugieren un interés inexistente. Preguntas que fingen escuchar.

Pero nunca, jamás, una pregunta que busque saber.

Es un patrón: el tipo de charla que se reserva para la esposa recién llegada a la ciudad, la charla pensada para los desconocidos que acaban de conocerse. Un tipo de plática en el que no tengo ninguna opción de contar la verdad.

Fue una de esas cosas que nos enseñaron en la universidad. A mí me maravillaba este rasgo de la interacción social, me sorprendía que tuviera un nombre propio —el fenómeno de la cortesía— y lo consideraba un gran logro de nuestra civilización. Creía que habíamos llegado al cenit de la delicadeza mientras bailábamos este foxtrot nervioso con desconocidos sin lastimarnos nunca, sin provocar la revelación del dolor. Todo perfectamente ensayado y coreografiado.

Dos sociolingüistas, Penélope Brown y Stephen Levinson, sobre quienes no tengo ningún cotilleo fiable más allá de que están casados, plantearon esta teoría. Su hipótesis: que las personas usan la cortesía como forma de engaño mutuamente permitido con el fin de ayudarse recíprocamente a no sacar los trapos sucios. Traducción: en la vida real, a diferencia de lo que sucede en un examen, ningún extraño os hará una pregunta difícil de responder.

Nos hicieron estudiar este hecho porque era un idioma universal, algo que sucedía en todo el mundo. Y en aquel momento me pareció tranquilizador.

Sean los que sean sus beneficios para el resto de la humanidad, he acabado viéndolo como un error de diseño en la construcción del lenguaje. No hay ni un solo punto en la estructura del lenguaje que permita introducir un código rojo en medio de un cortés intercambio de palabras; nada que pueda interrumpir la amabilidad puesta en escena e intercalar un grito secreto de ayuda.

Cuando trato de recordar la primera vez que mi marido me golpeó, solo encuentro lágrimas de cristal caliente y el temor permanente al ver lo mucho que se ha repetido desde aquella ocasión. La reconstrucción de los acontecimientos no ayuda. Todo empieza siempre con una acusación tonta, mi negación, una disputa y, luego, una cascada de palabras que en algún momento se convierte en

un torrente de golpes. Las acusaciones suelen ser triviales. (¿Por qué este hombre te llama «querida»? ¿Por qué has vaciado el correo basura de la bandeja de entrada de tu mail? ¿Por qué hay solo nueve llamadas telefónicas en el registro de llamadas de tu teléfono, qué números has borrado? ¿Por qué no has lavado el fregadero? ¿Por qué estás tratando de matarme poniendo tanta sal en la comida? ¿Por qué no puedes escribir como «anónimo»? ¿Por qué no rechazaste de inmediato la invitación a la conferencia cuando sabes de sobra que no voy a dejarte viajar sola?) A veces, los motivos de discordia son tan absurdos que me pregunto si sus acusaciones son meras excusas para pegarme.

No tengo a nadie con quien hablar sobre lo que está pasando tras la puerta de mi casa. Por el momento, ni siquiera sé si quiero hablar con alguien sobre lo que estoy pasando.

En una tarde aburrida puedo enumerar las armas con las que me agrede. Han ido acumulándose por toda la casa. El cable de mi MacBook, que me deja unas finas marcas rojas en los brazos. El palo de la escoba, con el que me golpea la espalda. La libreta de anillas, cuyos bordes se topan con mis nudillos. Su cinturón de cuero marrón. Los platos rotos tras un breve viaje como platillos volantes. La manguera de desagüe de la lavadora.

No sabía que esa era la plácida vida reservada a una recién casada.

Antes de casarnos hicimos nuestros planes. Ilusiones brumosas. Nada quedó bien definido; me pareció bien así. Abierto, opcional, espontáneo. Todo lo que sabía era que nos mudaríamos a Mangalore, donde él tenía un puesto de profesor de literatura inglesa. Yo también solicitaría un puesto como docente, a poder ser en la misma universidad. Y mientras tanto trataría de escribir. Más adelante decidiríamos si nos gustaba aquel lugar y si nos quedábamos a vivir allí o no. Sin metas. Sin ataduras. Seríamos libres, anclados solo el uno al otro. Estábamos dando un salto al vacío. Cogidos de la mano, dispuestos a caer o a salir a flote. Y para hacerlo más emocionante, nos vendamos los ojos. Es decir, yo me vendé los ojos.

Parece que de eso haga mucho, mucho tiempo.

—¿Por qué no vienes algún día a dar una clase a mis alumnos? Puedo organizarlo. Así te mantienes ocupada.

Parece un gesto de afecto, un reconocimiento a mis esfuerzos.

Nos hemos instalado sin problemas: en la nevera hay leche, huevos y masa de idli; el ruido intermitente del ventilador del techo ya no nos despierta por la noche; las cucarachas en la cocina están bajo control. La rutina diaria se ha ido asentando.

Su oferta llega tras una campaña de comedido atosigamiento; me gustaría saber si hay alguna oportunidad para mí.

—¿Puedo dar clases? ¿Podrías preguntarlo? ¿Te paso una copia de mi currículum? ¿Crees que encontraré algo temporal? ¿No te parece que estaría bien si saliera de casa de vez en cuando?

—La Universidad de San Alfonso no permite que las parejas casadas trabajen en la misma institución, es su política de empresa —me informa como quien no quiere la cosa, una noche en la que le presiono de nuevo sobre el tema—. Hay una Universidad hermanada a la nuestra, es una posibilidad, pero tendrás que esperar hasta el próximo semestre para conseguir un puesto.

La oferta de dar una clase a sus alumnos como profesora invitada es lo máximo que me concede. Hasta el jefe de su departamento está contento con la idea.

Una semana más tarde, solo por una hora, me encargo de su clase.

En plena disertación sobre literatura poscolonial, veo que un estudiante le pasa una nota a otro. Lo ignoro y sigo con el tema, pero la nota sigue pasando de mano en mano y no me queda más remedio que intervenir. Me acerco a las mesas de los alumnos y cojo el papel.

«Pongamos 50 peniques cada uno para comprar aceite de coco y un peine para la esposa del profesor. Con el pelo suelto parece una pordiosera.»

Me arden las mejillas, pero arrugo la nota con la mano y acabo la clase con la máxima dignidad. Esta no es mi idea del trabajo ideal: plantarme frente a una sala con cincuenta hombres y mujeres que me juzgan por mi aspecto mientras trato de enseñar.

Esa misma tarde se lo cuento a mi esposo, con la nota aún en mi bolsillo. Él me suelta un sermón sobre la cantidad de veces que me ha dicho que aprenda de la

gente, que me vista y me comporte de un modo que me haga parecer respetable.

Mi primer día fuera de casa me explota en la cara.

Dos días más tarde he recapacitado lo suficiente sobre el incidente y me decido a contestar adecuadamente al estudiante de la nota. Dos días más tarde, sin embargo, también es el espacio de tiempo que he tardado en quedar reducida a la irrelevancia. La clase que impartía, la del poscolonialismo, no estaba del todo alejada de la forma en que los alumnos me prestaron atención: el pelo es un tópico controvertido en las muchas subculturas de la India: en el Kamasutra, una mujer que peina su melena suelta en el patio de su casa es vista como el símbolo de la lascivia; el pelo salvaje e indomable de las mujeres poseídas ha sido tradicionalmente considerado como el símbolo del propio diablo, y las greñas de las santas o la cabeza rapada de las viudas no son más que símbolos de renuncia a cualquier demanda sexual. No es una imagen bonita. ¿Dónde y cómo aparece en esa imagen el monstruo del colonialismo y posa para la foto?

La historia de fondo no es muy difícil de detectar: el pelo más corto y suelto se interpreta como una influencia de las mujeres europeas; una corrupción del ideal autóctono, un símbolo de deseos desenfrenados, un esfuerzo de modernidad a expensas de la tradición, una traición a lo propio manifestada en el vasallaje frente al hombre blanco y la imitación de la mujer occidental. Hay otra historia apócrifa que suele quedar enterrada: los regimientos del ejército británico disponían de un séquito de trabajadoras sexuales nativas que permanecían cerca de los acantonamientos. A diferencia de las chicas nautch y las devadasis, cada una de estas trabajadoras sexuales era registrada por el gobierno colonial. Todas ellas tenían que aceptar un examen periódico de enfermedades venéreas a cambio de alojamiento y de una considerable clientela de soldados. Fue en el apogeo de esta situación cuando la sífilis dejó lisiados a más hombres que los brutales veranos indios, y a estas mujeres, por temores infundados, se les prohibió acostarse con los nativos.

La historia dice que las melenas largas y oscuras de estas mujeres se cortaban periódicamente, lo que permitiría a los vigilantes e inspectores sanitarios localizarlas fácilmente en el mercado y arrastrarlas de vuelta al regimiento si se atrevían a ir con hombres nativos. Así pues, las mujeres con el pelo corto y suelto que deambulaban por el bazar facilitaban el control de la causa del

imperio, y al mismo tiempo se convirtieron, a ojos del pueblo, en el sinónimo de prostitutas del hombre blanco. Eran las que dormían con el enemigo, las que atendían sexualmente al opresor, y merecían el mayor desprecio.

En las seis décadas transcurridas desde la retirada de los británicos, algunas percepciones parecían no haber cambiado lo más mínimo. En nuestras clases de poscolonialismo hablamos de la «respuesta del imperio». Pero en el interior de esas aulas aún somos un producto del mismo imperio y arrastramos nuestras cargas de vergüenza y de pecado.

Cuando trato de explicar a mi esposo mi versión del desastre en el aula, él se muestra displicente.

Golpea la mesa con la palma de la mano y se ríe a carcajadas.

—Por fin has encontrado una excusa. ¿Y cuál es? ¿El colonialismo? Escribes en inglés y te parece que eso te basta para reprender a mis alumnos por su opinión sobre el colonialismo. No fastidies. ¿Sabes qué? La puta de aquellos tiempos era el vínculo, el enlace entre el colonizador y el colonizado. Hoy en día el vínculo es la escritora que escribe en inglés, ella es el enlace, es la puta.

Ser escritora incita a mi esposo a ridiculizarme constantemente. Al final de un largo día llega a casa y me pregunta qué he hecho durante todas esas horas. He estado escribiendo, le digo. En la mayoría de los casos me atengo a la versión más modesta: he tratado de escribir. En las breves pausas entre las tareas domésticas he buscado inspiración en las páginas en blanco, en la pantalla vacía de mi portátil. Pero en su vocabulario eso no es trabajar. Eso es no hacer nada.

Un cierto atisbo de respeto se cruza en mi camino cuando me piden que escriba para una revista. Por mucho que mi esposo cuestione la revista en sí, en cierto modo reconoce que esta petición podría llegar a significar que debería tomarme más en serio. Sin embargo, y como siempre, decide rechazarla en mi nombre.

Como cuando Outlook quiere un ensayo para su estudio anual sobre encuestas de sexo y el editor me envía un correo electrónico pidiéndome que le llame para darme más detalles. Mi esposo y yo estamos ocupados haciendo las maletas, a

punto de coger un tren que va a llevarnos a su pueblo, con su familia, el fin de semana, pero consigo escabullirme y hacer la llamada.

Cuando comento los detalles con mi marido, él dice que me han pedido que escribiera sobre sexualidad porque tengo la amplia experiencia de haber follado con hombres de veinte años, de treinta años, de cuarenta años, de cincuenta años, de sesenta años, de setenta años.

Se ríe, pero solo para disimular su ira.

Es una acusación que no puedo compartir con nadie. La vergüenza a la que me enfrento al intentar escribir este artículo es algo que mis lectores nunca sabrán.

—¿Por qué has aceptado? —me pregunta—. Eres una esclava de los medios corporativos. Estás vendiendo tu cuerpo. Es la prostitución de élite, en la que los hombres no te tocan pero se masturban con la imagen de la mujer que representas. Esto no es libertad. Es anarquía sexual. Esto no es revolucionario. Es complacer a la vulgar cultura imperialista.

Y durante toda la hora siguiente me enfrento a las insinuaciones de que me he acostado con todo el equipo editorial de Outlook. Lo más cerca que he estado de alguno de ellos es esa solitaria llamada telefónica.

—¿Cómo te atreves siquiera a decirme que quieres escribir un artículo sobre sexo?

En el último minuto saca mi portátil de mi bolso y lo deja sobre la mesa.

—Esto se queda aquí —dice—. Este viaje lo hacemos solo nosotros dos. Vamos a mi pueblo, a ver a mi familia, a acompañar a un matrimonio, a estar con mi madre. No quiero que te sientes allí y te pases el rato escribiendo tu ensayo cuando hay cosas más importantes que hacer. ¿O debería recordarle a la señora escritora que también es esposa?

En el pueblo no hay ordenadores. Tampoco hay internet, y aunque lo hubiera, no podría ir a un cibercafé en la ciudad más cercana sin la compañía de mi marido o sin contar con su aprobación.

Durante los dos días siguientes, araño cada segundo libre que pueda tener. Escribo mientras cojo agua para regar las macetas de la casa, mientras entro en el baño para lavarme el pelo, mientras limpio las hojas de moringa para la sopa, mientras veo el estofado de cabra que se asa a fuego lento sobre un horno de leña y el humo me hace toser, mientras hago de canguro de mis sobrinos. Aprendo a componer oraciones y párrafos enteros, de un tirón, en mi mente. Y escribo todo el artículo de pe a pa en mi teléfono, un primitivo Nokia E63.

La nueva tarjeta SIM de Mangalore que mi esposo cogió para mí no tiene datos, y no hay manera de que pueda enviar mi escrito. En algún momento pienso en llamar al editor de Outlook y leerle en voz alta lo que he hecho para que alguien de su equipo lo transcriba. El miedo a ser descubierta a mitad de la llamada me hace dudar. Busco desesperadamente el momento adecuado. Tal vez cuando mi marido se vaya con uno de sus primos a hacer un recado, a buscar a un invitado esquivo o a solucionar un malentendido de último momento que ha surgido con los proveedores de comida —una de las mil cosas que podrían salir mal en una boda y necesitaría la autoridad de un hombre para intervenir—. Todo lo que necesito es media hora de libertad, y sigo buscando el momento en que se presente esa oportunidad.

El miedo que le tengo a él se ve superado por el miedo a no entregar a tiempo. En plena desesperación, opto por la estrategia más arriesgada. Recuerdo que mi esposo siempre lleva encima el adaptador USB que nos permite conectarnos a internet. Pero lo que hace que la llave funcione es la tarjeta SIM que tiene en su interior. Cuando mi marido se va a dar su baño diario, por la noche, hurgo en los bolsillos de su ropa y encuentro el adaptador. Rápidamente quito la tarjeta SIM, la escondo en las costuras laterales de mi kurta y lo dejo todo exactamente igual que antes. Cuando llega mi turno para usar el baño, me apresuro a entrar con mi móvil bien escondido en una toalla, le pongo la tarjeta SIM y envío el artículo a través de un navegador Opera. Va muy lento, sin componer, sin cursivas. Pero cuando esa noche me baño, bajo el cielo negro iluminado por las estrellas al otro lado de la ventana, soy la mujer más feliz del mundo. Y cuando salgo, estoy radiante. A toda velocidad vuelvo a poner la tarjeta SIM en el adaptador para que no quede rastro del crimen. Mi esposo me llama desde la cama y yo respondo. No es momento de hacerle enfadar.

Cuando regreso a Mangalore, reviso mi correo electrónico. Hay un mensaje de mi editor en Outlook. Solo tres palabras: «Lo tengo. Brillante».

En nuestro matrimonio, mi esposo tiene el rol de comisario del pueblo para el trabajo. (En este momento lleva una camiseta roja y tejanos. En la versión cinematográfica que estoy rodando en mi cabeza va vestido con un atuendo estalinista.) Los domingos nos levantamos tarde y nos quedamos en la cama. En mis fantasías sobre el matrimonio, estas mañanas serían un paréntesis para hacer el amor y salir a tomar un desayuno interminable y perezoso. Pero en la realidad, mi esposo repasa los eventos de la semana recién transcurrida para concluir, tras un elaborado análisis, que no he hecho nada en absoluto y me sugiere entonces una serie de trabajos que debería realizar. Por lo general, se muestra a sí mismo como el ejemplo a seguir.

—Cuando me afilié al partido, me enviaron a trabajar a una fábrica de ropa. Seis meses en una fábrica clandestina en Tirupur. Allí abandoné la patraña de anhelar un estilo de vida pequeñoburgués. Necesitas un trabajo que haga lo propio contigo.

La semana siguiente me habla de un empleo en una imprenta de Mangalore. La otra, de empezar como vendedora en una sala de exposiciones en el centro comercial City Center. Las opciones que me ofrece varían cada día: una fábrica de velas, una planta de empaquetado de anacardos.

—Aprenderás el idioma del pueblo. Aprenderás a vivir la vida de las mujeres de clase trabajadora. De ese modo, escribirás en base a tu experiencia. Eso te enseñará cuán falso es tu feminismo. No obtendrás provecho de tu coño, trabajarás con tus manos.

Creo que el trabajo de una esposa debería ubicarse en un punto intermedio: trabajar con mi coño, trabajar con mis manos. Tal como están las cosas, no sé si estoy lista para asumir un trabajo adicional.

Él no es sincero al hacer estas sugerencias, por supuesto. Es el tipo de marido atormentado que se queda esperando junto a la puerta del baño en el vagón de tren por miedo a la posibilidad de que yo aproveche esa oportunidad para darle esquinazo, escapar hasta otro compartimento lejano, bajar en una estación cualquiera y desaparecer sin dejar rastro. Ni de broma va a dejarme ir a trabajar sin su supervisión y arriesgarse a perderme. Si lanza al aire esos «trabajos que me harían olvidar las clases sociales» es solo para atraparme. Mañana sacará a

relucir mi reticencia a empaquetar anacardos como prueba de mi vida de clase media, como evidencia de que no quiero vivir del trabajo manual. Las ideas comunistas son una tapadera para su propio sadismo.

He dejado de pedirle que me ayude a encontrar trabajo. Me prometo a mí misma que seguiré optando a un puesto de docente en cuanto comience el próximo semestre, pero ya ni siquiera estoy segura de creerme. Tener un trabajo se convierte en una de las muchas cosas que quiero hacer en mi vida sin saber cómo llevarlas a cabo.

Ser escritora se ha convertido en una cuestión de amor propio. Es el título que me arrogo. Me doy cuenta de que no hay nada en el mundo que mi marido odie más que la idea de ser escritora (una escritora pequeñoburguesa, dice), así que me forjo una idea casi reverencial del concepto.

Pero no se trata solo de considerarme antagónica a él. Es el desagradable matiz de proscrito que va unido al concepto de escritor en la mente de mi marido. El egocentrismo que en su opinión gira en torno a la escritura y que no concuerda con su imagen de un revolucionario. La palabra con la que ha dado en describir el oficio: desafío. Nunca en la vida he sentido una atracción tan sumamente peligrosa hacia nada más.

Volviendo al momento en que todo a mi alrededor se vino abajo, en el que mi único amor verdadero me rompió el corazón, dejé un trabajo de profesora a tiempo completo para poder dedicarme a escribir, escribir y escribir. No había ninguna otra cosa que quisiera hacer. Ahora me veo reducida a una posición en la que no tengo ninguna otra cosa que hacer.

Escritora. Solo eso, solo para mí, sola ante el espejo.

Interpreto el papel de esposa, pero en el preciso instante en que mi marido sale de casa, grito «sí, sí, sí, sí» en mi cabeza y me obsesiono con mi necesidad de escribir. Las tareas domésticas no me permiten trabajar con fechas límite. Lo que me impulsa a continuar es mi necesidad de contar una historia.

Escribo una novela sobre la resistencia militante al feudalismo y la casta. Los personajes de mi libro —aún a medio definir, aún sin nombre— se enfrentan a la fuerza bruta de la maquinaria estatal, contra las terribles amenazas de los

propietarios. Avanzan dentro de mí. Juran por la bandera roja del comunismo, pagan con sus vidas.

El tema es la resistencia y el desafío.

¿Puedo escribir esta novela? ¿Devorará el miedo que siento mi escritura? ¿Seré traicionada por las palabras que elijo? ¿Cuántas palabras pueden escribirse antes de que estas se conviertan en traidoras?

Me siento incapaz de escribir ni una sola palabra.

Las mujeres del libro que se supone que estoy escribiendo son muy fuertes.

Yo no soy como ellas. Mi vida me avergüenza antes de que mi prosa tenga la posibilidad de hacerlo.

La poesía es más fácil. Intento enterrar mi enojo entre las palabras. Mientras me siento y escribo en mi portátil, con lágrimas que resbalan por mi rostro, me doy cuenta de que él me mira fijamente. En el hecho de verme escribir un poema hay algo que le perturba profundamente. Espía las frases irregulares, el párrafo que se rompe, las líneas dentadas que solo podrían pertenecer a una poesía. Se siente aplastado por la página fracturada. Se acerca y me suplica: «No. No hagas esto. No lo hagas, por el bien de ambos, por el bien de nuestro futuro. Podemos superar nuestras diferencias. Pero si las plasmas en un poema se quedarán ahí para siempre, encarceladas. Serán como un veneno que no nos permitirá avanzar, nunca podremos perdonar u olvidar».

No estoy de acuerdo con lo que dice. Para mí suena extraño, casi incomprensible, imaginar que mi poema pueda ser la fuente de futuros problemas o que pueda impedirnos la cura. El poema es la cura, le digo. Solo al escribir sobre esto me veo capaz de superarlo.

Él se opone a la idea de convertir mi dolor en poesía.

—No, no, no es así como funciona —me grita—. No estás entendiendo nada sobre el materialismo. Te crees que el materialismo no es más que creer en las cosas que existen. Para ti, el materialismo es una de las formas en que manifiestas tu ateísmo. Pero eso es muy superficial. Me parece muy serio. Yo

creo que mientras exista una base material que nos recuerde las peleas y los malentendidos que hemos tenido no podremos superar estos problemas. Nos quedaremos presos del pasado, retenidos contra nuestra voluntad. No conviertas lo temporal en permanente. No conviertas una emoción pasajera en una realidad objetiva.

Eso es lo que sucede. Un interdicto permanente contra mi poesía.

Todo el discurso sobre el materialismo desaparece cuando el que escribe poemas es él. Si trato de recordárselo, reduce los argumentos a sus mejores titulares.

—Sí, ya sé que esto tiene una base material. Sí, sé que permanecerá mucho después de que tú y yo hayamos superado esta etapa de lucha. Pero quiero que este material permanezca, porque quiero recordarme lo cruel que he sido, porque no quiero olvidar que te he agraviado, porque quiero sentirme culpable, no solo por haberte hecho daño, sino también por haber abandonado mis ideales. No me he comportado como un comunista.

—¿Y cómo justificas que tus poemas puedan escribirse, pero los míos sobre el matrimonio no?

Una vez más, un juego de palabras para justificar la duplicidad.

—Tus poemas me culpan. Mis poemas me culpan. Hay una diferencia entre el odio que alimenta tus poemas y la autocrítica que sostiene los míos. Tus poemas me etiquetan y me meten en una caja, mis poemas luchan por abrirse paso entre mis debilidades.

Y eso es todo. En este matrimonio en el que estoy derrotada, él es el poeta. Y uno de sus versos empieza así:

*Cuando te golpeo,
el camarada Lenin llora.*

Yo lloro, él hace la crónica. La institución del matrimonio crea su propia distribución del trabajo.

6

*Doblé la ropa,
la coloqué en el almirah,
bajé las luces,
estiré la colcha,
coloqué las dos almohadas juntas
y me puse el camisón.
Frente a mi sed yace
la bebida proscrita de la noche;
con sueños que paladean muchos sabores,
mi sueño vaga fuera del cuarto.*

ANAR,

El sueño que vaga fuera del cuarto

La opinión común y ampliamente aceptada es que los escritores buscan entre las ruinas, recorren el pasado y siempre se instalan allí. Sí. Pero en ciertos momentos insólitos se ubican en otra parte. Mi esposo me grita, me abofetea, golpea mi portátil en la cocina y me obliga a borrar un manuscrito, un libro de no ficción en el que yo estaba trabajando, porque en alguna de sus páginas aparece la palabra «amante». Me acusa de arrastrar mi pasado a nuestro presente, y esta traición le parece prueba suficiente de que no hay esperanza ni espacio para el futuro. En este punto dejo de escucharle. No tengo intención de responder. Solo pienso en hallarme en un punto del futuro donde esté escribiendo sobre este momento, sobre esta pelea, sobre las brutales bofetadas que arden en mis mejillas y solo pararán cuando haya borrado lo que he escrito, sobre cómo me veo forzada a discutir acerca de la libertad de expresión con el hombre con el que me he casado, sobre esto en lo que se ha convertido el hombre con el que me casé, sobre este discurso acerca de la libertad de expresión. Y pienso en el modo en que algún día escribiré sobre todo esto y soy consciente de que estoy pensando en ello, y no en el momento en el que estoy, porque he escapado del presente, y eso me da esperanza. Solo tengo que aguardar a que esto acabe y yo pueda escribir de nuevo, y sé que va a acabar porque voy a escribir sobre todo esto. Lo sé.

¿Qué sabe mi esposo del amor? Puede eliminar un correo electrónico, un libro que se está escribiendo, una referencia aleatoria generada por la Wikipedia, el historial de todos los dispositivos Bluetooth con los que mi teléfono se ha conectado, pero ¿puede también eliminar lo que se ha sentido por alguien? Si el material no existe, ¿la memoria también desaparece?

Escribo cartas a amantes que nunca he visto ni oído, a amantes que no existen, a amantes que me invento en una mañana solitaria. Abrir un archivo, escribir un párrafo o una página, borrarlo antes del almuerzo. Es un placer escribir algo a lo que mi marido no va a tener acceso. Mi venganza consiste en escribir la palabra «amante» una y otra vez. Comprender que puedo hacer eso, que puedo seguir haciéndolo. La rebeldía, el rencor. El deseo de echar sal en su orgullo herido, de reclamar mi espacio, mi derecho a escribir.

CARTA A UN AMANTE

Esta no es la típica carta de amor. No informo sobre las patrañas que espío encaramada a mi ventana, no apporto anécdotas sobre la cruel pelea que presencié entre dos monjas que pasaron frente a mi casa. Hoy, mientras empiezo a escribirte, quiero hacerlo con dignidad, sobre las cosas que quedan más allá de mí, y también de ti.

Me pregunto cómo un oportunista como mi esposo logró colarse en un partido político que siempre he respetado, cómo logró embaucar una y otra vez a los líderes, cómo llegó a ser lo que es hoy. A pesar de su celebración de la introspección y la autocrítica, ¿cómo puede ser que no se dieran cuenta de lo que es? ¿Se quedaron tranquilos con lo que vieron? ¿Se conformaron con opinar que lo suyo no eran más que tendencias patriarcales y feudales, inevitables en alguien que viene de un pueblo? ¿No se dieron cuenta de su actitud hacia las mujeres? ¿Estuvieron de acuerdo con él? ¿Trataron de censurarlo? ¿O compartieron el mismo tipo de aprensión y desdén hacia las feministas? ¿Acaso el respeto y el amor era algo que los radicales reservaban para las mujeres rebeldes y armadas, mujeres a las que atendían y aplaudían en todas las reuniones del partido, mujeres que repartían panfletos y diseñaban pancartas? ¿Cómo sobrevivieron estas mujeres a todos esos hombres violentos y agresivos del partido? ¿Se marcharon? ¿Pelearon? ¿Dejaron atrás su sexualidad o la convirtieron en un objeto de canje para hacer más fácil la vida en la organización?

Me enamoré del hombre con el que me casé porque cuando hablaba de la revolución me parecía más intenso que cualquier poeta; más conmovedor que cualquier belleza. Ahora he cambiado de opinión. Por cada revolucionario auténtico en las filas del comunismo, hay un arribista, un maltratador, un oportunista, un manipulador, un infiltrado, un buscavidas, un lameculos, un alcohólico y un cabeza de chorlito. Por cada militante que muere en primera línea, llega un embaucador que reclama la grandeza del hombre asesinado. Por cada pensador original, está el loro que lo repite todo y reclama la sabiduría como propia. Los partidos se construyen sobre los hombros de héroes reales y se nutren de la sangre que estos derraman, incluso mientras los impostores se

divierten.

Por eso te añoro.

A ti, sin disfraz alguno. A ti, sin una lucha gloriosa que te mueva. A ti, que brillas simplemente con tu luz y moras en tu oscuridad; a ti, sin grandes afanes. A ti, con tus solas palabras y sin grandes teorías. A ti, que una mañana lluviosa me hablaste de que, al morir, querías ser enterrado en mi pelo. A ti, sí, a ti, que tres años después te casaste con otra niña. A ti, con todas sus contradicciones; a ti, que no haces promesas; a ti, que no juzgas. Eres real, y yo, ahora, necesito que lo seas.

CARTA A UN AMANTE

Te escribo porque puedo. No tengo nada concreto que decir. Hoy es uno de esos días sin un solo pensamiento nuevo. Todo lo que pienso, al final, me lleva de un modo u otro a mi matrimonio. El calor opresivo, las subidas y bajadas de los caminos, la caña de azúcar aplastada como un hueso largo y roto para producir el jugo más dulce, las historias que se oyen sobre policías que intimidan a adolescentes en la ciudad, el decepcionante color naranja del curry local. Todo se convierte en metáfora.

Me dispongo a escribir sobre algo que queda muy lejos de lo que está sucediéndome en realidad. Fracaso. Creo que mi estado es el texto perfecto de una trampa: cuando estás dentro, pensar en otras cosas te libera, pero al mismo tiempo todo lo que piensas te recuerda tu propio estado de opresión.

Creo que cuando algo es demasiado obvio, lo mejor que se puede hacer es fingir que no lo notas en absoluto.

CARTA A UN AMANTE

Querido amor, sabes tan bien como yo que es difícil permanecer en el marco del lenguaje sin sentir deseo. El juego sexual es infinito en los idiomas antiguos. Las palabras son constantemente sopesadas por sus significados.

¿No es por eso que las conversaciones con amantes son un coqueteo lento y constante? Seducir es dar un giro nuevo a cada vocablo. Hacerte mío construyendo una cabaña en el interior de cada una de las palabras que usas, y quedarme contigo en ellas para ver las puestas de sol. Cuando hablas de afeitarte la barba de tres días, te susurro cómo se me eriza la piel cuando siento que me rozas. Vinculo la palabra beso con la idea de clandestinidad. Introduzco la idea de mí en la palabra caricia. Nunca podrás desalojarme de todas esas palabras que he ocupado meticulosamente.

El matrimonio ha arruinado mi romanticismo y me ha enseñado que esto de la belleza puede resultar muy duro. Perra. Zorra. Puta. Aun así, y pese a todos los insultos, el lenguaje conserva su encanto.

El inglés me vuelve amante, amada, poeta. El tamil me vuelve cazadora de palabras, diosa del amor.

Hay una teoría lingüística según la cual las estructuras de las lenguas determinan el modo de pensar y de comportarse de las personas que las hablan. En un esfuerzo por comprender mi vida a estas alturas he llegado a una conclusión descabellada, prima lejana de esta teoría: creo que lo que sabes en un idioma demuestra quién eres en relación con ese idioma. No estoy hablando del lenguaje que da forma a tu cosmovisión, sino justo lo contrario: de la cosmovisión que determina qué partes del lenguaje escoges. No es solo que tu lenguaje te haga ser como eres y te mantenga prisionero de una manera particular de mirar el mundo, sino también que el hecho de ser como eres determina el idioma que habitas; la prisión de tu existencia solo te permite acceder y manejar alguna parte del lenguaje.

Ahora, en Mangalore, conozco las palabras kannada eshtu (cuánto), haalu (leche), anda (huevos), namaskaram (saludos), neerulli (cebolla), hendathi (esposa), illi (aquí), ahdu (ese), illa (no), saaku (suficiente), naanu nandigudda hogabekku (quiero ir a Nandigudda).

Puedo reconocer cada palabra que he necesitado en kannada. En esa lengua no soy más que un ama de casa.

CARTA A UN AMANTE

Las tardes son el momento más insoportable de mi vida como esposa. Se esparcen y me aterrorizan. Tengo que anticipar la llegada de mi marido. Tengo que ofrecerle alguna prueba contundente de que he estado muy ocupada. Me siento sumida en la inquietud, perdida en un tiempo que no quiero que se acabe y no puedo gastar. Los minutos se convierten en monstruos sin forma.

Las tardes empiezan a llevar en su silencio y en su quietud la sugerencia susurrada del suicidio. «Hazlo ahora. No te dolerá. Acabará antes de que te des cuenta.» Una parte de mí se sorprende al descubrir que, apenas unos meses después, ya estoy jugando con este pensamiento, y luego, el resto del tiempo, me veo intentando combatirlo. Me balanceo en el péndulo de una elección. Viva. Muerta. Muerta. Viva. Viva. Muerta. Muerta. Muerta. No sé si ahora estoy viva. Me siento todo lo viva que debe sentirse un muerto.

Y, por supuesto, también están los muertos que se sienten vivos.

El cementerio de Nandigudda se halla a unos cien metros de donde vivo. Cuando los fantasmas se levantan y deciden entrar en la primera casa que encuentran para tomar un vaso de agua, es mi grifo el que abren. Al principio intentaba evitar que entraran, pero ahora siempre los dejo pasar.

Las que más veces han venido a verme son las cuatro plañideras que fueron esposas del asesino Cianuro Mohan. Cuando aparecen, no dejan huella. Todas se fugaron con el mismo hombre porque él les prometió que se casaría con ellas. A cada una le dio un polvo especial para el control de la natalidad. Todas fueron halladas muertas en los baños de estaciones de autobús o de hoteles. Ninguno de sus cuerpos fue reclamado por sus padres, pues estos no tenían ni idea del paradero de sus hijas. Veinte, quizá incluso más mujeres, cayeron presas de los encantos de Mohan antes de que la policía empezara a atar cabos. Cuatro de ellas, que yacieron solas en la funeraria de Mangalore, fueron llevadas a Nandigudda para celebrar los últimos ritos. Ahora me visitan; soy una recién casada, como ellas. Alguien que, como ellas, se precipitó al casarse. Tengo un marido distinto, sufro un terror distinto y, sin embargo, algo las hace venir a verme. Curiosidad, tal vez. Aunque todas murieron del mismo modo, son

esposas celosas, no se hablan entre sí. Es un hecho. Lo sé.

CARTA A UN AMANTE

En la cama, con mi esposo, he aprendido a estar quieta y en silencio. Incluso meditativa. «Contrólate», me dice, no con el tono de un amante que no quiere despertar a sus vecinos, sino con el de un profesor irritado. Me convierto en la mujer del cine indio: en la pantalla, el acto sagrado del sexo conyugal se ve representado en mi mano cargada de brazaletes que se agarra a la sábana; un gesto brusco y repentino que da a entender al espectador que mi marido me ha poseído de un solo empujón.

El Tarantino de los productores tamil también puede optar por mostrar esta situación mediante un plano corto de mis dedos, que se curvan y por fin se quedan quietos. Por lo demás, el sexo en sí no generará ningún ruido ni ningún otro movimiento por parte de la mujer.

El sexo es en gran parte lo que es porque te permite ser tú mismo. La individualidad que puede mostrar un amante —intensidad, torpeza, timidez— es lo que hace que el sexo sea distinto en cada ocasión; esto es lo que cambia la naturaleza del placer de un acto a otro, de un amante a otro. Para representar el papel de la esposa quieta, pasiva y sumisa día tras día, la mujer se ve abocada a una relación con el techo, no con su marido. A mi esposo le falta este tipo de conocimiento básico porque ni Marx ni Lenin ni Mao escribieron explícitamente sobre ello, y las clases sobre la conciencia de clases no abordan el placer sexual de los camaradas.

Pienso en ti y en mí. En uno de esos días ruidosos, con el personal del hotel en el pasillo, pienso en nuestra primera vez juntos. Tú, el hombre que no me silencia, que no me encierra, que me hace gritar. Por un segundo eso será todo lo que quiero en el mundo. Una especie de alunizaje. Como si finalmente obtuviera el permiso para ser yo misma. Como si alguien sellara mi pasaporte y me dijera que sí, que soy libre de visitar esta tierra, libre de gritar lo que pueda, todo lo que quiera. No estoy segura de haberte conocido. No creo que sepas que existo.

Créeme, amor, lo sabrás.

Mientras escribo a mis amantes invisibles, aún no descubiertos, las palabras de mi único amor verdadero vienen a mí. Y con la cadencia de sus persuasivos discursos públicos, me cuelo de nuevo entre sus brazos.

Mi corazón está en hoy en huelga: no hay tráfico, todo está suspendido, todos los indicadores han caído, la gente no sale de casa. Solo tú tienes el permiso no escrito para pasear por mis calles, puedes bailar si lo deseas y cantar si te apetece, pero, amor, ni siquiera abres tu ventana para mirarme. En medio de todo esto, se queman autobuses, se destrozan las ventanas de los escaparates, la policía pasa a la acción, hay consignas y pancartas y marchas, pero a ti nada te altera. Hago todo el ruido del mundo, pero estoy sola.

No me envías mensajes, ni siquiera los fragmentos de poemas; no preguntas si estoy viva. Te echo de menos. Para ver si puedo percibir tu aroma o ver la silueta de cualquiera que me recuerde a ti, abro una ventana. Desde donde estoy, no alcanzo a ver a la gente; veo el cielo y observo a las nubes que construyen puentes entre sí. Son enormes, se mueven lentamente en este crudo verano, pero se las arreglan para juntarse más rápido que nosotros. Cierro la ventana, decepcionada, apago las luces, pero tú no vienes. Me abandonas a mi soledad. Eres cruel. Yo te acecho. No hay más que quietud, un silencio fracturado por la música que pongo de vez en cuando. Soy paciente, busco el signo más pequeño que me hable de ti. Sin embargo, envejezco esperándote. Tú, que me dijiste que el amor era como una adopción, me has abandonado.

Podría quitarme la vida y tú solo te enterarías por las noticias de la tarde o los periódicos de mañana. Podría mutilarme y sangrar, y ni siquiera lo sabrías, no llorarías porque no sabes, no me pedirías que parase porque no sabes, no me sostendrías la mano con tus dedos nerviosos, no me consolarías con tus besos, no romperías a llorar cuando me vieras herida; nada de esto sucedería porque estás en otro sitio, mi amor.

Estoy en casa, acostada en la cama de matrimonio, y así es como peco. Con la memoria transcribo las palabras de un amor de hace tiempo. A ojos de mi esposo será un crimen de pensamiento, pero no siento ninguna culpa. No creo que sus

palizas o sus correazos puedan lograr que me sienta culpable. Lo único que siento ahora es el placer de la rebelión, el consuelo de las palabras por tanto tiempo olvidadas que me dan seguridad, que me dan amor.

CARTA A UN AMANTE

¿Cómo quiero que me imagines mientras te escribo estas líneas? No como a una mujer de ojos brillantes que escribe con furia en su portátil y que borrará lo escrito en cuanto la noche empiece a acecharla. No, esa es la imagen de una esposa escritora, pero yo solo soy escritora en breves lapsos. Así que recompón la escena en la que aparezco, pero, por favor, no escojas a una esposa maltratada: esa es una imagen que quedará grabada en tu mente, y cuanto más pienses en ella, más imposible será para ti relacionarte conmigo, amarme con naturalidad. Me amarás, entonces, como una cicatriz ama una herida, y yo merezco algo mejor.

Por ahora, imagíname en esta cocina. La cocina es el espacio más pequeño de nuestra casa, pero es un espacio de paz. Todo lo que tiene que ver conmigo le provoca ataques de rabia, pero mi comida siempre logra aplacarlo. Es lo único redimible que ve en mí. Lo único sobre lo que puedo intentar construir, tratar de engañarme a mí misma con la fantasía de un matrimonio feliz. En la cocina descubro las semillas de la fe. Mi único alto el fuego es fruto de la comida que preparo. Las únicas conversaciones tras las que no sospecha de mí son aquellas en las que hablamos de comida. Si vas a contarle una historia, hazlo como si se tratara de una novela culinaria. Incluye flashbacks a los bosques de pinos y los naranjales. Escoge a un joven alto y delgado, de unos treinta años, para que represente el papel del guerrillero naxalita que lucha por una comida decente y forma parte de un escuadrón armado, compuesto por doce miembros que sobreviven en condiciones inhóspitas. Tras una experiencia como esa, es fácil comprender por qué mi esposo es tan sibarita con los sabores. Por qué le gusta tanto mi comida. A pesar de que interfiere y me da lecciones sobre cómo reducir las sobras y ahorrar tiempo en los fogones, la cocina es el único lugar en el que me permite un cierto poder. El único punto de nuestro matrimonio en el que tengo la sartén por el mango.

Recuerda, amante: si alguna vez diriges la película de mi vida, la comida debe eclipsar a los personajes. El asalto a tus sentidos será la base de tomates rojos que se mezcla en la sartén con chiles verdes y cebollas rosadas. El sabor del tamarindo, que se usa para hacer una salsa de pollo al curry, lo teñirá todo de un rico tono marrón. El verde oscuro de los frijoles, interrumpido por el marrón oscuro de las semillas de mostaza y el blanco del polvo de arroz tostado. El corazón de un tallo de banano cortado en juliana, mojado en suero de manteco, escurrido y salteado con comino, coco rallado, una pizca de cúrcuma y chiles rojos, traerá a su plato la exuberante riqueza de una patria lejana. Los sonidos del aceite chisporrotearán cuando los clavos de olor dulce y la corteza de canela y la alholva y el anís estrellado caigan en la sartén, uno tras otro. Las hormigas blancas voladoras de una noche de monzón quedarán hábilmente atrapadas para hacer una merienda inesperada. Y aquí, mientras se organicen todos estos elaborados banquetes, verás la imagen de felicidad doméstica que mi esposo trata de forjar por todos los medios. Verás con qué entusiasmo me pongo en la piel de la buena ama de casa.

Aprendí, no obstante, que la comida podía revelar mis secretos. De modo que a mi esposo solo le preparo la comida que aprendí de mi padre. No experimento. No replico las comidas que preparé para mis amantes, o las que planeo hacer contigo. Todos los días le sirvo comida como si fuera una declaración de castidad.

CARTA A UN AMANTE

Ayer pensé en todo tipo de hombres: delgados, altos, bellos, morenos, ágiles, poseídos y todos los que se le ocurrieron a mi sucia imaginación. Durante tres horas, anoche, mi esposo me tomó como rehén y me sermoneó sobre el papel de la ropa en una mujer. «Cuando la clase desaparece, lo masculino y lo femenino también desaparecen. La sociedad de clases da lugar al concepto de vergüenza. Pero cuando la vergüenza desaparezca, iremos todos desnudos.»

Al principio, el conjunto de hombres que desfiló por mi cerebro no fue más que un intento de distraerme de mi aburrido esposo. Pero cuanto más insistía él en decir que «una sociedad sin clases será una sociedad desnuda», y que «la

sexualización del cuerpo desnudo es el resultado de las fuerzas del mercado», más ganas tenía yo de deleitarme perversamente y de sacar el máximo partido a todos esos hombres de mi imaginación.

La gran teoría sobre la desnudez, en cualquier caso, no era más que pura hipocresía. Yo sabía bien lo mucho que mi marido controlaba mi ropa, y cometí el error de informar de ello a mi madre.

—El amor se halla en las cosas pequeñas —me dijo por teléfono—. Ponte lo que le guste. No seas cabezota ni te enfades por tonterías. Los hombres se muestran inseguros ante la belleza. Observarán que tú escondes la tuya y arrastrarán sus mentes paralizadas hasta la ciudad, donde se follarán con la mirada a todas las chicas que vean.

Lo siento, querida madre, pero no estoy de acuerdo contigo. La ropa no debería ser un motivo de disputa. No debería ser una herramienta de control y mortificación. Para mí, el punto está en la forma en que los hombres se desnudan. (Siempre el regocijo de ver a un amante sacándose torpemente la camisa, primero la manga izquierda y luego el resto, pasándolo por el cuello.) Y está también en la forma en que las mujeres se visten y desvisten, una frente a la otra: nuestra ropa está hecha para las manos de nuestras amigas (la cremallera que recorre todo el vestido, el sujetador, los pliegues del sari en la parte posterior... Como si solo pudiéramos estar completas cuando participamos del acto de vestirnos unas a otras). Solo te hablaré de la ropa como aquello de lo que queríamos zafarnos, aquello que nos recuerda la época en la que fuimos amantes. El pañuelo que me compraste en tu visita a Oriente Medio y yo no te pedí que me mostraras por miedo a que aquello significara que me importaba lo que sentías por mí; el pañuelo que no te cogí por miedo a que te hiciera sentir mal más adelante; el pañuelo como evidencia de amor y al mismo tiempo falsa esperanza de compromiso. El top de color vino que me dejé en tu apartamento, con el pequeño balcón y la habitación con una colcha de color azul cobalto y cortinas blancas, como si al dejarlo allí quisiera asegurarme de que volvería a verte. Esta prenda me esperaría y juntos podríamos pasar nuestras noches compartiendo poesía, política y los peores chistes del mundo.

CARTA A UN AMANTE

Te escribo esta carta aun sabiendo que te sentirás profundamente molesto cuando te topes con el nombre de Derrida. Dirás que es un cretino con ese acento francés que tienes. Para demostrarme que puedes hacer un ejercicio de oscurantismo aún mayor, pondrás negro sobre blanco siete frases que no podrán ser descifradas ni por las mejores mentes del mundo. Pero no, no estamos montando el escenario para eso. No es ningún tipo de trampa. Lo que quiero es hablar de otra persona: Derrida dice que es la mejor escritora en lengua francesa, y por esa simple razón debería interesarte.

Leí Hyperrêve, de Hélène Cixous. Tiene una frase en la que no he dejado de pensar, una frase que envuelve toda una acción, que recorre la vida de una mujer y su contemplación del dolor y la supervivencia, incluso cuando está aplicando un bálsamo sobre la piel de su madre, y yo sé que así es como se absorben las palabras, en círculos, penetrando suavemente en el cuerpo y alcanzando los puntos de dolor, el propio torrente sanguíneo. Podría escribir un análisis de cuarenta y cinco páginas sobre esto; esta frase sinuosa podría ayudarme a presentar algún ejemplo de la oración femenina o un trabajo en alguna conferencia. Pero lo más importante es que esta oración me ha alterado a mí misma; me ha hecho mirar la piel oscura de mi madre bajo una nueva luz. Imagino esta piel que ves, descrita de este modo, como un blanco teñido de rosa con un cierto tono amarillento.

En la novela de Cixous hay un problema de piel. En mi universo, la piel es el problema. Ningún Jacques Derrida hará jamás una reseña sobre mí, pese a toda la intimidad telefónica o la acción de la mujer sobre la mujer en el mundo. Nuestra piel no deja entrar la luz, no trasluce la gloria reflejada, y las mujeres morenas como yo tenemos grandes dificultades para participar en escenas intelectuales y feministas. A menos que nos convirtamos en la representación de las mujeres tímidas escogidas para entretener a un auditorio exclusivamente blanco que espera ser deslumbrado. No puedo competir con ella; no ahora, ni antes, ni nunca.

Me encanta Cixous, quisiera llamarla Hélène en la base de nombres de mi tesis de fantasía, pero al final descarto esta novela, este hipersueño. Quizás el francés que se ha colado en la traducción haya sido el salvador. Quizá las palabras escritas en cursiva en este idioma, cuyo poder no colonizó mi tierra aunque devastó otras, tengan la culpa. Si se les da la oportunidad, son estas palabras

francesas —inequívocas, tan dispares como por ejemplo el adverbio encore— las que deben explicar y contener mi rabia aullante contra el lenguaje, contra la literatura, contra todo lo que parece atemorizado y retorcido.

Y entonces, tras un número interminable de páginas, encuentro algo.

Dieu n'a pas d'yeux.

Dios no tiene ojos.

Esta frase es una patada en el estómago. Ciertamente, Dios no ha visto la sonrisa en la cara de una niña la primera vez que sus palmas eclipsan el sol, ni ha visto las lágrimas de una esposa mientras piensa en sus hijos no nacidos.

CARTA A UN AMANTE

Esta es la carta que llevo escribiéndote varios días. Viviendo en Mangalore, donde la lluvia se cuele en cualquier esfera privada, ¿cómo puedo condensar la lluvia para ti?

Las solitarias pinzas para la ropa están mojadas y sostienen enormes gotas de agua que antes de caer parecen lóbulos de oreja. Fucsia. Aguamarina. Fucsia. Aguamarina. Fucsia de nuevo. De pequeña me encantaban. Unía una pinza tras otra hasta crear una fila lo suficientemente larga para que me siguiera por toda la casa; una caravana de pinzas de tender y, para adornarme, una guirnalda de broches con gemas unidos con precisas repeticiones de color. En un matrimonio no queda demasiado espacio para perder el tiempo. Todo tiene una forma y una función. Todo ocupa su lugar. La pinzas de tender en el tendedero, los broches con gemas en la mesa, las perchas en el armario, la mujer en la cocina, la sumisa entre las sábanas.

Abro las puertas de casa y observo las interminables cortinas de lluvia. Son el alivio y el respiro que busco para el bochorno de permanecer siempre encerrada. Son las que me traen el aroma de antiguos amantes. Bajo la lluvia escondo mis recuerdos de días más felices. Bajo la lluvia canto los nombres de los hombres que quiero. Bajo la lluvia mi cuerpo me responde, pierde el control, olvida el

decoro que se exige a las mujeres de bien. En la lluvia oculto la vergüenza de la humedad inexplicable entre mis piernas. Bajo la lluvia ahogo el silencio con mi sangre. Bajo la lluvia me absuelvo de culpa: soy una esposa, estoy encadenada a este destino, he hecho las paces con la vida. Es esta lluvia la que me habla de huir de todas las formas posibles, la que comprende mis miserias, la que me llena de tristeza y anhelo, la que siembra las semillas de la discordia, la que me envía a silencios irrevocables, la que informa de esta carta que escribo.

Borro todas mis cartas en cuanto acabo de escribirlas. Cada línea que he redactado es un crimen de pensamiento, un crimen que no deja rastro ni evidencia, un crimen que ni siquiera es un crimen. Si mi esposo me preguntara alguna vez sobre esto, he decidido usar su propia línea de argumentación: Aquí no hay ninguna base material, así que... ¿qué quieres que haga?

Los viejos amantes siguen el camino de las fotografías antiguas, que se destiñe gradualmente como en un lento baño de ácido: primero los lunares y los granos, luego los sombreados. Luego las propias caras hasta que solo quedan los contornos.

MARGARET ATWOOD, Ojo de gato

Siempre hay una torpe primera vez, que a menudo se olvida en favor del propósito de la historia, pero se recuerda al servicio de la nostalgia. Una primera vez que solo se explica bajo coacción de los maridos exigentes.

Sucedió hace mucho tiempo. Sucedió antes de que yo fuera consciente de cosas como la memoria y el olvido. Sucedió en circunstancias en las que no me estaba permitido hablar de ello aunque yo fuera el propio centro de ello.

Yo tengo veintitantos años, él se acerca a los cuarenta. Yo soy estudiante, emigrante, sin nada que me pertenezca. Hablo poco el malayalam. En cada palabra que pronuncio se intuye mi tamil nativo. Los medios vernáculos de Kerala se refieren a él como el orador más grande de su generación. Es el político más carismático del estado, el nieto de un revolucionario, el favorito de la prensa regional, el luchador solitario, el iniciado que está desmantelando un sistema corrupto, el joven entregado que cambiará el país.

Este hombre es todos los hombres que he estado buscando.

Casi siempre nos vemos en secreto.

La felicidad de vernos apagada por la tristeza de tener que hacerlo de este modo. El tiempo acurrucado entre las palmas de nuestras manos como para evitar que se derrame. Miedo a dejarlo ir, miedo a correr más que él. Miedo a que un poco menos de impaciencia al principio, o un poco más de prisa al acabar, sea el principio del fin. Estamos sin aliento antes de tiempo, resoplando, agobiados por la pesadez de nuestro secreto, por los años que nos separan a ojos del mundo. Y rellenamos cualquier vacío en la conversación con los versos de poemas que recordamos —y olvidamos— a medias. Nos reímos de las bromas del otro. Hablamos con elaborados acertijos. Un amor asediado, unos abrazos imprudentes, combinados con la desvergüenza de unos perfectos extraños.

Algunos días, la torpeza de expresar nuestro apetito físico.

Algunas noches, las intimidades concedidas con la frescura del primer amor.

Como telón de fondo, las numerosas marcas incesantes de las disputas de enamorados.

Peleándonos por decidir quién amaba más a quién.

Peleándonos por pelearnos.

Poniéndonos nombres.

Follando sin que nada nos importara.

Hubo muchos besos. Estábamos en carne y hueso, olíamos a sexo y a crema de afeitar, y toda esa belleza nos mantenía en marcha. Teníamos lo que solo podía llamarse amor.

Pero las cosas cambian rápidamente. Antes de darme cuenta, estoy haciendo cositas para él. De pronto estoy coordinando su entrevista con un periodista extranjero, luego revisando el borrador de un comunicado de prensa que me ha enviado a toda prisa por correo electrónico. Una semana más tarde estoy buscando información para un discurso que tiene que hacer en una universidad de otro estado. Un discurso inaugural sobre el rol de la maquinaria estatal durante los disturbios comunales. Avanzo por el delgado y nuevo libro de Omar Khalidi, me descargo numerosos PDF, recorto editoriales de periódico y encuentro informes de comisiones policiales que condenan el empleo de la fuerza por su ausencia de neutralidad. Intento armar un discurso sabiendo que él no iba a leerlo en voz alta, que probablemente hablaría de manera improvisada, que su don para la oratoria sería mejor que cualquier palabra que yo pudiera escribir para él.

Conociéndolo, pasaría un buen rato hablando de los tiroteos de la policía de Beemapalli, que no tenía derecho a irrumpir en esa pequeña ciudad costera y abatir a tiros a dos hombres musulmanes. Es un asunto de estado que hace de las minorías una presa fácil para sus propios excesos. Los principales medios de comunicación y la sociedad civil miran para otro lado, pero mi hombre es uno de los pocos que ha alzado la voz para romper el silencio. Durante los últimos tres meses, todas sus conferencias de prensa, sus entrevistas con los medios de comunicación, sus memorias, sus manifestaciones... han girado en torno a este tema. Yo me encargo de la investigación porque él me lo pide, a pesar de que sé

que tiene un ejército de personas a su disposición para hacer este tipo de trabajos: profesores jubilados, ex compañeros de aula, futuros periodistas, hombres jóvenes documentados para trabajar en ONG, mujeres jóvenes de la academia con titulaciones en ciencias políticas, ese tipo de personas estándar que se sentirían felices de aprovechar la oportunidad de ayudar, felices de ponerse a su servicio. A veces me parece que estoy haciendo todo este trabajo para mantener la competencia a raya. Yo no tengo ni papel ni posición ni conexión con su partido. Todo mi compromiso nace del hecho de que estoy enamorada de él. Inmersa en el romance, saboreo estos recados que se cruzan en mi camino.

En mi fuero interno me digo que las tareas que me adjudica son su manera de asegurarse tiempo conmigo: mensajes de texto, largas llamadas telefónicas, alguna visita secreta y no anunciada a mi oficina... Sé que este trabajo va más allá del trabajo, más allá de la política, más allá de la fecha límite y el recuento de palabras. Cuando me encargan hacer algo por él, creo que este es el modo en que nuestro amor se renueva a sí mismo, buscando constantemente estar en sintonía, compartiendo un terreno común. Es como la forma que tiene de decir al final de cada llamada «te llamo luego», «te llamaré esta noche», «te llamaré por la mañana, será lo primero que haga», como si estuviésemos siempre metidos en una eterna conversación, y cuando nos vemos obligados a interrumpirla, simplemente pulsamos «pausa» y esperamos a recuperar luego la acción justo donde la habíamos dejado.

Algunas noches, nuestras conversaciones telefónicas se convierten en un catálogo interminable de sus problemas de salud. Me abruma no estar con él, no poder hacer nada por consolarlo. Al teléfono, todo lo que tengo es el cielo nocturno que abre sus mil ojos. Y allí, la luna con dolor de estómago, la luna con dolor de espalda, la luna con el corazón sangrante, la luna en la que veo todos sus estados de ánimo.

Este viaje me ha provocado un constante dolor de espalda.

Comer en el hotel, comer fuera de horas, no comer nada, todo está agravando mi úlcera.

Esta tarde me ardía la frente, y ahora estoy envuelto en una manta para atenuar

los escalofríos. Creo que los mosquitos de Kochi me han vuelto a pasar la malaria. Sí, iré al médico mañana.

Mis pies están hinchados; mi dedo gordo, entumecido, ¿podría significar un problema nervioso grave? La resonancia magnética de enero no mostró nada fuera de lo común. ¿Puede que necesite una segunda opinión?

Perdí la voz, esto es algo inherente a la campaña. Llevo tres días sin dormir, los eventos improvisados me están matando. Ya no tengo una vida que funcione de acuerdo al plan.

El chico de los masajes no ha aparecido esta semana.

Estoy pensando en hacerme una revisión médica.

La idea de la «taza de té verde cada hora» es buena, pero me quita el apetito.

Es el estrés, nada más.

Yo no tengo ni idea de medicina, pero le escucho. No es que él sea hipocondríaco, pero parece tener más problemas de salud que mi madre y todas sus amigas juntas. Hablar de enfermedades se vuelve una cuestión tan central en su vida que ahora, casi por costumbre, yo también toco el tema en nuestras conversaciones: indago sobre su estado de salud cada vez que nos llamamos. No sé ni cómo ni por qué hemos llegado hasta aquí. En una de mis fantásticas teorías que busca explicar y preservar todo lo que me rodea, decido que esta es una de las formas que tiene de demostrarme su confianza, presentándose en su faceta más frágil, divulgando sus debilidades, compartiendo conmigo las penas de su cuerpo indómito, advirtiéndome quizá de que la vida con un hombre mayor comporta complicaciones, preparándome tal vez para toda una vida en común.

Él podía ser un hombre fuerte e invencible para el mundo exterior, pero para mí era alguien que necesitaba ternura. A veces leo esto como un alegato a la compasión: como si compadecerlo me llevara a amarlo más y, por extensión, como si mi amor incondicional fuera a protegerlo del tormento del cansancio y la enfermedad.

Puede que él no tuviera las mismas ilusiones románticas que yo. Puede que, para

él, la nuestra fuera una intimidad que podía permitirse con facilidad; una que no exigía compromiso, una que no era juzgada.

Las complicaciones de su salud también podían significar justo la otra cara de la moneda, una versión menos glamurosa y más natural de la realidad, como bajarse en una estación de ferrocarril al azar, encontrarse con el primer médico que aparezca a la vuelta de la esquina, mostrar las nalgas a una enfermera tímida para una inyección de diclofenaco, tomar un cóctel de medicamentos para mantenerse en la brecha o ir a ciudades pequeñas para asistir a las reuniones en las fechas asignadas.

En el amor, habito en un subterráneo imaginario; existo y al mismo tiempo no existo. Se me convoca cuando mi amante me necesita y se me despide, como al genio enviado de vuelta a su lámpara, cuando termina conmigo.

He firmado una tregua temporal con esta situación, ya que el mundo no sabe de nuestro amor sin título y sin exigencias.

Algunos están al corriente de que soy su amiga, pero nadie sabe con certeza si soy su amante. Me cuentan historias lascivas sobre él y observan atentamente mi reacción. Un temblor. Un sofoco. Algún signo revelador. Me mantengo impassible. Reprimo el impulso de alimentar su curiosidad.

Los momentos que comparto con él los guardo para mí. Pero no siempre consigo olvidar las historias que oigo. Algunas me duelen, se me quedan clavadas. Estas siembran la semilla de la duda. Comienzo a vivir en ella. Busco evidencias que la corroboren. Cuando me resulta difícil rebatir las historias y dejo de considerarlas rumores infundados, me enfrento a él. Es desagradable y doloroso. Como cortarme con una cuchilla. Como apresar a alguien. Rompe el lánguido encanto de nuestra relación, ese espacio sin peleas, esa ausencia de voces alzadas, esa zona de arrumacos que habíamos creado para nosotros y donde el dolor no penetraba ni existía.

La duda nos deja en un lugar incómodo. Cuando levanta sus múltiples cabezas el amor flaquea. Preguntar a un hombre si un rumor sobre él es cierto acarrea sus propias consecuencias: «Tienes dudas. No confías en mí. Donde no hay confianza, no hay amor».

Le cuento que he sabido de su coqueteo con una actriz. Se lo explico con todo lujo de detalles después de que un periodista me llamara para informarme de que la presencia de mi amante en Singapur estaba estrechamente relacionada con eso. Uno de mis amigos me cuenta que está apoyando a una académica en ciernes porque comparten cama y pasión política, y el día que me encuentro con ella en su oficina me quedo helada; no consigo articular palabra, no consigo sonreír, no consigo quedarme ante ella. No es que crea cada historia que se cruza en mi camino: sé que algunas no son ciertas. Pero no siempre puedo contenerme y a veces exploto, pese a mis esfuerzos por no hacerlo. Esos rumores que me llegan quedan agazapados en las trincheras de mi mente, listos para cobrar vida cuando me siento abandonada. A él no le afectan. Descarta cualquier historia y dice que son obra de sus detractores. Atribuye los rumores al riesgo laboral que debe asumir todo político.

Yo le creo. Me obligo a creer que puede haber humo sin fuego, aunque ese humo me ciega y haga que mis ojos se llenen de lágrimas.

En realidad es una historia muy sencilla.

Me había propuesto amar a un hombre que amaba a la gente, pero en lugar de ello me descubrí amando a un hombre que amaba a las mujeres.

Aviso para las mujeres jóvenes que practican el culto al héroe: el mundo está lleno de mujeres que aman justo al hombre del que estás enamorada.

Aprende a vivir con eso.

Cada vez que acudo a su despacho, tanto si voy con un periodista, con una estudiante, con una mujer cuya denuncia por violación ha sido ignorada por la policía o con un trabajador de la construcción acosado por el prestamista local, como si solo me paso porque quiero robarle una mirada, los hombres que le rodean guardan el más absoluto silencio. Hay una cordialidad forzada que enmascara su incomodidad. Pueden fingir que son amables, pueden saludarme, interesarse por mi salud, preguntarme cómo me va el trabajo y descubrir si estoy buscando un nuevo puesto. Los más atrevidos no podrán evitar burlarse de mí diciendo que estoy haciendo méritos para un cargo o que aspiro a ser secretaria

de prensa del partido o del ala de las mujeres o del ala de los estudiantes o lo que se les ocurra en ese momento. Clasificadas, medidas, sofocadas: este es el destino que nos espera a quienes no somos herederas políticas.

Yo no me parezco a ninguna de las mujeres que triunfan en política: nuera de un ex primer ministro, hermana menor de un ministro del Interior, esposa de un político importante condenado por una estafa, esposa de un expresidente del partido, viuda del secretario del ala de estudiantes que fue brutalmente asesinado, hija del líder social que hace poco desertó de un partido para afiliarse a otro. Lo que ellas tienen es lo que a mí me falta: una familia bañada en política. Padres que me eduquen, hermanos que me apuntalen, tíos que me catapulten a sus imperios mediáticos. Está claro que el único camino que me llevará a ser parte legítima del circo político será el matrimonio.

Y así, solo por esta razón, detesto la idea del matrimonio, la idea de que pudiera ser percibido como un medio para un fin, la idea de que convertirme en esposa fuera a ser interpretado más como una ambición que como un gesto de amor. Pero la política es primitiva, y sé que esta es la práctica más común para que un extraño pueda unirse a la tribu.

Todavía no he sido ungida como esposa. Y aunque abundan los rumores, nadie tiene idea de cuál es nuestra relación ni de cuáles son mis intenciones. Al dirigente que bromea sobre mi ambición, le respondo con agudeza: «¿Así que este es el puesto que quieres para ti, chetta? Tranquilo, te recomendaré». Y de los que sugieren una historia de amor me escabullo diciendo «oh, no; le quiero como se quiere a un líder; mi amor por él no es distinto al tuyo, chetta». Mis respuestas no hacen cambiar a nadie de opinión, pero así me resulta más fácil poner cara de valentía o de indiferencia. Para estos supuestos buscadores de amor, ninguna respuesta será lo suficientemente buena.

El matrimonio no es la máxima prioridad en mi lista de proyectos. No es el final del camino ni la culminación del amor. Quiero dejarlo claro, no me ando por las ramas.

—No te pido que te cases conmigo porque te amo y tú me amas. No te pido que te cases conmigo porque esto es lo que hacen los enamorados. No te pido que te cases conmigo porque creo en el matrimonio o porque creo en esta sociedad. No

te pido que te cases conmigo para que podamos vivir juntos día y noche o porque moriría si no puedo lavar tu ropa interior con mis delicadas manos. No te pido que te cases conmigo porque quiera ser tu deslumbrante esposa-trofeo o porque espere ser aquella que al casarse dio un enorme braguetazo.

»Quiero que te cases conmigo porque deseo afrontar las razones por las que te niegas a casarte conmigo. No das ni un paso hacia el matrimonio, y yo quiero saber por qué esta idea no habita en tu horizonte. Quiero saber por qué me rechazas antes incluso de pronunciar tú mismo estas palabras. Quiero saber qué es lo que me hace indigna de ser tu esposa.

»Quiero saber qué habría pasado si hubiera sido otra mujer —una más rica, más justa, menos educada o más pechugona, la hija de un industrial, la hermana de un miembro del Parlamento...—, quiero saber si entonces me habrías puesto el sello de aprobación.

—Este es el tipo de feminismo que arruina el amor —responde él—. Esta forma de enmarcarlo, de exigir el matrimonio como un derecho en lugar de verlo como el siguiente lugar lógico al que nos llevaría el amor. Es el feminismo que calcula —dice—, el feminismo que negocia, el feminismo que hace balance. No es amor lo que espera. No es un amor que haya crecido en la confianza y que, por tanto, esté libre de dudas.

»El problema es tu feminismo. Un feminismo que te vuelve individuo, un feminismo que se niega a reconocer que somos pareja, un feminismo que te hace construir una barrera a tu alrededor, un feminismo que siembra en tu mente la semilla de la desconfianza porque no puede verme como otra cosa que un hombre, ni ver en los hombres a redomados sinvergüenzas.

»Si eres una mujer enamorada y yo soy el hombre al que amas, ¿acaso no somos una unidad, una sola persona, dos cuerpos en una sola alma? ¿No acogería tus intereses en mi corazón? ¿No te vería como a mí mismo? ¿Y por qué me tratas como si fuera otro? ¿Cómo te atreves a pensar que podría traicionarte? ¿Por qué te sitúas fuera de la pareja y me mantienes al margen? ¿Por qué me persigues con estas preguntas? Tu feminismo está matando nuestro amor. Y para que lo sepas, yo no soy el problema. Yo no soy el problema, y lo sabes. Tú tampoco eres el problema. El problema es tu feminismo.

Escucho en silencio.

—Tu feminismo mantendrá alejados de ti a todos los hombres que se crucen en tu camino. Ninguno tendrá la más mínima oportunidad.

Contemplo cómo se transforma el amor. Solos en su despacho, sus manos encuentran mis pechos, me rodea con sus brazos, besa mis mejillas, mis párpados, se detiene en mis labios y, en un minuto de intimidad robada, termina estrechándome de tal modo que su miembro declara su dureza contra mi muslo. Entonces, el sonido de unos pasos que se acercan por el pasillo nos hace recuperar nuestras previas y familiares posiciones: él en su trono detrás del escritorio y yo enfrente, cual súbdita. Su figura se agudiza, sus ojos se entornan, sus labios se fruncen en actitud contemplativa, sus dedos acarician su bigote. Hace una observación irónica. En presencia de una tercera persona, su amor está programado para autodestruirse.

No logro estar a la altura de mi político. Estoy sentada allí, con el corazón palpitante, los dedos repiqueteando, una luz en los ojos que se niega a desaparecer y un estado de excitación que no decrece.

Déjame decirte algo que va en contra de la sabiduría popular.

El amor no es ciego, solo mira hacia el lugar equivocado.

Mi primer amor hace de mí una mujer distinta. Me agota de responsabilidad. Me obliga a luchar para sostenerse a sí mismo, para tener un nombre propio, un rostro adecuado y una historia pública necesaria. Me despierta y me impulsa a salir del paisaje de ensueño de los amantes. Si el amor es un lugar marcado por la ausencia de preguntas, yo ya no estoy en él. Tengo preguntas. Estoy cargada de preguntas.

Como es propio de su naturaleza, las preguntas entre amantes pueden derivar en acusaciones.

Ya no es: ¿qué será de mí?

O: ¿qué nos deparará el futuro?

O: ¿qué haremos con nuestras vidas?

Estamos ante el final de las preguntas abiertas. Una interrogación se convierte en declaración. Un sentimiento se convierte en acusación. Una afirmación se convierte en sentencia.

—Me utilizaste.

Otro hombre en su lugar habría declarado su amor una vez más, habría hecho las paces y le habría prometido que se casarían. Él se limitó a hablar de feminismo.

—¿Por qué crees que «te utilicé»? ¿Es así como simplificas nuestro amor, convirtiéndolo en una calle de un solo sentido? ¿Es que no tenías ningún papel, ningún control sobre lo que sucedió? Esto que haces es muy sucio. Tu pensamiento es mezquino y problemático. Yo no «te utilicé». No más de lo que tú «me usaste» a mí. Si crees que «perdiste» algo acostándote conmigo, recuerda que yo perdí exactamente lo mismo acostándome contigo. Creo que estás diciendo esto porque estás enfadada. No lo dices en serio, mi amor. No puedes tener una opinión tan baja de mí o del sexo. No lo mires de ese modo: no pienses en mí «usándote», sino en nosotros dos «compartiendo» algo.

No sé qué decir. Casi me dobla la edad, pero incluso yo puedo ver que solo usa esta dialéctica feminista, tan conveniente para él, porque no tiene la menor intención de comprometerse conmigo. Con estos argumentos desapasionados veo que hemos perdido la poesía que nos mantenía unidos.

Parecía como si la gente de nuestra nación hubiera decidido —o como si alguien hubiera decidido en nombre de la gente de nuestra nación— que la única manera de contrarrestar la narrativa política de la «dinastía» consistía en dar un giro a la narrativa opuesta: el «celibato». Un hombre sin una mujer visible quedaría libre de prole que reclamara su legado. Tal vez la gente tuviera la intención de señalar que, al no tener herederos, esos hombres no sentirían el impulso de la corrupción, de acumular riquezas, de construir dinastías. Tal vez significara que, al no tener responsabilidades domésticas, esos hombres dedicarían todo su tiempo al servicio de la sociedad. Esos políticos solteros emergieron en cada pueblo y en cada aldea, y también en cada concejal electo, a expensas de la

creación de nuevas familias.

El primer y más popular político soltero fue, por supuesto, Gandhi. Ese Gandhi que toma leche de cabra, ese Gandhi que es padre de la nación. Un hombre casado que logró el milagro de convertirse en un político soltero. Hizo público su celibato. Y mientras en cualquier otro lugar del mundo habría sido objeto de burlas o reprimendas por negar el placer a su esposa y no tomar en serio sus responsabilidades conyugales, en la India se le otorgó la santidad. Gandhi también extendió el rumor de que la pérdida de semen equivalía a la pérdida de energía, con lo que provocó una represión orgiástica en toda la nación. Eyacular equivalía a castrar. Ningún hombre quería perder su poder y su potencia teniendo sexo. Una mujer a tu lado significaba que no eras lo suficientemente masculino ni lo suficientemente hombre como para dirigir a un pueblo. Así las cosas, los hombres que no se veían capaces de mantener el celibato (a diferencia de Gandhi) decidían, en cuanto tenían la oportunidad, esconder a las mujeres con las que se acostaban para así poder seguir siendo políticos solteros.

Atal Bihari Vajpayee —con una hija adoptiva y una compañera de vida, la señora Kaul— era un político soltero. Narendra Modi —con una esposa a la que logró abandonar y purgar de nuestra memoria colectiva, incluso cuando tenía las manos ocupadas con el lanzamiento de un pogromo antimusulmán— también lo fue.

Así es el hombre con el que estoy. Soltero. Político.

Esta etiqueta le hace destacar. Esta etiqueta da a entender la promesa de que su vida está dedicada a servir a la gente. Esta etiqueta informa de que se toma su semen muy en serio. ¿Cómo puedo reclamarle nada sin hacerle perder esta etiqueta? ¿Cómo puedo presionarle para que se case conmigo si sigue declarando lo gravoso que sería para su vida política? ¿Cómo puedo salir de las sombras y sacar nuestro amor a la luz sabiendo de antemano que sería catastrófico para su carrera?

Si quiero mantener este amor, tengo que hacerlo en secreto. Tengo que convertirme a mí misma en un secreto. Y si dejo de ser su secreto, lo más probable es que también deje de ser su amante.

En cierto sentido, él también es mi secreto.

Él es la razón por la que me quedo en Kerala incluso después de haber conseguido el máster, la razón por la que busco un salario mísero de docente en una caritativa universidad cristiana y la razón por la que rechacé con vehemencia cualquier propuesta de matrimonio de los hijos de los vecinos y los hermanos de los amigos que mi ansiosa familia empezó a presentarme.

Ellos no saben de la existencia de un amante en mi vida. Mi madre cree que soy una de esas mujeres que se adentran tanto en la literatura inglesa que mi único amor será siempre Shakespeare y mi único placer vendrá de la mano de mi pasión por el pentámetro yámbico. Mi padre, con su perspicaz visión de la vida, imagina que he permanecido en Kerala porque me abrirá las puertas para encontrar oportunidades de enseñanza en Oriente Medio y pronto empezaré a enviarles transferencias con elevadas sumas de dirhams y dinares y riyals.

Aún no puedo hablarles del político. Su renuencia a casarse conmigo me hace imposible siquiera abordar el tema. He vivido con mis padres el tiempo suficiente para saber que rechazarían mi historia de amor tildándola de tontería y de sexo frívolo.

Cansada de vivir negándolo todo, un día pruebo el antiguo método de ver cómo respiran. Me refugio en el sabido método de hablarles de una amiga que ha empezado a verse con un político que es mucho mayor que ella. Mi madre, al teléfono, tiene un ataque de pánico: «Corta todo contacto con esa chica y mantente alejada de los problemas y qué os pasa a las mujeres de tu edad que no sabéis que los políticos son perversos y violadores que se os llevarán lejos y un día encontrarás a tu amiga muerta en una letrina abandonada o ese hombre va a prostituirla con otros políticos y oh Dios mío aléjate de todo esto y ni se te ocurra cruzarte con ese monstruo porque hoy está interesado por tu amiga pero mañana puede que también te quiera en su cama y si terminas muerta ni siquiera nos llegará la noticia porque vivimos muy lejos de allí». Relájate, mamá. Relájate, relájate, relájate. Me cuesta mucho cambiar de tema. Le prometo que me aseguraré de no cruzarme con un político en mi vida. Después de esa conversación telefónica no vuelvo a mencionarle a mi amiga.

Los secretos son cancerígenos: empiezan a comernos desde dentro. La necesidad de mantener nuestro amor en secreto alimenta nuestro miedo a perdernos, el miedo a perder una vida juntos. La intimidad se ve reemplazada por nuestro

miedo al miedo, el miedo a los atardeceres, el miedo a las noches solitarias, su miedo a los cotilleos que salen a la calle, mi miedo a ser malinterpretada. Un día estamos esperando a que alguien arregle las estrellas para que nuestros destinos puedan cambiar y al siguiente estamos esperando a que el hacha caiga y nos separe. Lo veo defender su intimidad como un animal que huye para esconderse de una tormenta. Lo veo en nuestra zona de confort, amando con una cursilería que va más allá de mi imaginación. Un día el viento cambiará de dirección y podremos estar juntos o quizá nos convierta en unos desarraigados, o nos separe brutalmente y nos arroje a mundos distintos. No saber nos rompe. Saber nos rompería también.

El final llega en un momento inesperado.

El hospital es como una feria de pueblo: sus amigos, sus colaboradores, sus parientes, los medios de comunicación y su séquito de admiradoras —cuyas apariencias quedan perfectamente cubiertas por respetables matrimonios— están allí. Todos entran y salen. Me los encuentro en la tienda de té frente al hospital, en el vestíbulo, en el pasillo, en la cola del ascensor, camino de su habitación. Todos parecen haber sido informados de su ingreso de emergencia en el hospital; todos parecen tener claro dónde encontrarle. Todos, excepto yo.

El día anterior intenté en vano localizarle por teléfono. Desesperada, llamé frenéticamente a su secretaria y a su chófer, y ambos me dieron respuestas evasivas, reacios a contarme la verdad. Esta mañana el encargado de su gabinete de prensa se ha apiadado de mí y me ha dicho que estaba en el hospital.

Estoy histérica, rompo a llorar, no sé qué le ha sucedido. Soy la última de sus amigos y conocidos en llegar. Tengo la sensación de que todo el mundo me mira. Oigo apagados susurros que decido ignorar. Cuando llego hasta él, mi amante político me trata como a una perfecta desconocida. Me hace preguntas educadas. En ningún momento da la menor señal de haber pasado la tarde anterior en la cama conmigo. Me muero de ganas de cogerle la mano, besarle la frente febril y quedarme junto a su cama hasta que se recupere. No puedo hacer nada de eso porque se consideraría inapropiado. Cuando trato de dar un paso adelante para acercarme más a él, me aparta con una rápida mirada.

Al cabo de unos minutos aparece el médico y todos abandonamos la habitación.

Es la última vez que le veo.

Decido negarme a un amor que no quiere reconocermme. Quiero a un hombre por el que tenga derecho a llorar en público, junto a cuyo cadáver pueda sentarme durante las horas previas a que lo incineren, en cuyo hombro pueda apoyarme y llorar a gusto. Esto no es feminismo.

Solo soy una mujer enamorada.

8

Era un marido perfecto: nunca recogía nada del suelo, ni apagaba la luz, ni cerraba una puerta.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ,

El amor en los tiempos del cólera

Mi esposo está en la cocina.

Está canalizando su ira, ejerciendo su indignación. Yo soy la tabla de madera que golpea la encimera. Soy el estrépito de platos volando y rompiéndose contra los armarios. Soy el vaso sin lavar arrojado al suelo. Quebrado, fragmentado, roto en mil pedazos de brillantes destellos. Mis caderas, muslos, senos, nalgas. Sonidos irrecuperables de objetos que se estrellan; una frágil visión del quebrantamiento que supone que un tirano se entregue a un viaje de poder. No es la primera vez, y no será la última.

Contengo las lágrimas. No me convertiré en una traidora a mi causa. Mañana tendré que recogerlo todo. Él continúa rompiendo cosas. Sigue intentándolo, esposo mío, sigue intentándolo. Estos berrinches no me van a domesticar.

Se supone que debemos ir a un mitin de protesta.

Me visto. Es la primera vez que salgo de casa en dos semanas, así que me pongo kohl y me doy un toque de pintalabios.

—No esperes ganarte la confianza de las mujeres de la clase trabajadora si vas pavoneándote por ahí con tu pintalabios y tu bolso. Te confundirán con una puta.

—¿Acaso la prostituta no es una mujer trabajadora?

Sabía que iba a pasar; sabía que había tentado al destino, pero es que no pude resistirme. Entra en cólera, me arranca el bolso del hombro y lo arroja contra la pared.

—No la prostituta como tú, no la prostituta pequeñoburguesa como tú. En el comunismo no habrá prostitución. En el comunismo, una mujer pequeñoburguesa como tú tendrá que renunciar a sus privilegios pequeñoburgueses. El pintalabios no sobrevivirá a la Nueva Revolución Democrática. El pintalabios que cuesta trescientas rupias no es algo que necesite la sociedad. El pintalabios, que cuesta más que el salario semanal de una mujer en una tribu de Chhattisgarh, solo existe porque permite a las perras pequeñoburguesas enviar la señal de que están en celo y listas para ofrecer su disponibilidad sexual a cambio de favores. El pintalabios es un símbolo de esta

transacción y de esta disponibilidad. No tiene nada de hermoso.

Estoy a punto de llorar; él lo ve y, temiendo que lleguemos tarde a la reunión, cambia de tono. Empieza a calmarme, empieza a exponer otras razones para reforzar su cruzada antipintalabios. Me dice que soy víctima de una industria cosmética que intenta venderme la confianza que ella misma me ha robado. Me dice que soy una mujer muy bella y que no necesito agregar nada a mi rostro, y menos aún algo que el capitalismo haya decretado como bueno. Consciente de que seguirá regañándome y luego mostrándose condescendiente para siempre, tiro mi barra de labios al cubo de la basura y me quito el brillo de los labios con la dupatta. Con eso se calma temporalmente. Parece orgulloso y triunfante. Salimos hacia la protesta: dos camaradas perfectos. La revolución está a la vuelta de la esquina.

Esa noche, él prepara la cama, ahueca las almohadas y me llama para que vaya. Yo estoy acabando con los platos de la cena y contemplo la luna clara desde la ventana. Me llama de nuevo, con una pizca de irritación en la voz. Lavo el último cubierto y le digo adiós a la luna, que me ve salir antes de dirigir su mirada al cementerio contiguo, donde los muertos recién enterrados duermen su sueño eterno; los muertos sutiles se regocijan en la noche lluviosa; los muertos cordiales se sientan en círculo, de cuclillas, y se cuentan historias; los muertos silenciosos se ven envueltos en una tenue luz blanca, y los muertos melancólicos piensan en los seres queridos que han dejado atrás. A la luna le ha tocado un trabajo difícil, noche tras noche.

Otro día, otra historia. Ahora, la escena se desplaza al exterior de las cuatro paredes de nuestra casa. La claustrofobia que siento no debe infectar toda la narración. A veces, salir implica darme un respiro.

Son casi las once de la noche. Salimos del restaurante Chef Xinlai, en Attavar, ahítos de albóndigas y sopa de huevo, arroz frito de Singapur y chow mein. Vamos cogidos de la mano. Él parece feliz, incluso un poco protector. Yo deseo en secreto tener más noches como esta: una buena comida que me dé un descanso en la cocina, salir de casa para explorar la ciudad; la somnolencia que sentimos mientras recorremos tranquilamente el largo tramo de vuelta a casa, en

la más absoluta oscuridad, solo rota por las ocasionales luces de alguna moto que pasa a toda velocidad o el resplandor de las tiendas de kulfi que están abiertas toda la noche.

Comenta que desde que nos casamos estoy más predispuesta a caminar. Suena como un cumplido. Dice que es un signo de mi renuncia a las ventajas de la vida de la clase media.

—Crecí en un bosque —le digo—. Todos los días salíamos a caminar.

—Tus padres tienen coche.

—Lo compraron el año pasado, tras pedir un préstamo. Mi madre tuvo que trabajar veinticinco años para poder pagárselo.

—No sabes lo que es caminar como una persona pobre.

—¿Y tú sí?

Permanece en silencio un momento. Y entonces me gruñe en la oscuridad:

—No has cambiado nada, ¿verdad? Yo era un puto combatiente. Pedir chow mein es lo más cerca que tu coño ha estado del maoísmo.

Soy un punto rojo parpadeante que yace en la parte inferior izquierda de un gran monitor de pantalla plana. La pantalla está en blanco, a excepción de una estrella roja en la parte superior derecha. Cada vez que mi esposo me da un curso de orientación sobre la revolución o una lección sobre la desaparición de las clases sociales, este punto rojo avanza lentamente, en diagonal, por la pantalla. Es mi coño que va acercándose al maoísmo. El punto rojo tiende a púrpura cuando asiste a un curso intensivo de economía política. El punto rojo se vuelve negro durante una sesión de autocrítica. El punto rojo se vuelve blanco cuando está en proceso de aprendizaje. Cuando hay un ligero movimiento hacia la estrella, el punto rojo parpadea. Todo esto va acompañado del sonido de un aplauso generado por el propio ordenador que suena al final del juego del solitario.

Siento curiosidad por saber qué hará el punto rojo el día que tengo señalado en rojo: mi cumpleaños.

Justo pasada la medianoche, mi madre me llama para felicitar me y desearme que cumpla muchos más. Mi padre no me felicita; sea como sea, él tampoco es feliz. Mi padre cree que no estoy haciendo lo suficiente para que mi matrimonio funcione, así que no se pone al teléfono. Oigo a mi madre suplicarle que lo haga, pero solo obtiene silencio. Ella pide hablar con mi esposo, intercambian unas palabras educadas, y cuelga.

Mi marido se queda allí, mirándome, antes de envolverme en un torpe abrazo.

—Feliz cumpleaños —susurra.

Es mi primer cumpleaños con él. Cumplo veintisiete.

Él saca un pastel de frutas de la nevera y me siento extrañamente conmovida.

Corto un trozo para cada uno y comemos en silencio. Tras el último bocado, toma mi mano entre las suyas.

—Me he comprometido.

—¿Al casarte conmigo?

—No. Al celebrar tu cumpleaños.

—Pero no te pedí que lo hicieras.

—Cierto. Pero estás acostumbrada. Es propio de las chicas de clase media. Montar un gran alboroto por el día en que nacieron.

—Pero tú no te has casado con una chica de clase media. Te has casado conmigo.

Él suelta mi mano con brusquedad.

—Son estos pequeños compromisos los que me erosionan. Por eso soy un hombre casado en lugar de un militante. Soy un perro asalariado en lugar de estar bajo tierra. Es la vacilación pequeñoburguesa de la que hablaba Mao.

Estoy impactada por el súbito e intenso giro de la conversación. Trato de levantarle el ánimo.

—Me esforzaré por hacerlo mejor. Dime, ¿qué hace un verdadero comunista en su cumpleaños?

—Yo considero que mi cumpleaños es el día del martirio de Bhagat Singh. El 23 de marzo. Ese día nació un verdadero revolucionario; ese día, un gran hombre fue ahorcado por los británicos. Ese día es el que merece ser celebrado.

—Entonces el año que viene lo haremos, camarada. También nosotros gritaremos lal salam.

No encaja mis palabras con humor. Se siente ofendido. Coge lo que queda del pastel, lo tira a la basura y se va a la cama.

Mi cumpleaños transcurre como cualquier otro día. Me quedo en casa. Preparo el desayuno, la comida, la cena. Lavo los platos. Barro el suelo. Doblo la ropa. Preparo café por la mañana, té por la tarde. Por la noche, hago la cama. Tenemos sexo antes de quedarnos dormidos. La única interacción humana que tengo en todo el día es con mi marido.

El punto rojo no se mueve.

Los versos recorren mi cabeza.

Los versos me ayudan a seguir el progreso del día: mañana, tarde y noche.

El detalle más insignificante podía provocar la peor de las peleas: el punto de sal en el sambar de calabaza, el exceso de aceite en el chutney de cacahuete, el chile verde en el pollo al curry, el titular de un periódico, la sospecha de que fui a la tienda sin llevar la dupatta, algo en la agenda del día, la lista de la compra que olvidé hacer, la ropa acumulada, olvidarme de meter la ropa que puse a secar en el porche la noche anterior, que ahora está otra vez empapada por la lluvia y salpicada de barro, y tengo que lavarla de nuevo, el suelo pegajoso de la cocina, la poca velocidad a la que lavo los platos, no haber planchado su camisa y su pantalones... Él puede ser amable, sé que puede, he visto lo tierno que es con los niños sin hogar de la ciudad, pero conmigo sé que siempre elegiré ser cruel.

El punto rojo recuerda los videojuegos de su vida anterior. Diablo. Mortal Kombat 3. Quiere volver a luchar, dibujar sus armas y disparar, pero de algún modo siempre termina eludiendo la matanza propiamente dicha.

El punto rojo quiere mantenerse a salvo. Está contento de aceptar lo que se le da y de hacer lo que se le dice.

Nota para mí:

Mi esposo decide liberarme. De mi pasado. De la carga de la memoria. De la carga de los sueños perdidos. Al liberarme, dice, se libera también a sí mismo.

Elimina los 25.600 correos electrónicos de la bandeja de entrada de mi Gmail. Todos a la vez. Entonces, para evitar que use la ayuda de Google y pida la restauración de mi cuenta, cambia la contraseña por una que yo no conozco y no puedo adivinar. Y elimina todo lo que había en mi disco duro.

Mi vida como escritora ha desaparecido por completo. No me queda ningún contacto. Ninguna conversación por correo que pueda recordar al cabo de un tiempo. No me queda pasado. He perdido los borradores de los poemas que solía enviar a mis amigos. Ninguna carta de amor. He perdido el historial de los correos electrónicos enviados por mi madre, escritos con un solo dedo, diciéndome que esperaba que no pasara frío en Shimla cuando estuve allí para un seminario, pidiéndome que llamara a casa a menudo, deseándome que fuera feliz. No me queda pasado. Soy una página en blanco. La liberación de mi esposo surge de lo que él llama «aniquilar todo el material base de tu relación con el pasado».

El punto rojo crece ahora exponencialmente. Así es la revolución cultural en la era de la informática. El punto rojo es ahora una bandera roja.

En el colegio, todo el mundo tenía un hobby: coleccionaba sellos, monedas, adhesivos de equipaje, billetes de tren, llaveros, botellas vacías, imanes de nevera o tatuajes de los que venían con los paquetes de chicle. Durante un breve

período, mi afición fue recortar las historietas del gato Heathcliff que aparecían en Young World y pegarlas en un voluminoso cuaderno. Los tres minutos que pasaba recortando con máxima precisión y pegando con gran torpeza iban seguidos de media hora de generosa aplicación de Fevicol en las palmas de las manos para dejarlo secar y pelar luego el pegamento, que se desprendía como capas de piel. Mi padre nunca se dio cuenta. Mi madre decía que era infantil, pero en realidad estaba feliz de que me mantuviera ocupada con la historieta de un gato granuja.

Ahora, como ama de casa aburrida que ni siquiera puede continuar con su pretensión de llegar a ser escritora, vuelvo a la ansiedad de mis veranos infantiles.

Creo mis propios pasatiempos: todas las vidas que podría estar viviendo en un universo paralelo.

Recién doctorada: «Estudio sociolingüístico de un matrimonio disfuncional».

Crítica de cine: «Breves sinopsis de películas inspiradas en maridos violentos».

Maestra de guardería: «Numeración básica con la ayuda de versos».

Programadora de juegos: «Juegos de realidad virtual, de los de “termina la historia”, para simular un matrimonio».

Antropóloga consulta a un consultorio sentimental, que consulta a un experto en todo: «Los orígenes evolutivos y culturales de las agresiones cotidianas».

Creadora de pasatiempos: «Pasatiempos para mujeres solteras o casadas que quieren mantenerse ocupadas».

Estos juegos hacen que me sienta creativa e ingeniosa. Esta podría ser la semilla de una nueva empresa o de un empleo asalariado: artista en residencia forzada.

El punto rojo de la pantalla no se mueve.

El mayor insulto que puede recibir una mujer por parte de un marido de izquierdas son las temidas palabras: «No estás a la altura para que te llame camarada». En ese momento el punto rojo palidece hasta volverse insignificante, tan minúsculo que hace falta un microscopio para verlo.

Sin duda es una abyecta declaración de fracaso, pero cuando mi esposo pronuncia estas palabras, las escucho como si de una revelación se tratara: en su léxico, «camarada» y «humano» son dos conceptos intercambiables, de modo que quizá, si logro estar a la altura para que me llame camarada, también podría empezar a tratarme como a un ser humano. Paso varias semanas preparándome para convertirme en la más creíble, humilde, santurróna y reflexiva camarada que haya llevado nunca una boina comunista.

Aprendo a criticarme. Me critico a mí misma por mi aversión a las tareas domésticas. Me critico por mi gusto para la ropa. Intento llamar la atención sobre los dejes feudales de mi comportamiento. Me culpo por la mentalidad pequeñoburguesa que albergo en mi interior. Admito que mi feminismo, con su obsesión por la sexualidad, es un proyecto de clase media que olvida la realidad vivida por millones de mujeres de clase trabajadora. Pero en ese mismo instante también me digo que sigo pensando que las mujeres de clase trabajadora también sienten deseo sexual, tienen los mismos derechos y necesitan el mismo feminismo. Cuando esto se topa con el desdén y la desaprobación, hablo de por qué tal vacilación es un sello distintivo de la mentalidad pequeñoburguesa y prometo trabajar en ello desclasándome a mí misma. Explico por qué aún no he leído a Mao en los ocho tipos de escritura. Me esfuerzo en criticarme sistemáticamente hasta convertirme en una «auténtica camarada».

Parece una confesión. Parece lo que yo imagino que debe ser, para los fieles, una confesión de domingo en la iglesia. Parece como si el comunismo fuera una religión, por mucho que los comunistas insistan en que están contra toda religión.

El punto rojo decide equiparse con más conocimiento. Leer es el camino hacia una consciencia revolucionaria. El punto rojo trata de autoeducarse. Se conecta a internet en la media hora en la que le está permitido. Recaba información. Espera crecer cada vez con más fuerza, hasta convertirse en una enorme bola roja ardiente como el sol. A veces la información confunde al punto rojo.

La crítica es parte del método dialéctico marxista; como tal, los comunistas no deben tenerle miedo, sino comprometerse con ella abiertamente. (Los miembros de las cofradías flagelantes italianas estaban profundamente involucrados en la promoción de la paz. Iban de pueblo en pueblo azotándose públicamente.)

La crítica puede estar presente entre las líneas de la camaradería, aunque al mismo tiempo se sienta y preserve una unidad básica. Es el método dialéctico. (Su actividad se entendía de varias maneras: como una purga de —y una penitencia para— el pecado individual, como un modo de compartir el sufrimiento de Cristo, como una muestra de amor a Cristo y como expiación por los pecados de la humanidad.)

El punto rojo parpadea frenéticamente. El parpadeo hace que el sistema se cuelgue.

El punto rojo hace de antropólogo en el matrimonio. Su método: la participación observante. Es un poco ambas cosas: participante y observador.

«El sello distintivo de un antropólogo es la voluntad de intentarlo.» (Eso es de Valentín. No, el santo no, otro Valentín).

El caso es que lo intenta y trata de familiarizarse con el campo.

«El acto de convertir lo extraño en familiar siempre provoca que lo familiar resulte un poco extraño.» (Eso es de Wagner. No del compositor.)

Y cuanto más familiar se vuelva lo extraño, más y más extraño parecerá lo familiar. Así es como la activa feminista de antaño se convierte en una esposa maltratada. Observando, pero sin hacer nada. Experimentando, pero sin entender. Grabando, pero sin juzgar.

Acostumbrándose. Dejando de ser la extraña. Convirtiéndose en la informante

nativa. Convirtiéndose en el espécimen de un laboratorio, convirtiéndose en un objeto de estudio.

El punto rojo necesita huir de sí mismo.

Hoy, aún resentido porque le vaciaron la bandeja de entrada del correo, el punto rojo ronda por internet en busca de información sobre la destrucción de la base material como método de transformación revolucionaria. Y da con un artista.

Michael Landy hizo un inventario de todo lo que poseía: cada mueble, cada libro, cada alimento, cada juguete de gato... Tardó tres años en completar la lista, que contenía 7.227 artículos. Entonces, con la ayuda de una gran máquina y un equipo de operarios, se dispuso a destruirlo todo. Dos semanas después no quedaba más que polvo.

Su trabajo se llama Break Down.

El punto rojo se convierte ahora en un gran corazón rojo que sangra.

Aunque es diminuto, el punto rojo pronto salta al campo de la gran competición. Tiene la energía secreta de las amas de casa aburridas.

El punto rojo recuerda que desde que empezó a ganar terreno argumental citando a los mismos hombres que su adversario y archirrival —Marx, Mao y demás espantapájaros—, su inteligencia se vio insultada por afirmaciones insostenibles, como que no era dialécticamente adecuada, que era incapaz de esgrimir un argumento decente, que no aceptaba la crítica, que desconocía la existencia de matices, o que su lógica era inconsistente.

Se educó a sí mismo en un tratado sobre cómo debatir. Aprendió a avanzar en la cuerda floja de la dialéctica. Aprendió a defenderse de las piruetas retóricas. Durante aquellas noches, el punto rojo se convirtió en un afilado canto rodado

colocado en una honda.

Pero el punto rojo también sabe que mi esposo solo necesita una provocación. Algo que lo exaspere, algo lo suficientemente creíble como para irritarlo, o lo suficientemente dañino como para enfurecerlo por la noche, o lo suficientemente maleable como para ser atribuido a mi pasado y no a nuestro presente... Si algo de eso sucede, el punto rojo, consciente de que para este camarada el comunismo no es más que control y castigo, opta por renunciar a sus propios ideales y da un paso atrás. Propone una lucha sobre su aparición, crea su propia confusión, admite su culpa, desactiva al camarada dándole la oportunidad de ofrecer una conferencia, apuntala un altercado ficticio para evitar convertirse en la prostituta mientras el marido se convierte en el maltratador.

Esas noches, en defensa propia, el punto rojo se convierte en una nube de humo.

9

Cuídate del amor

(salvo que sea verdadero

y cada parte de ti diga sí, también los dedos de los pies):

te envolverá como una momia,

no se oirán tus gritos

y no dejarás de correr.

ANNE SEXTON,

Advertencias para una persona especial

Presta atención a la advertencia: «El amor te decepcionará».

Balbuceo.

Tartamudeo.

Cubro de arena a mi marido con los silencios que quedan entre mis palabras.

Con un hombre que ha ensayado sus acusaciones y tus respuestas, y su respuesta a tu respuesta, y así sucesivamente hasta el enésimo grado concebible; con un hombre que nunca dudará en alzar la mano si todo lo demás falla; con este hombre gritar o discutir significa perder.

Mostrarte insegura, en cambio, es cogerlo por sorpresa, y cogerlo por sorpresa es tener una posibilidad de luchar.

Esta batalla está organizada como un juego de ajedrez en el que solo hay dos piezas. Yo soy el rey siempre amenazado. Soy el rey, que solo puede avanzar una casilla. Él es la reina del drama. No hay movimiento que no pueda hacer. El resto del tablero está vacío. Solo estamos nosotros dos. Me acorrala cada vez que me muevo. No tengo dónde esconderme. Siempre me acorrala.

—Tu violencia es la violencia del estado indio —me dice—. Tu violencia es estructural. Mi violencia es reaccionaria; es la de los insurgentes que luchan por los derechos humanos, la de las mujeres que se inmolan para declarar su lucha nacional por la autodeterminación, la del pequeño de Cachemira que arrojó una piedra a un soldado. Su acción violenta es más bien una reacción para oponerse a la violencia del estado indio. Edward Said arrojó piedras a los israelíes. Yo no me avergüenzo de mi violencia. Estoy orgulloso de ello. No soy liberal, ni demócrata. Mi violencia es una reacción a tu violencia. Tu violencia es el empeño que pones en castrarme, en vivir la vida de lujo de la clase media, en seguir hablando de tu feminismo.

Ahora soy el aparato represivo del estado.

Él es el soldado de guerrilla.

Esta es su canción obstinada.

Es una guerra desigual.

Si le hago frente, si le devuelvo los gritos, me dice que estoy loca. Y si rechazo una etiqueta tan simplista, dice que está en la naturaleza de los locos afirmar que están cuerdos.

«Ya veo, ya no está de moda estar loco. Ahora la palabra es depresión, ¿verdad?, ocho centímetros de escote, dos libros de poesía, mucho sexo y una buena depresión: eso es todo lo que necesita una mujer para convertirse en una escritora famosa. Desde Sylvia Plath hasta Kamala Das, esa es la única trayectoria que han seguido.»

Lo que estoy viviendo me parece mucho más colosal que la oscuridad en mi cabeza. «Depresión» solo es la etiqueta que él atribuye a mi estado de ánimo, a mi sentido de la vida.

«La depresión es una enfermedad que solo sufren —y exhiben ante el mundo— las mujeres de clase media.

»La depresión, símbolo del sinsentido de la existencia burguesa.

»La depresión, una opción de futuro justo para ti. Sin ella no eres nada.

»Depresión: ¿cuánto más individualista puedes ser?

»La depresión, el único billete de la mujer privilegiada para entrar en el victimismo.

»Depresión —como el astuto político que mató a su madre en la víspera del día de las elecciones—: una balsa para flotar sobre una ola de compasión.»

A veces no teoriza en absoluto, no diagnostica mi enojo y desarrolla sus conjeturas.

«Esto es lo que sucede cuando hay un insecto dentro de tu cabeza. Mandapoochi di. Excava y se arrastra y se retuerce y se muestra inquieto, y tus pensamientos van en todas las direcciones.»

Si no es depresión, si el incansable insecto no está dando vueltas por mi interior y devorando todas las zonas de mi cerebro que me programan para ser una esposa obediente, mi marido culpa a los demonios que me han poseído.

La depresión no es el único contexto en el que mi marido me identifica como una mujer de clase media. En las rarísimas ocasiones en las que emito un gemido involuntario durante el sexo, él me dice que me calle y detiene todo el acto, como para castigarme por anteponer mi placer al suyo. Lo que viene a continuación es un discurso intercoital sobre el análisis del comportamiento sexual de las clases. «Estás convirtiendo el amor en un espectáculo. Gritas porque te crees que esto es un teatro.»

Para confirmar sus sospechas, golpea al chico que viene una vez a la semana a regar las plantas de crotón del jardín acusándolo de voyeurismo. Su paranoia adopta cada vez una nueva forma. Empieza a rellenar con chicle, obsesivamente, la cerradura de las habitaciones interiores. Tira las mantas y las coloca en el suelo, justo debajo de las puertas. Comprueba escrupulosamente la sonoridad de cada habitación. Si un día descubre que el ojo de una cerradura ya no tiene chicle dentro, espera al jardinero y lo azota despiadadamente con una manguera. Trato de razonar con él y de explicarle que las hormigas o las ratas podrían haberse comido el chicle, pero él no acepta ninguna explicación posible o plausible. Él solo se dedica a eliminar cualquier evidencia de haber mantenido relaciones sexuales.

El asunto llega a un punto en el que nuestros juegos preliminares comienzan en la cama, pero enseguida pasan al suelo para evitar que esta cruja al compás de nuestros cuerpos.

El sexo con este hombre es la muerte de la espontaneidad. El sexo es lo opuesto a la intimidad, pues cuanto más se preocupa por la cuestión del ruido, cuanto más se obsesiona con el jardinero, menos atención presto yo al placer.

Me esfuerzo en cambiar los efectos de sus condiciones. No entro en el complicado dominio de la teoría de los derechos, pues sé que justo cuando diga «tengo derecho», él se pondrá a gritar como un loco antes siquiera de que yo haya acabado la frase. Opto por hablarle de mis gemidos sexuales como si se tratara de algo inevitable, un hecho natural, algo intrínseco a la programación de los seres humanos. Le leo unas líneas de los Monólogos de la vagina: «Me di cuenta de que los gemidos eran mejores cuando te pillaban por sorpresa, salían de esta parte de ti oculta y misteriosa que hablaba su propio idioma. Me di cuenta de que los gemidos eran, de hecho, un idioma». Apelo al peso de mi educación lingüística para apuntar esa cuestión. Es una función del lenguaje, digo. Roman Jakobson habló de seis funciones del lenguaje; no recuerdo todos los nombres, pero esta es sin duda una de ellas: la función emotiva. Así es como están diseñados nuestros idiomas, este tipo de mensajes están integrados en nuestro interior, y así nos expresamos en nuestro nivel más primario.

Al oírme, parece perdido. Comprender esta función del lenguaje queda fuera del alcance de mi esposo. Trato de enumerar ejemplos que existen más allá de los seres humanos: las locas melodías de los cucos en la época de apareamiento, las notas suaves y graves de una ballena solitaria, el maullido de los gatos... Pero él no lo entiende.

En su libro de reglas —sembrado por el patriarcado, regado por el feudalismo, abonado por una interpretación selectiva del comunismo—, una mujer no debería gemir. Así es como la historia nos roba la voz.

Para expulsar al demonio, hasta el más bondadoso doctor en brujería tamil cree que la mujer poseída debe ser azotada. No importa que esta grite de dolor, pues se cree precisamente que el demonio es expulsado por la boca. A veces los azotes continúan hasta que calla y ya ni siquiera puede gritar. A veces los azotes se prolongan toda la noche, hasta que cae rendida, inconsciente. Se cree que el demonio que habita en la mujer no entra en discusiones, no responde a preguntas y evade revelar su identidad, a menos que sea azotada o apaleada. En nuestro matrimonio, mi esposo es el hechicero. Él quiere expulsar a los demonios que me han poseído. Y cuando no encuentra hojas frescas de neem para golpearme —cortantes, serradas, de color verde oscuro—, utiliza sustitutos improvisados: el cable del cargador de mi Mac, su cinturón de cuero, cables eléctricos doblados. Mis demonios no son felices. No quieren dejarme a merced de este hombre.

Deciden quedarse.

Cuando me golpea, lo más aterrador no es el dolor o las posibles cicatrices o la perversa sensación de vergüenza. No es saber que me ha derrotado, o darme cuenta de que no soy lo suficientemente fuerte para enfrentarme físicamente a sus golpes, o que no puedo darle una lección para que no vuelva a meterse conmigo.

Cuando me golpea, el terror viene de la sensación de que esto irá a más; de que esto no va a terminar fácilmente; de que hoy son mis brazos los que está golpeando, pero mañana será mi pelo el que enroscará en su mano para arrastrarme por todas las habitaciones, y al día siguiente será mi columna vertebral la que recibirá un golpe seco, y al otro mi cabeza la que acusará el mazazo de sus puños.

Cuando me golpea, estos pensamientos se suceden en mi interior a toda velocidad.

Cuando me golpea, el terror nace del temor de que hoy use sus manos desnudas, pero mañana pueda empuñar un cinturón con nudos o una barra de hierro, o que me arroje una silla o me abra la cabeza contra una pared.

Cada día me siento un poco más cerca de la muerte. De morir. De ser asesinada. De terminar en una discusión cuyo resultado sea irreversible.

Y sé que él también lo sabe.

El uso de la fuerza siempre implica la inminente amenaza de una fuerza mayor. El temor que él desea inculcarme no se limita al maltrato en sí, sino al miedo de que aquello nunca acabe. O peor aún: que sí lo haga. Lo que veo es lo que me ha hecho prever.

Cuando me golpea, y hago esto cada vez que me golpea, grito en voz alta: «No lo haré más. Perdóname. Dame esta última oportunidad. No volverá a suceder».

Creo que lo que quiero decir no es «no volveré a cometer este error nunca más» porque conozco a mi marido lo suficiente para saber que siempre encontrará infinidad de errores en todo lo que hago: con mi grito desesperado aspiro en

realidad a hacerle ver que me rindo ante él, ante su crueldad y su mal genio, su violencia y sus castigos, como si al decir «no volverá a suceder» en realidad esperase que él se haga eco de ello, y que el cese de cualquier delito menor por mi parte sea acompañado también por el cese de la violencia por la suya. Y cada vez que grito «no volverá a suceder», en realidad estoy declarando un alto el fuego en nombre de los dos.

No es así como nace la paz; me falta experiencia para conocer este hecho crucial.

Hablo con mis padres sobre la violencia. Quiero irme. No soporto ni un día más. Han sido solo unos pocos meses, pero me siento derrotada. Se turnan para convencerme de que me quede.

Mi padre al teléfono:

—¿Qué está pasando? Bueno, eso es normal. Es una cuestión de ego. Te conozco, eres mi hija, no te gusta perder la batalla. El matrimonio consiste en dar y recibir. Escucha a tu marido. Él lo hace por tu bien. No levantes la voz. No le contestes. Sí, lo sé. Es difícil. Pero recuerda, él solo te responderá si tú le respondes, y entonces las cosas irán subiendo de tono. El silencio es un escudo, y también un arma. Aprende a usarlo. ¿Por qué decimos «amaidhiya ponga»? El silencio es paz. No puedes hacer la paz a menos que sujetes tu lengua. Sí. En cualquier caso, no molestes a tu madre con esto. La preocuparás sin motivo. Cuídate.

Mi padre al teléfono:

—Sí, lo sé, lo sé. Le dije que llamaste. Le dije que querías hablar con ella. No tengo ningún motivo para mentirte, querida. No, no la estoy protegiendo. ¿Es eso lo que piensas de mí? Ya no vives aquí, así que te olvidas de lo ocupada que está. No tiene ni cinco minutos libres. Ni siquiera hemos tenido tiempo de hablar entre nosotros. Cuídate. Sé una chica lista. Están llamando a la puerta. Voy a abrir.

Mi madre al teléfono:

—¿Por qué, cariño, por qué? No lleváis suficiente tiempo. El primer año es el peor. Sé de lo que hablo. Es de locos. Te planteas el suicidio, te preguntas qué haces ahí con él. Yo sobreviví a ello. No fue fácil, pero con el tiempo te olvidas de la tristeza.

Mi padre al teléfono:

—¿Eso dijo, de verdad? Qué bribón. ¿A eso ha llegado su comunismo? Deberías cortarles los huevos y enviarlos de vuelta al lugar de donde vino. Cada vez cuesta más encontrar jóvenes dignos. Tal vez si regresarais a Madrás estaríamos en condiciones de ayudarlos. No sé lo que hace, pero quizá sea que pase el rato planeando lo que va a hacer contigo, ¿no? Mantenlo ocupado. De acuerdo, no te preocupes, le pediré a tu madre que te devuelva la llamada. Cuídate.

Mi madre al teléfono:

—Todo cambio es lento. Un matrimonio no es magia.

»Dale tiempo. Ya se calmará.

Mi padre al teléfono:

—Sí, claro. Eso no es nada agradable. Escucha. Paciencia. Paciencia. Porumai. Tolerancia. Sé tolerante. Sahippu thanmai. No es momento para el egoísmo. Si rompes tu matrimonio, todos en la ciudad se burlarán de mí. Dirán que mi hija huyó antes de los seis meses. Que esta huida es el reflejo de tu educación. Esto no es lo que pretendía para mi hija. No tienes idea de lo que sufre un padre. Ser padre de una hija es un castigo especial. Pagamos un precio. Por favor. Piensa en nosotros por una vez.

Mi madre al teléfono:

—Así que quieres ser como todas esas escritoras sobre las que lees y a las que llamas amigas. Solteras que se acuestan con cualquiera que encuentren. Esto solo sucede en las novelas. Tengo amigas que intentaron ser así. No digo escritoras, sino mujeres. Tuvieron muertes muy tristes. Murieron solas.

Mi padre al teléfono:

—¿Y ahora qué? Escúchame. Ya soy viejo. He conocido a mucha gente, he visto muchos matrimonios. Los problemas surgen y luego desaparecen. Tus problemas dejarán de existir cuando tengáis hijos. No hables demasiado. En la historia, nunca nada se ha solucionado hablando demasiado. El buen carácter solo reside donde reside el enojo. Ambos conceptos son inseparables. Su enojo y su rabia están mal dirigidos. Él tiene buenas intenciones. No arrastres estos problemas hasta nosotros, no permitas que estas heridas se infecten. Aprende a obedecer. Podrás cuestionar sus decisiones más adelante. Te lo he dicho un millón de veces.

Mi madre al teléfono:

—¿Qué puedo decir? Puedo sugerir que lo dejes, que empieces de nuevo. ¿Cuánto tiempo duraría ese ciclo? ¿Y qué pasa si fallas de nuevo con otro hombre? ¿Qué garantías tienes de que no será otro monstruo? Encontrar al hombre perfecto es un mito. No creas en eso, trabaja con lo que tienes.

Mi padre al teléfono:

¿Te maltrata? Qué bastardo. Ah, hija mía. Podría imaginar que tú lo maltrataras a él. Trata de evitar el conflicto en la medida de lo posible. ¿Qué podemos hacer? Si habláramos con él y nos pusiéramos de tu parte, se imaginaría que toda la familia está en su contra, y eso lo pondría aún más furioso. Estás sola en esto. Sí.

Por otra parte, si habláramos con él y nos pusiéramos de su parte, se sentiría reivindicado y te aplastaría, si cabe, con más descaro. Nuestra intervención no te beneficiaría en ningún caso. Pero recuerda, estamos contigo. Aprieta los dientes y aguarda. Cuídate, cuídalo. Dile que le envío saludos.

Sigo los consejos de mi padre:

—Guarda tu lengua. Es tu esposo, no tu enemigo.

—No le contestes. No podrás retractarte de lo que dices.

—Las heridas provocadas por tus palabras no van a sanar nunca, permanecerán en vuestra memoria mucho tiempo después de que ambos hayáis reparado el daño y hecho las paces.

—Dos no se pelean si uno no quiere. Él no puede pelear solo. Hacerlo agotará su energía.

—No hables demasiado. Nada en la historia se ha solucionado hablando demasiado.

—¿No lo entiendes? El silencio es oro.

Avanzo por la increíble tristeza del silencio. Envuelvo mis hombros con su lentitud y oculto su vergüenza entre los pliegues de mi sari. Lo hago como si realizara mis votos, como si mi vida dependiera de ello, como si no fuera una esposa en Mangalore sino una monja en cualquier otro lugar, atrapada y aferrada a mi silencio para dar sentido al mundo.

Permanecer en silencio es censurar toda conversación. Permanecer en silencio es borrar la individualidad. Permanecer en silencio es un acto de autoflagelación porque aquí es cuando las palabras me visitan, me llenan con su presencia, me besan los labios, se niegan a desalojar mi lengua.

Solo me permito las cosas esenciales de la existencia doméstica. Las preguntas acerca de lo que mi esposo quiere comer, a qué hora desea ser despertado, si se ha pagado la factura de la luz. La interacción mínima otorga un carácter casi formal a nuestro matrimonio. Él no puede cruzar esa línea.

No me inmuto cuando él supone que mi silencio proviene de mi derrota. Él lo ve como un signo de victoria. Me felicita por haber comprendido mi locura, por haberle escuchado, por haber recuperado el juicio. No discuto su afirmación. Tampoco la acepto. Me limito a observarlo con la mirada perdida y asiento en silencio. Un gesto vacío.

Le irrita no poder llevarse el trofeo de la victoria. Se refiere a mi silencio como a un acto infantil y sostiene que, antes de lo que imagino, tendré que reformarme y arrepentirme de mis errores. No puede presionarme con nada más, de modo que se retira.

Mi silencio va calando en nosotros como la lluvia, incesante. Acalla la monotonía de lo cotidiano. Nos deja varados en nuestros propios charcos.

Disfruto de este breve interludio. Mi silencio se convierte en un escudo insuperable. Mi esposo trata de romperlo con todas las tácticas habidas y por haber. Trata de provocarme para hablar, pero fracasa. Lo único que puede oír son sus propias palabras, sus propios argumentos, su propia ira.

Y entonces lo interpreta todo como un rechazo. Y no tarda nada en atribuirme la culpa. Me acusa de vivir en mi mundo interior, un mundo en el que cohabito con examantes, un mundo en el que a él lo he abandonado. Me pide que deje de llevar una doble vida, me dice que no tendré lugar en su casa si sigo creyendo que soy Andal viviendo con un Thirumaal imaginario. Se ofrece para llevarme a un manicomio.

No me veo capaz de rebatir sus acusaciones, no me veo capaz de enfrentarme a las consecuencias de una réplica imprudente. No digo nada en mi defensa. Hablar con él, con lo furioso que está ahora conmigo, solo alimentaría su ira. En realidad, ni siquiera me escucharía.

Me da una patada en el estómago.

—¡Demuéstralo! —me grita cuando me doy la vuelta—. Demuéstrame que eres mi esposa. Demuéstrame que no estás pensando en otro hombre o yo lo demostraré por ti.

Me coge del pelo y lo enrosca en su mano. Me levanta por los aires, sujetándome del pelo, y me deja caer de golpe. Toda la sangre se agolpa en mi cabeza, y luego mis muslos golpean la dura madera de la silla. Siento un dolor inexplicable. Me

arrastra de la mesa al dormitorio. Oigo los fúnebres y pesados redobles del tambor del matrimonio mientras me sube el sari hasta la cintura. Cada vez más fuertes y más rápidos, incansable en su prisa por ahogar todo lo demás. Cierro los ojos, temerosa, como lo hice durante la ceremonia de la boda, mientras el arroz nos caía encima y los invitados coreaban plegarias. El fuego que hizo que nuestra unión fuera sagrada y eterna ahora arde entre mis muslos amenazando con romperlos.

No hay gemidos esta vez, sino gritos. Los gritos preceden a mi discurso. Los gritos me obligan a abandonar el silencio para pedirle que se detenga. Su respuesta es como una tromba de agua que rompe el dique.

—¿Por qué me hablas ahora? ¿Eh? ¿Por qué? ¿Cómo es posible que de repente hayas recuperado la palabra? Resulta que esta era la cura milagrosa para tu silencio, ¿verdad? Si querías ser follada como una perra, solo tenías que pedírmelo. Mírate, has recuperado tu discurso. Te has curado. Pues ahora mantén la boca cerrada y no despiertes a los vecinos. Eres una puta. Thevidiya. Deberías saberlo. Deja de llorar. No hay motivos para llorar. Soy yo el que tendría que estar llorando por haberme casado con una puta. Eres una puta, y esto es lo que hacen las putas. Por eso no te trato como a una esposa. Estate quieta. ¿No quieres que te lo haga así? ¿Cuántos hombres te han follado por detrás? ¿Cuántos? ¿Acaso lo recuerdas? No te resistas o te dolerá. Maldita puta barata. La próxima vez que me provoques con tu silencio, haré pedazos tu asqueroso coño. Ahora dime que lo sientes, perra. Pídeme perdón. Sí. Eso. Recordarás lo que has hecho. Nunca olvidarás esta lección.

10

Putá, escupe a quien tiene escondidos a miles de amantes. ¿En las fundas de la almohada, en la colcha, en la estera enrollada, en la estantería, en el desván o entre las especias? Ninguna amante anterior lo había traicionado así. Las noches se espesan en una cuerda trenzada con reproches.

Todo el miedo de él: ¿acaso ella solo sirve para amasar el polvo con el que se hornea a un hombre? ¿Y todo ello con un pene tan grande como la trompa de un elefante?

MALATHI MAITHRI, La noche mil dos

Nunca entendí la violación hasta que la sufrí. Era un concepto: brutalidad, violencia, abuso, falta de respeto. Había leído mi ración de Kate Millett y Susan Brownmiller, pero nada me preparó para saber manejarla. En un matrimonio, defenderse tiene sus consecuencias. El hombre que me viola no es un desconocido que luego sale huyendo. No es la silueta en el oscuro aparcamiento, no es el asaltante enmascarado, no es el conocido que ha bebido de más. Es el tipo que se despierta a mi lado. El esposo a quien tengo que preparar café a la mañana siguiente. El hombre que puede encogerse de hombros y decirme que deje de imaginar locuras. El marido que al día siguiente puede explicar sus actos apelando solo a la pasión desenfrenada, mientras yo me arrastro de habitación en habitación.

Comienzo a aprender que no hay ningún grito lo suficientemente fuerte para hacer que un esposo se detenga. No hay ningún grito que no pueda ser silenciado con el impacto de una bofetada. No hay ninguna defensa orgánica que pueda proteger a una mujer de la penetración. Él se pone siempre el lubricante suficiente para superar cualquier resistencia. Mis piernas están inertes. Estoy rota. No puedo más.

¿Cómo explicar a alguien este rito salvaje? ¿Dónde encontrar metáforas? ¿Cómo lograr que alguien entienda lo que significa ser violada dentro del matrimonio? Cuando estoy ahí tendida, solo pienso en la muerte. La muerte que trae consigo muchos rituales sin sentido. Para los tamiles, el más importante es la alimentación ceremonial del cadáver. Antes de que el cuerpo sea arrastrado a la pila crematoria, antes de que la comitiva fúnebre empiece a llegar y a llorar, antes de que el redoble de tambores retumbe en las calles, los parientes colocan granos de arroz crudo en la boca del cadáver. Inmóvil, carente de tacto, gusto, vista, olfato, oído; el cadáver no siente nada. Está allí, representando su papel de obediencia en un rito obligatorio mientras sus familiares más cercanos continúan metiendo arroz blanco entre sus labios abiertos. Es una sensación de insensibilidad. Así es como me siento cuando los besos de mi esposo se abren paso en mi boca, o cuando separa mis piernas y empieza a empujar.

El sexo, o mejor dicho la violación, se convierte en su arma para domarme.

«Destrozaré tu coño —me dice—. Tu coño quedará tan estropeado, tan hecho polvo, que nunca podrás ofrecerte a ningún otro hombre. Será tan ancho como el cuenco de los mendigos. Koodhi kizhinja, paati surukku pai pola iruppadi.»

Imagino que se me cae la vagina, como una pieza de repuesto. No con un ruido tintineante, sino de un modo húmedo, carnoso y silencioso, con el color violeta de las rosas moribundas.

Cuando me viola, sueño en el modo en que pierdo esta parte de mí.

Quizá salga entre coágulos de sangre y carne rosada. Puede que no salga sola, sino que arrastre el útero y los ovarios consigo. Algún día, sentada en el retrete, notaré que estoy traspasando el placer. Una muerte lenta por desintegración.

El miedo me vuelve introspectiva. El terror se apodera de mí como un espíritu justo en el momento en que mis piernas se abren.

Por mucho que me resista a la violación, mi cuerpo también ha aprendido a rendirse. Ha aprendido a cerrar los ojos, ha aprendido a mirar hacia otro lado. Sabe cómo ponerse a cuatro patas y esperar la llegada de la próxima humillación. Ha aprendido a hacerse el muerto. Ha aprendido a esperar. Ha aprendido a ampliar el umbral de dolor, de vergüenza y de brutalidad. Más aún, ha descubierto que tampoco existe el sexo con derecho preferente. No hay forma de que pueda ofrecer sexo voluntario para evitar la violación. La cosa no funciona así. De haber sido posible, muchas noches habría logrado evitar que me violara.

La vergüenza de la violación es la vergüenza de lo inenarrable. A las mujeres les resulta más fácil saltar a una hoguera, tomar veneno o inmolarse como una terrorista suicida que contarle a otra persona lo sucedido. Una violación es una pelea que no ganaste. Que nunca puedes ganar.

Una violación es una derrota.

Una violación también es un castigo. A veces, el castigo por decir que no. A veces, el castigo por una historia de amor de hace tiempo.

En la cultura tamil, la menstruación contamina el cuerpo por un período de tres días. Después del parto, el cuerpo permanece contaminado durante once días. Y por la muerte de un familiar de sangre se nos considera manchadas durante dieciséis días. Por haber tenido sexo con otro hombre antes del matrimonio, un esposo considera que su esposa está contaminada para toda la vida. Un cuerpo que se considera manchado puede ser castigado del modo que le apetezca al hombre. Esta es la filosofía de la casta; esta es la filosofía de mis violaciones.

«¿Cómo?» es una pregunta ocho veces más popular que su rival interrogativa más cercana, «¿quién?».

«¿Dónde?», «¿cuándo?», «¿por qué?» y «¿qué?» vienen mucho después en esa lista. Google nos dice esto cuando nosotros, las personas, le formulamos las preguntas que nosotros, las personas, le hacemos.

Mi esposo es como muchas otras personas, y su interminable círculo de preguntas comienza con un «¿cómo?». Pero mi esposo también es un individuo único, por lo que aporta su propia adición a la pregunta.

Él no solo pregunta «¿cómo?», sino «¿cómo que más de uno?».

Y al final acaba siendo: «¿Cuántos hombres te han follado?».

En su defensa podría decirse que, simplemente, presta atención a los detalles.

La tosquedad de los insultos de mi esposo me estremece. Me avergüenza que el lenguaje permita a un hombre insultar a una mujer de tantas maneras. Cada imagen a la que apela me resulta repelente. Cada parte de mi cuerpo es una palabra escupida con disgusto. Mi coño, secuestrado y puesto en cuarentena, no es más que una escupidera para sus insultos.

Hace un tiempo, el lenguaje fue algo más para mí. Un lugar secreto de placer. Mi cara en el agua, el repentino regocijo de una risa lejana, el olor a humo de leña

que impregnaba mi pelo, la esperada aparición de mis pechos... todo era mío y todo estaba por explorar. Como el cuerpo de un amante, había cosas de mi lenguaje que creía que solo sabía yo.

Recuerdo haber extraído mi lenguaje de las palabras más profundas, como si de piedras preciosas en una mina se tratase. Las expresiones más olvidadas, los vocablos que las personas ya no acarician con sus lenguas, las palabras que se moldean en diccionarios y viejas obras literarias que ya nadie se molesta en leer. Encontré la palabra para una chica que flirtea y habla demasiado, la palabra para el primer encuentro entre los ojos de dos personas que acabarán enamorándose, la palabra para una bebida embriagadora que induce a la danza... Y recordé que este es un lenguaje en el que la palabra que utilizamos para «obstinación» es la misma que usamos para «coito».

Slut no es solo una mujer que quiere sexo, como en inglés. En esta parte de la India, slut se utiliza para referirse a la mujer sucia, pero también a la irrespetuosa, a la infiel, a la intratable e irracional.

En tamil descubrí palabras para describir la fiebre delirante del sexo agresivo y el sueño profundo que inmediatamente cubre a los amantes satisfechos. Una palabra, una que sirve para definir la práctica del sexo con una mujer elegida por sorteo en un día festivo, confirmó mis peores sospechas sobre mi cultura.

El sexo, como experiencia sensorial, acecha en otros rincones: hay una palabra para el olor penetrante que sigue al acto sexual, otra para la palidez que se refleja en la triste piel de una mujer cuando su amante se ha ido... Mi curiosidad me mantuvo interesada en el tema. Me hizo regresar a él una y otra vez.

En la versión más formal de mi idioma, completamente perfeccionada y en absoluto utilizada, la palabra mamada también puede traducirse libremente como «cunnilingus». En el mismo diccionario aséptico de esta lengua aglutinante, el clítoris se llama —entre otros nombres— yonilingam. Una palabra compuesta que significa «pene de la vagina». Bromeé sobre esta yuxtaposición con mi amante político, pero él me corrigió y, tras una suave reprimenda, me contestó que debería saber que esa palabra nunca estaba en boca de nadie. Entonces me habló de una palabra del porno de sus días de estudiante: mathanapeetam, el máximo asiento en el que hacer el amor. La sede, por así decirlo.

De vez en cuando permitía que mi amante político entrara en el territorio de mi

traductor. Compartí con él el placer inalterado de la etimología. Mulaikann. Ojo del pecho. (Areola.) Mulaikaambu. Tallo del pecho. (Pezón.) Y, de nuevo, mulai. (Pecho. O, como verbo, «brotar».) Él susurraría los nombres de las partes de mi cuerpo sirviéndose de las escabrosas palabras de la calle, empleando la misma lentitud deliberada que cuando usaba los términos poéticos. Aprendí de él una palabra para referirse a la humedad que se acumula entre las piernas de una mujer. Nunca antes me había encontrado con esa palabra Es una de esas que solo existen en el lenguaje íntimo e infranqueable de los amantes. Años más tarde me di cuenta de que, aunque estas palabras se mueven de manera lenta, como los nómadas, todos acaban aprendiéndolas.

Intento reconciliar el mundo que presencio con la teoría lingüística que he aprendido.

Aquí, la inversión de Luce Irigaray. No es: «Ta langue, dans ma bouche, m'a-t-elle obligée à parler?». No es: «¿Fue tu lengua en mi boca lo que me obligó a hablar?».

No, Lucy. No es hablar, sino callar.

En mi matrimonio, tengo los resultados concluyentes del método científico: fue tu lengua en tu boca la que me obligó a guardar silencio. Fue tu lengua en tu boca lo que me obligó a someterme. Y también fue tu lengua en mi boca lo que me forzó.

Puesto que las violaciones se convierten en algo habitual, llego al punto de no retorno. Finjo ser una muñeca hinchable y las normalizo; aprendo a dar por normal la violencia en sus palabras. Sus insultos me degradan, como si a través del acto de llamarme puta y zorra y cada palabrota concebible, mi cuerpo se convirtiera en un receptáculo necesario para esta violación. A las mujeres buenas no les pasan cosas malas; para ser violada, primero tiene que convertirme en la caricatura de una mala mujer. Esta lógica psicosexual masculina considera la penetración como un castigo. Es la violación que me disciplina, la que me castiga por la vida que supuestamente he llevado. Es la violación que me domestica, la que me pone en el camino de ser una buena esposa. Es la violación cuyo objetivo es provocar mi arrepentimiento. La violación cuyo objetivo es hacerme entender que mi esposo puede hacer con mi cuerpo lo que le plazca. La

violación como propiedad. La violación que absorbe la furia de un marido contra todos los hombres que me han tocado, contra todos los hombres que pueden tocarme, contra todos los hombres que pueden haberme deseado. Esta violación nocturna solo tiene un apartado en su manual de instrucciones: no debe provocar ningún placer. Y sin embargo, cada vez que me toma en contra de mi voluntad, mi esposo se enfurece conmigo por disfrutarlo. En su lógica de hierro: soy una puta, así que puedo ser violada; deo que me viole, así que soy una puta.

La opinión popular sugiere que la mejor película sobre la India jamás rodada — un «curry western» en la clasificación académica occidental— es Sholay. Incapaz de aceptar la idea de que podría acabar decepcionada con lo mejor de Bollywood, nunca la vi. Pero como todos aquellos que solo leen sobre películas en los periódicos y nunca van al cine ni encienden el televisor, me sé de memoria sus diálogos más conocidos.

—*Kitne aadmi thay?*

—¿Cuántos hombres había?

No sé lo que dicen antes de esa frase. No sé lo que viene después. Desconozco el contexto, excepto, tal vez, que el malo quiere saber y que está enfadado y que es muy exigente. Escucho esta pregunta una y otra vez. En duro tamil. O a menudo en la cama, mientras me penetra.

Cuando oigo a mi esposo preguntarme «¿cuántos hombres?», no respondo. No he visto Sholay. No sé cuál es la respuesta. Me quedo quieta, soñando con colinas rocosas y canciones y bailes y asesinatos y disparos.

En una vida que tuve mucho antes de casarme, soy el poeta que escribió: «Después del quinto hombre, cada mujer se convierte en un templo».

—¿Por qué te obsesionas tanto con los otros hombres? —le pregunto en voz baja mientras recorremos el mercado juntos, escogiendo okra para la cena y dirigiendo tensas sonrisas al resto de compradores. Hay cientos de personas a

nuestro alrededor. Es la única pregunta que me atrevo a hacerle.

—Eres tú quien está obsesionada —protesta—. Sueñas con el día en que puedas llevar tu coño a la cama de otro. Te lo advierto, no lo hagas. Cuando termine contigo, lo que tienes quedará destrozado. Tarado. Después de un niño, ni siquiera será reconocible.

Este es el objetivo de sus violaciones, del sexo duro. No solo pretende disciplinar, sino discapacitar. Cree que después de él, no quedará nada en mí susceptible de ser amado, de ofrecer amor, de dar placer.

Mi marido es un hombre que rompe a su propia esposa. Un hombre que quema su propia casa.

Al final podemos soportar mucho más de lo que creemos.

FRIDA KAHLO

—¿Acabarás con este matrimonio?

Es una pregunta que nunca respondo, de ninguna forma. Le contesto con otras preguntas, o con una declaración de amor eterno.

No existe la respuesta sincera. Solo las respuestas que hacen mi vida más segura y mis noches menos dolorosas.

Cada día mueren valientes porque no retroceden.

Me pregunto: ¿qué sucede con los que no son lo bastante valientes? ¿O con los que son demasiado valientes para su propio bien? Los periódicos, que huelen a muerte reciente, cada día nos traen noticias morbosas de la India central. Noticias de mujeres de la tribu que son violadas, mutiladas y vestidas con ropa de combate para las fotos. Representadas como maoístas porque los recuentos de cuerpos ayudan a las fuerzas paramilitares. Sus cadáveres desnudos son envueltos en plástico transparente y devueltos a sus padres. Las prisiones están llenas (hasta el triple de su capacidad) de hombres jóvenes e idealistas. Los horrores del tercer grado de tortura para los que predicán una política diferente. Torturas que no dejan rastro: una larga astilla extraída de una escoba de coco, empapada de gasolina, introducida en el pene y encendida como un mecha que se cuele por su orificio. Una quemadura interna imposible de detectar en un examen médico. Una enumeración insoportable e interminable de atrocidades como estas cada día que pasa.

Desearía ser solo una escritora que se hiciera una idea de la tragedia.

Pero no lo soy. Soy una esposa. Veo a mi marido desquiciado y desestabilizado por el flujo diario de noticias, y advierto que él, temeroso de que la caza llegue algún día a nuestra puerta, comienza a sentir un placer perverso al narrar y jactarse de sus días de guerrillero.

—Ayudé a pasar un cargamento de AK47 de contrabando. Desmontamos un Tata Safari y metimos las armas en el marco metálico de los asientos. Conduje con ellas desde Chhattisgarh hasta Madrás, pasando por delante de las narices de la gran policía india.

»Una vez dirigí un instituto de mecanografía en el sur. Se trataba de una operación de señuelo en la que tuve que dar cobertura a un líder que estaba recibiendo tratamiento.

»Una vez tuve que matar a un soldado. Había forzado a una chica y luego se dispuso a atormentar a su hermana, a quien abordó de camino a la escuela. La orden era tirarlo de un puente. ¿Sabes lo que hice? Lo descuarticé. Le arranqué las entrañas. Ningún otro hombre de su pelotón tendría jamás las agallas de hostigar a mujeres después de haber visto su cadáver. El propio partido se enfadó conmigo al ver que había ido más allá de mi cometido.

»Me enviaron a Bután para que me escondiera, temerosos de que las milicias me persiguieran. Me convertí en Thinley Dorji. Tenía que llevar una vida rutinaria, de perfil bajo. Pero el perfil bajo no existe en mi diccionario. En tres meses ya había perfeccionado un plan para asesinar al rey. Me hicieron volver para evitar problemas.

El aislamiento de nuestro matrimonio alimenta sus palabras. Habla incesantemente de sus hazañas y usa el lenguaje más gráfico posible. No puedo descartar que todo esto no sea más que un intento de controlarme psicológicamente. Como me he acostumbrado a la violencia nocturna en el dormitorio, he empezado a perder el miedo al dolor, por lo que él se ve en la obligación de incrementar el carácter amenazador de sus historias. Yo ya no logro distinguir realidad y ficción.

—¿Acabarás con este matrimonio?

Ahí está de nuevo la vieja pregunta, después de tantos días. Él está sentado a la mesa de la cocina, cruzando y descruzando las piernas nerviosamente. Evito responderle, y en su lugar lo desafío con una mirada inexpresiva. Él se ríe en voz alta para apartar su propia ansiedad.

No espera mi respuesta. La proporciona.

—Nadie va a salvarte. Los hombres que están fuera, esperando que te vayas, solo esperan su turno para follarte. Y las mujeres que te animan a que me dejes tienen dos únicas intenciones: o quieren verte hundida, sola y miserable, o desean un problema menos en sus vidas. Si confías en estos hombres o mujeres

para mejorar tu vida, cometerás un error.

»Tus compañeras feministas, mujeres pequeñoburguesas de clase media, han encontrado la «libertad» que necesitan para librarse de sus maridos y follar con unos y otros con toda libertad.

»Y ahora vete, haz algo útil. Tengo hambre.

¿Qué hace que una mujer siga en un matrimonio que debería haber acabado el día antes de la boda? La necesidad de demostrar algo a quienes apuestan públicamente que una escritora como ella no puede estar casada durante más de cuatro semanas; a los que apostaron que era incapaz de comprometerse; a su madre, que le dijo que esperara a hacerse mayor para asentarse. Y en la lista figuran también el miedo, la presión de la familia y, cómo no, la esperanza.

La esperanza me impide quitarme la vida. La esperanza es la amable voz en mi cabeza que me impide huir. La esperanza es la traidora que me encadena a este matrimonio.

Espero que las cosas cambien y el futuro sea mejor. Espero que algún día deje de ser violento. La esperanza, como dicen, es lo último que se pierde. Me habría gustado que hubiera sido lo primero. Me habría gustado que se hubiese ido de mi vida a toda prisa, sin una nota de despedida o un abrazo a modo de adiós, y que me hubiera obligado a actuar.

¿Cómo puedo confiar en que alguien intervenga?

Considero la posibilidad de acudir a la policía, pero cuando lo pienso de verdad, en la soledad de mis tardes, comprendo que es imposible. Si él se enterara de lo que quiero hacer, sé cómo reaccionaría. Se entregaría como un perfecto combatiente maoísta, aceptaría la amnistía que le ofrecieran y el dinero de la rehabilitación y, a cambio de un nuevo trabajo y de protección policial, traicionaría a sus viejos camaradas. Probablemente también querría vengarse de mí, de modo que me denunciaría como mensajera política, me acusaría de terrorismo. Entre la opción de castigar a un violador que maltrata a su esposa y la oportunidad de interrogar a una exguerrillera, resulta más que obvio dónde

estarían los intereses de la maquinaria estatal.

En aras de mi propia supervivencia, sé que la ruta policial —que debería ser la primera escala para cualquier mujer maltratada— está cerrada para mí.

Familiares y amigos son mi única opción. Pero él desempeña el papel de yerno obediente ante mis padres. Lloro al teléfono cuando habla con mi padre. Le ruega a mi madre que me diga que sea más obediente. Les dice a sus parientes que no lo alimento bien. Insinúa a los vecinos que soy una antisocial, una de esas intelectuales que prefiere estar sola y sin compañía. Cuanto más grande es el círculo de sus espectadores, más se nutre su retrato sobre mí y menos inclinados están todos a creer que no hay sustancia alguna en sus mentiras. Logra la compasión de las mujeres diciendo que lo comparo constantemente con otros hombres. A los hombres les vende la historia de que soy muy celosa y no soporto a sus alumnas.

Yo soy la mujer abatida, pero es él quien se otorga el papel de víctima.

Mi huida no puede contar con esa gente. Mi esposo es demasiado efectivo al dar su versión de los hechos, demasiado rápido al suplicar a todos que le ayuden y aconsejen, demasiado bueno al ocuparlos con sus atenciones. Empuja a mis amigos y familiares a un territorio neutro; les pide que jueguen limpio. Nadie quiere dar un veredicto de culpabilidad al hombre que está dispuesto a elevarlos al papel de jueces y jurados.

Todo arbitraje parece decidir a su favor; sin embargo, él no se relaja. Sabe que no dependo de las palabras ni de las opiniones de nadie más. Cuando nuestras discusiones no pueden resolverse mediante una intervención externa, recurre a las amenazas. Me infunde un miedo terrible, convencido de que el temor me impedirá actuar.

—Te arrancaré el cuero cabelludo. Será lento, pero lo haré a conciencia. Será muy doloroso, pero es lo que tiene la precisión: siempre va acompañada de dolor. Toda esta belleza de la que te jactas desaparecerá. Tu pelo desaparecerá. Pero seré benévolo: quitaré todos los espejos de la casa. El castigo no será solo para ti. No morirás. No de inmediato, al menos. Llamaré a tu padre para que venga a recogerte. Te mantendrás con vida el tiempo suficiente para que él llegue y te vea en este estado. Y entonces sabrá lo que sucede cuando se trae al

mundo a una prostituta. Es un precio que tiene que pagar. Para entonces yo ya me habré ido. No podrás encontrarme. Tu padre no podrá encontrarme. Podréis acudir a la policía, pero antes tendréis que ir a un hospital. O al cementerio. Y si viene la policía, incluso si empiezan a buscarme, nunca me encontrarán. Desapareceré bajo la tierra. Seré un hombre distinto con un nombre nuevo y un idioma diferente. Ni siquiera tú serás capaz de reconocerme. La policía no podrá hacer nada. Sé cómo escapar de ellos. Lo he hecho muchas veces.

Su monólogo es increíble. En sus palabras encuentro la febril imagen en el espejo de su enemigo: la maquinaria estatal cortando los senos de las mujeres combatientes, rociando con ácido a los militantes capturados, arrancándoles las extremidades para dejarlos morir desangrados, bailando con botas militares sobre los rostros de los guerrilleros asesinados para volverlos irreconocibles. Le miro a los ojos con la esperanza de que por un breve instante reconozca lo absurdo que suena, lo inhumano que se ha vuelto, pero la mirada hueca que me devuelve demuestra que su humanidad se ha extinguido.

Le he visto representar todos los papeles. El marido encantador en presencia de sus colegas, la víctima acosada por una esposa celosa ante sus amigos varones, el hombre injustamente castrado ante mis amigas, el yerno suplicante ante mis padres. Pero debo admitir que el papel de aspirante a asesino es nuevo. Intento olvidar la inquietante imagen de mi cráneo desollado. En lugar de eso, me retiro a la comodidad de la imaginación cinematográfica. La escena se forma a sí misma. Estoy muerta en una habitación y observo mi cadáver desde el otro lado de una ventana. Mi cuerpo inerte no tiene pelo, por supuesto, pero tampoco ojos. Ni boca. Ha alcanzado el vacío que nunca logré alcanzar. La lluvia cae alrededor y a través de mi fantasma, azotándolo. Me imagino a mi esposo con la ropa blanca de un triste viudo. Está sentado con las piernas cruzadas en el suelo. Lo veo con la cabeza también rapada, usando el símbolo del desamor como última prueba de su amor. Le oigo llorar el lamento más conmovedor. Lo veo golpear la cabeza y el pecho. Parece roto. Destrozado. Entre mi cadáver recién estrenado y su dolor exagerado, mi corazón de fantasma se rompe por él. La imagen de mi muerte hace que parezca ser él quien ha perdido algo, no yo. Me alejo de la ventana con paso vacilante y dejo mi cadáver allí, con él. Estoy en la carretera. La escena se disuelve con una imagen bañada por la lluvia: la imagen de una ciudad desconocida para mí.

Cuando vuelvo a la realidad, una parte de mí considera seriamente la posibilidad de que llegue a matarme. Cuatro meses antes no habría dado ningún crédito a la

idea de ser maltratada por un hombre o violada por mi propio esposo. Me vuelvo a ubicar en la pantalla. En esta ocasión me siento en la silla blanca de Morgan Freeman en su papel de Dios, giro sobre ella y me fumo un cigarrillo. Me oigo a mí misma hablando en nombre de Dios. «Eres más útil viva que muerta. Eres más útil viva que muerta. Eres más útil viva que muerta.»

No quiero hacer nada que ponga en peligro mi vida. No quiero hacer nada que permita a mi asesino dárse las de marido viudo y apesadumbrado envuelto en un aura de tragedia. Así que me callo y hago lo que dice.

En otro tiempo solo se quemaba a las viudas. Eran atadas a las piras funerarias de sus maridos y allí ardían con ellos. Eso era porque la sociedad quería impedir el exceso de mujeres. Quería preservar el orden de las castas. Pero entonces, cuando logramos deshacernos de un demonio, otro empezó a ocupar su lugar. Por la codiciosa búsqueda de dotes cada vez mayores, o porque las mujeres no dieron a luz a varones, o porque se negaron a acostarse con sus maridos todas las noches, nuestra cultura empezó a quemar a las novias.

La tradición nunca pasa de moda. Permanece en la memoria pública pero usa ropa nueva. En la India, cada noventa minutos se quema a una novia. El tiempo que se tarda en preparar una cena rápida. El tiempo que se tarda en lavar los platos. El tiempo que dura el programa de una lavadora. El tiempo que se tarda en llegar al trabajo. Esta es la estadística oficial: de las muertes que la policía ni siquiera se molesta en tratar de ocultar mediante giros semánticos. La verdad real reside en el llanto incesante en las unidades de quemados de los hospitales.

Atrapada en mi soledad, mido el paso de las horas calculando el número de novias que han sido quemadas hasta morir. Cada semana al menos cien mujeres son reducidas a restos carbonizados. Sus asesinatos son registrados como suicidios o accidentes, son una prueba de fuego de la que ninguna esposa regresa con vida.

El fuego ha resultado ser la forma más fácil de matar a una esposa innecesaria. Cuchillos, envenenamiento, ahorcamiento... la semilla de la sospecha en cualquiera de esos métodos de asesinato señalaría al marido. El fuego, en cambio, puede ser fingido, impostado para parecer un accidente real. El miedo a que me quemem viva me paraliza. Me conduce a lugares extraños. Me atenaza.

Incluso en medio de un aguacero, dejo las ventanas abiertas antes de encender la estufa de gas. Enciendo las cerillas en el aire limpio antes de abrir la válvula de la estufa. Entro en mi cocina como si entrara en una parcela sembrada de minas Claymore.

El matrimonio se ha asegurado de que este sea el espacio en el que pase la mayor parte de mi vida. No quiero que mi cocina se convierta en mi pira funeraria.

Mis temores se multiplican como las ratas en la época del monzón. Durante el descanso nocturno, sus piecillos escurridizos y apresurados me impiden dormir. Cuando me meto en la cama, junto a mi esposo, soy consciente de su presencia todo el tiempo. Roen mis dedos y mordisquean mis pies. Eluden ser capturados o avistados. Trato de rastrearlos, les coloco trampas donde puedo, descubro cuántos hay. La mayoría provienen de mi esposo, pues él mismo me ha amenazado sin remilgos. Otros provienen de lo que he leído en los periódicos, o he visto en las series de televisión, o he escuchado en la calle, siempre cargada de chismes y rumores. La capacidad de anclarlos y retenerlos en varias listas me hace sentir paz. Como si la información me concediera más poder. Como si el conocimiento pudiera desterrar todos mis miedos.

Lo que más me atormenta ahora es una historia que en su momento me hizo reír. En la universidad, durante el semestre que estudié a los filósofos franceses, los seis alumnos que habíamos escogido aquella optativa nos dedicamos a evitar la degeneración abstracta poniendo de manifiesto todos los trapos sucios que pudimos encontrar en nuestra lista de lectura. Nos indignó, por ejemplo, que Simone de Beauvoir hubiera pasado a sus jóvenes amantes a Sartre, nos entristeció que el mundo hubiera perdido a Foucault por el sida, nos fascinó la disputa femenina Spivak-Kristeva. Nadie en toda la ciudad, aparte de la media docena de universitarios que éramos, se preocupó nunca por estas historias que tanto nos espoleaban. Fue en este contexto donde oí por primera vez la historia que hoy me tiene como rehén. Empezó como una broma: Althusser aprendió a masturbarse a los veinte años. Con lo avanzado que era intelectualmente, resulta que sexualmente estaba muy retrasado. Pero pronto dejó de resultarnos gracioso, porque un día descubrí que Althusser había estrangulado a su esposa.

Tiempo después, en sus memorias, el argelino escribiría sobre esta cuestión. En prosa lenta y serpenteante describiría cómo le estaba «masajeando el cuello»,

cómo «presionó sus pulgares en el hueco de la parte superior del esternón», cómo «los movió, uno por la izquierda y otro por la derecha, hacia arriba, hacia las orejas, donde la carne estaba dura», cómo «los músculos de sus antebrazos comenzaron a sentirse agotados», cómo «“él” se sintió aterrorizado porque los ojos “de ella” lo miraban fijamente». Más tarde argumentaría que así era como su esposa lo había querido. Lo racionalizaría con su teoría sobre el suicidio por poder. Una especie de consentimiento no consensuado. Un «no» que significa «sí». Ella «lo quería». Sus seguidores perfeccionarían el argumento arguyendo que el cuerpo de la mujer no mostraba ninguna evidencia de lucha. Como era un intelectual, tuvo la astucia de legitimar el asesinato. Como era un profesor influyente, pudo hacer que muchos se pusieran de su parte. Como tenía una reputación antiestablishment, logró que el tribunal lo absolviera.

La esposa de Althusser: se llamaba Héléne. Lo recuerdo claramente. Fue asesinada, no pudo contar su versión. Él, en cambio, vivió lo suficiente no solo para contar su historia, sino también para presentarse como la víctima. Tengo miedo de convertirme en ella.

Este miedo es la eterna rata del desván. El miedo que no cesa.

Por una parte está el miedo a la muerte, a morir, a ser asesinada, y luego está el otro miedo. La cadena perpetua en lugar de la pena de muerte. El miedo que ni siquiera me atrevo a nombrar, el que me envuelve como la piel de un diente de ajo, el que me deja sin respiración, el que evito sin afrontarlo: el miedo a parir.

Este matrimonio, por muy opresivo e imposible que sea, no va a poder mantenerme para siempre como rehén. Pero si tuviera que cargar con un niño, no sé cómo podría escapar de aquí. Imagino a mis padres obligándome a quedarme por el bien de la sociedad, imagino a la sociedad pidiéndome que me quede por el bien del niño, imagino a mi propio hijo rogándome que no me vaya por el bien de la reputación familiar. No puedo permitir que eso suceda.

En tamil hay una hermosa palabra para el útero. Karuvarai. La habitación del feto. Karuvarai. Así es como se llama el sanctasanctórum de un templo; el lugar donde reside el dios o la diosa. Un lugar de paz. Yo he decidido mantenerlo vacío, pero mi esposo tiene otras ideas.

12

Ahora sabía que el matrimonio no hacía el amor. El primer sueño de Janie había muerto, así que se hizo mujer.

ZORA NEALE HURSTON,

Sus ojos miraban a Dios

Cuatro meses después de la boda, las educadas preguntas sobre si tenemos «buenas noticias» empiezan a convertirse en un exigente apremio para tener un hijo. Mi esposo es el único heredero varón de sus abuelos por ambos lados, y este hecho se traduce en preguntas sobre el futuro del árbol genealógico familiar. Por razones que van más allá de la posteridad, mi esposo también se ha convencido de que lo que falta en nuestro matrimonio es un niño. Él lo ve como una medida que dará estabilidad a nuestra relación y nos unirá.

El primer paso es una visita al ginecólogo. Pero yo no quiero tener un hijo con el hombre que me maltrata. No quiero llevar un hijo en mi vientre y traerlo al mundo porque fui violada en el matrimonio, en una cama donde mi «no» carecía de todo significado. Estoy angustiada. Me gustaría quedarme en casa. Él arroja cosas por doquier. Coloca un cucharón sobre la estufa de gas y amenaza con quemarse si no voy con él. Deseo que lo haga, deseo que le duela. Me niego a salir de casa. Tranquilamente, retira el cucharón al rojo vivo de la estufa y lo presiona sobre la parte inferior de su pierna, justo encima del tobillo. No oigo el siseo de la piel quemada porque empiezo a gritar. Le quito el cucharón. Lo tiro lejos. Él insiste en que nos vayamos de inmediato, que no desaprovechemos la cita. Ni siquiera presta atención a la forma oscura de la quemadura. Lo sigo silenciosamente hasta un tuk-tuk.

Es una noche oscura, hay tenues luces en la calle y la lluvia es la mortaja de la ciudad. La silueta del conductor del tuk-tuk se recorta sobre la carretera. La de mi esposo, alta e imponente, también. Su forma abarca todo el espacio del vehículo, pero de algún modo se siente ausente; su cara resulta impasible en las sombras. La ciudad me atraviesa mientras conducimos. En esa oscuridad, su teléfono suena. Él responde y saluda a un hombre de su pueblo. Hablan, hablan de mí, y luego me pasa el teléfono.

—Es mi primo el vagabundo. Quiere saludarte.

—¿Diga? ¿Diga?

Una voz baja, brusca y directa me susurra al oído:

—Tu esposo se las da de señor justo, pero es un farsante. El mayor fraude de nuestro pueblo. Ya estuvo casado antes de casarse contigo.

No logro reaccionar. Las palabras suenan en mi cabeza una y otra vez: «Ya

estuvo casado antes de casarse contigo». No sé qué responder, pero un segundo después el primo retoma las cuestiones más puramente cotidianas:

—¿Qué has hecho hoy para comer? Un día de estos tienes que venir a la aldea. Solo te he visto en foto, esta es la primera vez que oigo tu voz, y esto me hace muy feliz. Cuida a mi primo.

Aturdida, continúo con la conversación hasta que llegamos a la clínica. Entonces me despido y le devuelvo el teléfono a mi esposo. Un grupo de mujeres pasa caminando cuando bajo del tuk-tuk. Se ríen a carcajadas. «Una chica afortunada logró escapar de su matrimonio. Dejó de ser su esposa. Si ella lo hizo, yo también puedo.» Sonrío a espaldas de las mujeres que acaban de pasar.

La doctora quiere saber cuánto tiempo llevamos casados. Quiere saber la fecha de mi último periodo. No es regular, es tan inestable como yo. La doctora me prescribe unas píldoras anticonceptivas. Mi esposo se pone furioso.

—Estamos tratando de tener un bebé. Queremos un bebé, ¿lo entiende?

Ella no se inmuta.

—Primero debemos regularizar sus periodos. No podrá concebir a menos que su calendario funcione.

Él se muestra desafiante y le sugiere que encuentre un modo de evitar que tome las píldoras.

—Las hormonas nunca han hecho ningún bien a nadie.

La doctora se opone amistosamente y nos canta las virtudes de las multivitaminas y el ácido fólico. Tener un bebé es un tema de discusión entre la doctora y el esposo. La mujer no me pregunta si quiero tener un bebé, si estoy lista para un bebé, si estoy contenta con mi marido, si tengo algún problema que quizá quiera comentar. Ella le pide que me lleve a un centro médico para hacerme un reconocimiento y así poder decidir el tratamiento posterior.

La violencia no llama la atención sobre sí misma. No está escrita en mi cara. Él es demasiado cuidadoso para eso, por supuesto: sus puños siempre apuntan a mi

cuerpo. Mientras las cosas sigan así —mientras una mujer no pueda hablar, pues aquellos a los que se dirige no la escuchan—, la violencia no acabará.

Mi madre al teléfono:

—Un niño no es mala idea. Él será más amable cuando sea padre. Yo soy madre. Sé que los bebés tienen ese efecto, pueden domesticar a las bestias.

Cuando tengas un hijo, trata de volver a Madrás. Habrá un elemento de control. Podremos intervenir. Él no podrá continuar como hasta ahora si estáis aquí. Ahora está subido a la parra, pero en algún momento bajará. Cuando mire la carita del niño no podrá golpear a la madre como le plazca. Y cuando el niño crezca, le dirá a su padre que deje de levantarte la mano. De todos modos, si te está pegando es solo porque se ha quedado sin argumentos. Ten paciencia, cariño. Date tiempo, tráelo aquí. Por favor, no pierdas la esperanza. No te precipites. Cuídate.

Los fluidos del hombre crean los huesos. Los fluidos de la mujer crean la carne. Es lo que creen los ancianos de mi aldea ancestral. Así empieza la vida, creen ellos. No creo que estén equivocados en absoluto. Lo único que no saben es que cuando un niño se forma en el interior del útero de una mujer triste y quebrantada, su pequeño corazón será el fruto de las lágrimas de su madre.

El calor opresivo de Mangalore al mediodía. Un calor que no se disipará hasta que el cielo se rompa en mil pedazos y empiece a llover.

Llego al centro médico. Me he tomado los dos vasos de agua que me recomendaron. Cuando me encuentro con mi esposo en la sala de espera, él me regala un coco lleno de leche. No es un regalo, sino una precaución. Me llaman para el examen pélvico y el doctor me coloca bajo la máquina, pero tras varios minutos de presionar e iluminar botones me dice que la cantidad de agua que he ingerido es insuficiente para que la máquina le muestre mi interior, y me dice que vuelva más tarde.

Mi esposo está furioso. Llama a mi padre y lloriquea.

—Tu hija no carbura bien. Se cree miss mundo. Quiere mantener la figura. No bebe agua. No quiere tener hijos conmigo.

Coge una botella de agua de dos litros que hay en la recepción y me ordena que me la tome. Me llevo la botella a los labios y bebo.

—Más rápido —me ordena, levantándose el brazo para obtener un ángulo más agudo—. Más rápido.

Al cabo de un momento suelto la botella, jadeando en busca de aire. Le digo que no puedo más, que si sigo me ahogaré. Él me da una bofetada delante de todos. La gente de la sala de espera nos mira fijamente o desvía la mirada. Para ellos, él no es más que un hombre exaltado y ansioso por ser padre. No saben por lo que paso. O tal vez todos lo sepan y lo consideren normal. O todos creen, como yo a veces, que mañana será otro día.

Me llevo la botella a la boca y bebo otro trago. Casi de inmediato siento náuseas y al poco rato estoy vomitando el agua que he tomado. Él está indignado.

—Imagina que estamos es un festival literario. Imagina que esta enfermera es Arundhati Roy. Imagina que estas personas son algunos de tus malditos escritores. ¿Vomitarias entonces? Aguántate. Compórtate. No tienes responsabilidades. No tienes la menor intención de ser esposa ni de ser madre. Miles de mujeres son examinadas a diario, pero la única que monta una escena eres tú. Quieres mantener tu figura de tamaño cero. Tú misma eres un cero. No quieres un hijo mío. Si te conviertes en madre dejarás de ser una puta. ¿Por qué me torturas?

Tiene razón: no quiero un hijo suyo. No puedo traer un bebé a un mundo en el que no encuentro amor. No quiero traer un hijo al mundo para que vea a su madre continuamente maltratada. No quiero traer una hija al mundo para que la maltraten.

Cuando termina mi examen, el médico me felicita por tener un marido tan cariñoso; por haberme casado con un hombre tan entregado que se toma un descanso larguísimo entre sus importantes conferencias para poder estar a mi

lado cuando me someto a una ecografía de pelvis.

En ningún momento me da la oportunidad de hablar con él. En ningún momento me pregunta cómo me encuentro. Y aunque lo hubiera hecho, ¿cómo iba a poder abrirme ante un extraño que ha comprado de antemano la película que le interesa?

Nos mostramos indefensos ante los médicos y ellos nos curan. Nos protegen. Creo que una parte de mí esperaba que los médicos me protegieran, que detuvieran este tratamiento forzoso de fertilidad, que acudieran a rescatarme. Solo ahora, al fin, me doy cuenta de que, si quiero ser rescatada, tendré que hacerlo yo misma.

Mis habilidades en la cocina se dan cita para forjar mi plan secreto de frustrar el Proyecto Bebé. El chutney de desayuno para la dosa que preparo ya no contiene solo cacahuets, chiles verdes y cebolla, sino que le echo una cucharada de semillas de sésamo blanco. Sigo los susurros de los años de adolescencia, en los que las chicas con retraso en sus periodos o las que tenían relaciones sexuales sin preservativo o las que se casaban demasiado pronto mantenían la maternidad a raya con los ingredientes de la cocina. En mi pescado al curry, el sabor no proviene del tomate o el tamarindo, sino de la pulpa de unos mangos crudos y verdes que pongo en la salsa picante. Es la receta de mi abuela, le digo a mi marido, regocijándome ante su ignorancia: el mango, inductor del calor, evitará la posibilidad de la concepción. Cada plato es el destino. Ni siquiera las frutas que elijo para picar después de la cena son inocentes. Sirvo papayas en cubitos rociadas con sal negra y pimentón o rodajas de piña con azúcar moreno. Estas son las frutas que suelen mantenerse fuera del alcance de las mujeres embarazadas, por temor a un aborto espontáneo. Así es como transformo mi cocina en un campo de batalla, asegurándome de que los alimentos que preparo procuren mi libertad y la de mi útero.

Una noche, tras haber padecido las relaciones con mi esposo en la cama, fui al baño a hacer pipí. En cuanto me senté en el váter, mi esposo abrió la puerta de golpe y me dio un puñetazo que me tiró al suelo. Me dijo que estaba conspirando para no quedarme embarazada y que hacía todo lo posible para no tener hijos,

que expulsaba su semen en cuanto habíamos acabado de follar. Después de eso, cada noche de sexo vino seguida de la orden de permanecer acostada boca arriba.

Una vez protesté porque realmente necesitaba ir al baño. A partir de aquel día, me ordenó que antes de acostarnos fuera a mear y a cagar.

Mis protestas son siempre vistas como pruebas eternamente condenatorias de que no quiero abrazar la maternidad. En el mundo de mi marido, no concebir a su hijo es un millón de veces más escandaloso que la antigua condición de puta poeta pequeñoburguesa que él mismo me había adjudicado. Mi incapacidad para dar a luz a su heredero se ve como una conspiración para acabar con su linaje. En su mente, no quedarme embarazada equivale a genocidio.

—He matado a tres personas. A tres; no a una, ni a dos. Una de ellas ni siquiera era un soldado. Te lo digo para que de verdad sepas como soy. Así que mírame a los ojos, sí. Atrévete a mirarme. Mira este cuchillo. ¿Lo notas? Está frío, sí. Se calentará en un segundo, en cuanto te corte la garganta. Triste, ¿no te parece? El cuchillo no sabrá que eres una escritora famosa.

Lo esencial es actuar como una mujer en la que pueda confiar.

Lo esencial es darle la sensación de que, si no se lo ama del todo, al menos sí se lo respeta. Lo esencial es despistarlo para poder planear mi fuga. Lo esencial es fingir que estoy ansiosa por quedarme embarazada. Dado que mentalmente lo he abandonado en infinidad de ocasiones, me resulta fácil representar este papel; dado que sé cómo se comporta una mujer que planea fugarse, también sé cómo representar el papel contrario.

La llegada del año nuevo trae consigo la oportunidad de hacernos promesas fáciles. Le juro que cambiaré, que pasaré página. Le digo que es un nuevo comienzo. Al principio recreo una felicidad fabricada en Mangalore y arropo a los dos con ella. Renuncio a la idea de ser escritora, de tener un pensamiento propio, de contar con una vida fuera de Primrose Villa. Las noticias del día son las que él me cuenta. Mi comunicación se limita a las llamadas que él me permite responder, siempre ante su presencia. Los correos electrónicos que

recibo son solo los que él decide leerme en voz alta. Me lavo el pelo con la pastilla verde de jabón para el baño, respetando su repetida historia sobre la austeridad de los camaradas. Cuando empiezan a salirme piojos y caspa, finjo no darme cuenta. Las cuestiones domésticas nos unen. En el manual del creador, esta es la calma obligatoria que debe ser orquestada antes de una tormenta. En el mundo más rústico de mis antepasados, este es el baño ceremonial del sacrificio de la cabra, una muestra simbólica de afecto antes de que caiga el hacha.

La tregua me permite dar un paso atrás, volver a ser escritora, observar de cerca a mis protagonistas en condiciones de laboratorio, observar los cambios en su comportamiento. Durante la tregua arrullo a mi marido en un espacio de comodidad, lo que me facilita la posibilidad de pillarlo desprevenido. La tregua me permite urdir mi plan. Recopilo toda la información de que dispongo referida a él. Relleno los espacios en blanco de su historia. En mi tiempo libre leo relatos de maoístas para construirme un perfil de los que abandonan la organización: agentes del estado, desertores, informantes, cobardes; coloco a mi esposo en dos de estas clasificaciones. Intento descifrar un patrón para nuestras batallas anteriores. Quiero comprobar mi corazonada sobre la duración de la calma y la extensión inversamente proporcional de la explosión tras el inevitable choque. Hago listas mentales de los posibles factores desencadenantes de la violencia. También hago una lista de sus temas de conversación favoritos.

Mi esposo se alegra del cambio que ve en mí y lo interpreta como la validación de todas sus críticas y correcciones. El júbilo rápidamente da paso a la ternura, a las ganas de compartir sus historias y a una retirada que me permite acceder a su vulnerabilidad.

Historias sobre un padre disciplinado que servía en el ejército y solo volvía a casa en vacaciones. Sobre un verano de ictericia y cómo su madre lo cuidó hasta devolverle la salud. Amargos relatos de las turbulencias que había provocado en sus distintos lugares de trabajo. Una historia siempre cambiante sobre cómo había transgredido las ortodoxias: de simple marxista a maoísta pasando por el marxismo leninismo y la guerra popular. Sobre cómo pasó de la izquierda a la guerrilla clandestina radical llegando a ser más extremista a cada paso del camino. Y en medio de todas esas aventuras, sus sueños sobre los niños que quiere tener, los nombres que quiere ponerles, los lugares a los que quiere llevarlos de vacaciones.

La compasión parece posible. Siento la necesidad compulsiva de considerarlo como un pequeño cambio, pero la escritora que hay en mí es más fuerte que la mujer que hay en mí. Una tarde, mientras preparo el tentempié de té de masala y las pakoras de cebolla recién hechas, él irrumpe en la cocina sosteniendo un par de pantalones que durante mucho tiempo han permanecido intactos y sin tocar en el armario; me dice que pertenecían a un amigo suyo, a un camarada, que fue asesinado a tiros cuando su escuadrón del Ghats occidental fue atacado. Levanta los pantalones del hombre muerto hasta la altura de sus ojos, reverentemente, y luego los abraza contra su pecho. Yo tomo notas mentales, esbozo la narración mientras habla. Le pregunto si vio morir a su amigo, si allí había alguien más, si intentaron salvarlo. Le duele hablar de ello, pero siento que está desesperado por compartir los detalles con alguien. Solo tengo que lograr que la historia se dispare. «¿Lograsteis recuperar su cuerpo? ¿O acaso dejasteis morir allí a vuestro amigo porque queríais salvar vuestras propias vidas? Tuvo que ser horrible. Sé que no fue culpa tuya. No, no fue culpa tuya, querido. Sé que te culpas por ello. ¿Os asegurasteis, al menos, de que estaba muerto? Si la policía lo torturó más tarde, ¿al menos os devolvieron el cuerpo?» Él llora, jadea en su esfuerzo por darme todos los detalles. Su voz se rompe, pero no así mi determinación de llevarlo a la desesperación. Le he hablado dulcemente hasta hacer que se doblase en el suelo, llorando y golpeándose la cabeza, apretando los pantalones contra su pecho.

Estoy sorprendida de la indiferencia que puedo sentir. Cuando cae a mis pies me limito a observar, a tomar nota, a hacer observaciones numeradas.

1) Es posible jugar con él, empujarlo a la angustia, a la ira, a cualquier lugar al que yo quiera que vaya.

2) Los pantalones son un buen accesorio.

Así es como la escritora que hay en mí se hace cargo de la situación. ¿Qué pasaría si alguien eligiera rodar una película sobre un valiente y joven luchador que está sufriendo un episodio de trastorno por estrés postraumático? ¿Qué pondría en sus manos? ¿Qué cosa no le restaría masculinidad y al mismo tiempo contribuiría a mostrar su vulnerabilidad? «Pantalones.»

Esta es mi línea de pensamiento. Transfiero al arte lo que veo y siento en la privacidad de nuestro hogar. Con este matrimonio me he puesto a mí misma en una situación muy peligrosa, pero incluso en esta posición complicada estoy

logrando descubrir puntos básicos de la trama. Es el riesgo laboral que debe correr toda escritora-esposa.

El marido desconfiado y violento es un personaje, pero al mismo tiempo, siendo quien es, se convierte en la primera semblanza de la trama. Una trama que no lleva a ninguna parte, pues avanza en círculos. Una trama que permanece bajo su control. Solo que recientemente he empezado a aprender a combatirla: primero con mi experimento de silencio, que terminó con el sorprendente giro argumental de la violación correctiva y disciplinaria, y ahora con el episodio de los pantalones.

Me recuerdo a mí misma la noción fundamental de la escritura literaria: el escritor es quien controla el relato.

Valiéndome de la jerga marxista que tan concienzudamente aprendí de mi esposo, puedo declarar con orgullo que primero hay tácticas y luego una estrategia.

Y que me he convertido en estratega.

Me complazco en escoger el delicioso detalle del episodio de los pantalones. Recuerdo que mi rebeldía ante las visitas al ginecólogo bastó para hacer que se infligiera quemaduras en su propia piel con un cucharón incandescente. Comienzo a darme cuenta, por primera vez, de que su violencia, dirigida casi siempre contra mí, en ocasiones puede ser desviada y volverse contra sí mismo.

Eso me da esperanza. Sé que su ira es un dispositivo que puedo activar a voluntad. Cuando llegue el momento adecuado, puedo presionar el botón rojo. Puedo concluir este clásico drama cotidiano en mis propios términos.

Decido que no quiero ser retratada como la mujer apasionada que huyó de un hombre para caer en brazos de otro. No admitiré convertirme en la buena esposa, la buena madre, la mujer inepta a la que el matrimonio pretende reducirme. No permitiré que mi historia se convierta en una fábula moralizante sobre las mujeres perdidas, las escritoras solitarias, las poetisas melancólicas, las artistas creativas e inestables... Ni siquiera sobre la guerra contra los piojos. Daré a

todos mis lectores, os daré a todos, un final para esta historia que no podréis rechazar. Aguantaré hasta entregaros personalmente el final que merezca vuestra aprobación con los ojos llenos de lágrimas. Os mostraré el retorno a mi hogar familiar, al estado de inocencia, al lugar donde volver a empezar.

A mis padres, atrapados en la profecía autocumplida de una ciudadanía ejemplar, les legaré el orgullo herido que anhelan. Cuando llegue a casa derrotada, huyendo para salvar mi vida, les permitiré que recuerden a los vecinos lo mucho que luchamos todos por salvar mi matrimonio, pero el hecho de que me acepten de nuevo en casa será la prueba definitiva de que yo he hecho algo bien, o de que mi esposo ha hecho algo inexplicablemente mal.

Los llamo para preparar el camino. Recabo el coraje de compartir con ellos la vergüenza de cómo he sido tratada, de lo que significa vivir con el temor de ser asesinada. Les recito literalmente la amenaza de mi esposo de despellejarme viva. Hablo sobre mi muerte. Sostengo sus amenazas como si de la granada de mano de un militar se tratara, y por fin tiro de la argolla.

—La próxima vez que hable de asesinato, ven a casa —suplica mi madre.

—Si vuelve a hacerlo, corre por tu vida y no mires atrás —ordena mi padre.

—Estamos aquí —dicen ambos, finalmente. Demasiado tarde, pero al unísono.

Hasta entonces, me quedo. Me quedo porque no tengo otra alternativa mientras no esté cerca de una solución permitida. A ojos del mundo, una mujer que huye de la muerte es más digna que una mujer que huye de su esposo. La mujer que huye por salvar su vida no habrá de enfrentarse a la lapidación de la sociedad cuando quede libre. En mi búsqueda por controlar la narrativa, aún tengo que poner en peligro mi propia vida.

—¿Quién dijo que ibas a acabar con este matrimonio?

Afuera llueve. El cielo está embotado, gris, tiene la luz de una tarde de enero. No me queda energía para responder. Hundo mi cabeza en su pecho. Lo odio, pero tan cerca del final, siento la tristeza del escritor que está a punto de acabar con su personaje. Él pone sus manos en mis hombros; me besa en la frente.

—Hemos demostrado que están todos equivocados, ¿verdad? Somos inseparables. Ninguna fuerza puede interponerse entre nosotros. Quienes dijeron que no eras apta para el matrimonio y que solo servías para las citas de una noche tendrán que comerse sus propias palabras. Eres mi esposa adorada. Mi esposa perfecta. Nunca creí que acabaríamos de este modo. Pero míranos. Somos perfectos.

En la cocina, limpio judías verdes y corto setas y pimiento. Preparo un curry con berenjenas y chiles verdes. El arroz baila en el agua hirviendo. Lo escurro y lo dejo a un lado. Cuando lo pruebo, cada grano se alza como si estuviera rezando. Llamo a mi esposo para que venga a comer. Está ocupado preparando hojas de respuestas. En ese momento aparece una llamada entrante en la pantalla de mi teléfono. Es una llamada perdida. Y enseguida otra. Y otra. Es como si alguien estuviera gastándome una broma. Mi esposo me exige que le diga quién es. No reconozco el número. No sé quién es. Al devolver la llamada, la persona que está al otro lado descuelga, permanece en silencio y cuelga sin decir nada. Mi esposo llama a ese número una y otra vez y grita al auricular. Unos minutos después, el número misterioso aparece como apagado o fuera de cobertura y salta el contestador automático cada vez que marcamos. Esto lo enfurece. Se vuelve hacia mí y exige saber quién es. Empieza a enumerar a mis antiguos amantes y exige saber si he vuelto a follar con el político o me pregunta si he vuelto a liarme con algún viejo novio de la universidad. Me dice que le repugno, que lo he contaminado con mi historia, que no soy lo suficientemente buena para él, que una vez más estoy arruinando nuestro matrimonio.

Veo mi oportunidad y afino la espada.

—Pero cariño —le digo en voz calmada—, ¿a qué viene toda esta hipocresía? Eres tú quien carga con un matrimonio fallido a sus espaldas.

Deslizo mis palabras entre sus costillas como si de un cuchillo se tratara. Ciertamente, parece haberse quedado sin aire. Sus ojos están a punto de estallar. Por primera vez desde que lo conozco, no tiene respuesta. Y mientras lo observo, tratando de dar forma a su confusión, sé que he ganado. Su mano abierta aferra mi garganta y se tensa sin piedad. Me levanta del suelo y me empuja contra la pared, sosteniéndome solo del cuello. Mis piernas flotan en el aire. No puedo respirar. Mi mente recita un canto interminable: «Esto acabará, esto acabará, esto

acabará, esto acabará».

—La muerte te asusta. Esta es la diferencia entre tú y yo. Yo no le tengo miedo a la muerte. Puedo matar, pero al mismo tiempo puedo morir. Ambas cosas son lo mismo para mí. Para ti, no. Tú estás hambrienta, eres codiciosa, suplicas por tu vida. Mírate ahora. Estás asustada. Solo puedo reírme de ti. Mírate. Nunca serás una revolucionaria.

Retira su mano y me desplomo. Mis pulmones se hinchan y trato de respirar, pero cuando al fin recupero el aliento, lo miro y le sonrío, desafiante. A mi voz le cuesta abrirse paso por la garganta aplastada, pero las palabras que necesito empiezan a componerse en oraciones perfectas; se abren camino dolorosamente, como el grito furioso de un animal que ve el sacrificio de otro; con fuerza, como el viento que transporta la lluvia hasta unas hojas de palma ardiendo. Mi corazón late en mi garganta al ritmo de una ametralladora imaginaria.

—¿Tú, revolucionario? Dispararon a tu amigo, y abandonaste su cuerpo al enemigo. No me digas que eres un revolucionario. No me hables de tu valentía. Un hombre valiente no huye. Un hombre valiente no viola ni golpea a su mujer. Tú, esposo mío, no eres un hombre valiente.

Supero el discurso que había imaginado. Él grita y se desgañita mientras me da patadas tirada contra el suelo de la sala de estar, pero yo ya no le escucho. Sostiene mi cara bajo una de sus botas, que se clava en mi mejilla y me destroza el oído. Así es como exige mi silencio. Veo que sus labios forman palabras — puta, perra, coño, prostituta— pero su voz ya no me alcanza. En el suelo, con las manos apretando sus tobillos, parezco una mujer que ofrece sus oraciones, parezco estar suplicando por mi vida. Me cae la lluvia encima y luego, por fin, el tintineo en mis oídos se rompe con la frase que tanto he estado esperando:

—Voy a poner fin a esto. Ahora. Vas a morir. Debía haberte matado hace mucho tiempo.

Por primera vez en mi matrimonio, no siento miedo. Sé que mis palabras lo han despojado de su virilidad, lo han avergonzado hasta la impotencia. Sé que mis palabras lo han vuelto incapaz de llevar a cabo su amenaza, y ahora, en el espacio que se ha abierto entre nosotros, su invisible cobardía ha recuperado su nombre. Pero su amenaza verbal de matarme ya es suficiente. Es lo que buscaba. Él está escribiendo el final que yo quería para nosotros. Generosamente le

permiso esa autoría. Él está llevando a cabo esa versión en blanco y negro que exige el mundo. Nuestro mundo. Cierro los ojos y espero a que acabe.

Todo lo que necesito cabe en una sola bolsa que me cuelgo al hombro. Pasaporte. Tarjeta de crédito. Portátil. El teléfono que nunca me dejó usar. Todo esto es mío. Es lo único que acierto a coger. Es todo lo que tengo tiempo de coger. Es todo lo que deseo coger.

Llamo a casa. Le digo a mi madre que voy para allá. Que estoy herida, pero viva. La luna queda a mi espalda. El tuk-tuk avanza a toda prisa en la noche. Me despojo de esta ciudad miserable como de una segunda piel.

13

Si hay algo que no necesito

son más disculpas.

La pena me espera en la puerta de casa.

Puedes guardarte las tuyas.

No sé qué hacer con ellas.

No abren puertas

ni traen el sol de vuelta.

No me hacen feliz

ni me consiguen el periódico de la mañana.

NTOZAKE SHANGE,

Para niñas negras que han considerado

el suicidio / cuando el arco iris basta

Durante cuatro meses y ocho días he estado fuera de todos los radares. Sin teléfono, sin correo electrónico, sin ni siquiera la enlatada felicidad de Facebook.

No news significa «bad news», pero la mayoría de la gente aún no lo sabe.

¿Alguien preguntó por mí?

Un amigo me comenta que pensó que mi silencio era una necesidad de privacidad. Que las cosas me iban bien y me había metido de lleno en las profundidades de la vida rural junto a mi marido, y que llamarme o seguirme el rastro me perturbaría, y que ya saldría de mi madriguera cuando sintiera la necesidad de notar el sol en la cara.

Creíamos que no news significa «good news».

Creíamos que querías tu espacio.

Creíamos que nos llamarías cuando estuvieras lista.

Te enviamos un correo electrónico y tu esposo nos respondió diciendo que nos escribirías pronto.

Creíamos que saliste de Facebook porque estabas ocupada con ese proyecto, ¿no?

Y en todas partes la gente solo supo ver normalidad, un estado rutinario, la ausencia de problemas, porque eso era precisamente lo que se habían propuesto encontrar.

Me consideran afortunada por haber conseguido huir de un mal matrimonio en cuatro meses. Me consideran demasiado infeliz para invitarme a las bodas de mis amigos, como si mi aura amargada y acosada fuera a poner en peligro las camas nupciales con dosel.

«No siempre puedes tenerlo todo, cariño.»

Incluso después de escuchar mi historia, las mujeres me mantienen alejada de sus maridos.

Quizá pienses que eso me molesta, quizá quieras hacerme reflexionar sobre las rivalidades y las inseguridades femeninas. Pero no. Me siento agradecida por los pequeños detalles. También yo tuve un marido que quise esconder del resto de mundo.

En lugar de un pelotón de fusilamiento, miro hacia los fusiles de interminables preguntas.

«¿Por qué no huyó?»

«¿Por qué no aprovechó las oportunidades que tuvo para escapar? ¿Por qué se quedó si las condiciones eran tan malas como decía?»

«¿Cuánto de esto no fue realmente de mutuo acuerdo?»

Déjame contarte una historia. No, esta vez no es mía.

Es la historia de una niña a la que llamamos por el nombre de su lugar de nacimiento, puesto que carecemos incluso de la honradez para mencionar su nombre. Es la historia de la niña Suryanelli.

Cuarenta y dos hombres la violaron durante cuarenta días.

Ella tenía dieciséis años.

La policía no investigó su caso. El tribunal superior cuestionó su personalidad, su carácter. La corte suprema se preguntó lo inevitable. ¿Por qué no huyó? ¿Por qué no aprovechó las oportunidades que tuvo para escapar? ¿Por qué se quedó allí, si las condiciones eran tan malas como decía? ¿Cuánto de lo que le sucedió no era realmente de mutuo acuerdo?

A veces la vergüenza no es la paliza ni la violación.

A veces lo vergonzoso es tener que comparecer en el juicio.

No soy una damisela atribulada; no soy la viva imagen de la inocencia virginal; mis padres no me arrastraron a un matrimonio de conveniencia. Este es el tipo de cosas que le pueden pasar a una mujer indefensa como esa.

Pero yo no soy así. Yo soy ruda, fuerte, dura. Yo soy la que ha escrito estos poemas locos, rabiosos e indignados sobre la vida, el amor y el sexo.

No temo a los hombres, me he moldeado a mí misma según la imagen estricta y rabiosamente contraria: esa mujer a la que los hombres temen. Soy la antidébil. He sido construida para no romperme. Esta es una de las razones por las que me resulta más difícil hablar sobre la violencia. Soy mi propia perdición.

«¿Está pasándote algo así?» La incredulidad.

«¿Permitiste que te pasara?» La conmoción.

«¿Por qué aguantaste todo esto?» La vergüenza.

«Sabías hacerlo mejor, ¿verdad?» La vergüenza, de nuevo.

«¿Por qué no te acercaste a alguno de nosotros?» La falta de confianza.

«Si lo hubiéramos sabido...»

No se les pasa por la cabeza pensar que una mujer que está siendo maltratada también está intimidada para sentir, creer y saber que pedir ayuda a los demás solo la abocará a un riesgo mayor. En sus preguntas y respuestas me doy cuenta de que incluso aquellos que dominan la teoría no han vivido la experiencia y carecen, por tanto, de la percepción de que una mujer maltratada solo puede confiar en la ayuda de una persona: ella misma.

No tener un hombre en mi vida me supone ahora una serie de actividades y ritos. Sustituyo a los hombres por una gran variedad de marcadores de posición.

Una página en blanco. La poesía, en la traducción, plagada de metáforas incómodas y encantadoras. Leo los distendidos comentarios entre líneas que

siguen a un artículo serio. La chica se doblega. El sentido del deber cumplido deriva de prepararme una comida solo para mí. Los champiñones toman un color oscuro en la mantequilla y, por unos instantes, un olor fuerte que me recuerda al sexo.

Un gato, cualquier gato, porque en este momento carezco de autoconfianza y necesito urgentemente algunas lecciones básicas de independencia y audacia. Asalto los armarios de ropa de mis amigas. Faldas largas. Collares de cuentas. Pendientes sueltos, desparejados; el valor de llevarlos en público. Felicitaciones de gente que no conozco.

Veo crecer las plumas del pavo real entre las páginas de mi diario, coreografío el vals de figuritas de hierro con un imán sujeto bajo el papel, aplasto flores entre los libros más pesados, trato de teñir una dupatta.

Elfriede Jelinek y Clarice Lispector. Mujeres que escriben sobre mujeres de la manera en que algún día yo podría escribir sobre mí.

Escribo largos correos electrónicos, volátiles, con listas numeradas y poemas a medio hacer. Realizo coloridos hechizos que condenan a cada hombre perverso al infierno. Siento un placer oculto al rechazar todas las insinuaciones, incluso las de los hombres por los que me siento atraída, porque no estoy de humor para crear ese tipo de espacio en este momento de mi vida. Uso la misma túnica de color rojo óxido durante tres días seguidos para evitar que mi energía me abandone. Me doy duchas de dos horas en las que hago pompas de jabón.

Duermo.

No paro de leer a Calvin y Hobbes, deseo tener un hijo exactamente igual que Calvin. Siento el innegable impulso de adoptar a todos los niños que veo pasar. Amo a mi madre, a pesar de todo, porque logró mantenerme íntegra. Amo a mi padre, a pesar de todo, porque se preocupó por mí cuando, destrozada, llegué a casa.

Experimento una anorexia compulsiva, o el deseo de lograr la mínima expresión de mi cintura.

Pienso en mí como en la viuda de todos los hombres con los que he salido (y especialmente del hombre con quien me casé), y lloro en función de lo mucho que los amé mientras duraron. Caigo de rodillas para llorar sus muertes. Me

golpeo el pecho. Me visto de negro. Me visto de blanco. Solo llevo pintalabios color vino, porque algunos hombres necesitan ser recordados de ese modo.

Espejos. Grito a los espejos. Sonrío tímidamente en su presencia. Los monólogos, los diálogos, la desconcertante fugacidad de representar la vida para una audiencia formada por una sola mujer. La conversación profunda en la que me felicito por cada momento en el que no tengo que preocuparme por la naturaleza incorregible del amor, su pesado bagaje y sus argumentos más serios, ni por las innecesarias preguntas de los hombres ni por los celos inútiles de otras mujeres.

La conversación que nunca tuve pero siempre ensayé en mi interior: soy dura, puedo soportarlo, celebro que me hayas preguntado si puedes ayudarme. No merecía tanta tristeza. Tampoco sé si merezco todo este amor.

La resignación del millón de ansiedades de mi mente cuando empiezo a correr. La desafiante tensión de mis hombros me coge por sorpresa. Mi melena salvaje, con vida propia, en la que mis amantes han enterrado besos y oraciones.

Por último, el mundo de los libros en los que entro, el mundo que creo al escribir, los túneles de palabras que excavo y en los que me entierro.

Escribo un relato sobre el matrimonio en primera persona para una revista. Cientos de mujeres contestan para decir que en las mil y pico palabras de mi escrito han reconocido sus historias, sus voces, sus lágrimas. Una mujer de Australia me cuenta que su amiga, una víctima de violencia doméstica, fue asesinada el 10 de enero de 2012. Fue el día en que mi esposo me empujó contra la pared y amenazó con matarme. El día en que escapé. La coincidencia resulta espeluznante.

En los días siguientes accedo a las redes sociales para descubrir cada uno de los hilos de mi vida. El análisis post mortem de mi matrimonio revela más acerca de las personas y sus prejuicios que cualquier otra cosa sobre mí o sobre mi esposo. Siempre rápidos condenando, mis lectores dicen que mi esposo es el tamil de Sri Lanka, un Dalit, un Christian. Pero no es ninguno de ellos. Es un atajo para absolver de culpa a la sociedad y para convertir a los marginados en los actores de sus aventuras.

Arremeten contra mí con el peor de los ataques. ¿Qué clase de feminista soy? ¿Por qué lo soporté durante cuatro meses? ¿No era todo un truco publicitario? Y luego: si realmente fui maltratada, ¿por qué he decidido compartir mi historia con los medios nacionales?, ¿por qué no he acudido a la policía? Si alguien me estaba pegando, ¿por qué no lo denuncié? El juicio de la prensa no es un juicio real, mi marido debe ser declarado culpable ante un tribunal de justicia. Si soy feminista, ¿por qué dejo que mi violador y abusador se libre, sin más?

Puedo escapar de Mangalore y del matrimonio, pero enseguida comprendo que no puedo escapar de los abusos. Para salvar mi imagen, y con la esperanza de que se haga justicia, entrego el cadáver de mi matrimonio a la policía. Contrato abogados, pago las consultas con mis escasos e inciertos ingresos de escritora.

Me doy cuenta de que la penitencia no termina con el acto de clavarme en una cruz. Para sufrir por los pecados de este mundo hay que soportar mucho más. Para quienes solo conocen al personaje público, no lo habré reivindicado hasta que haya llamado a todas las puertas de la justicia; hasta que haya enviado al culpable a prisión; hasta que haya revivido infinitamente mi tragedia a través de peticiones y quejas y demandas y una extraordinaria cantidad de casos que comienzan a proliferar a mi alrededor, extendiéndose de una ciudad a otra. Y para aquellos que me conocen en persona, es mi responsabilidad enjugar sus lágrimas, aplacar las tristezas que han podido sentir a raíz de los desafortunados sucesos de mi matrimonio y hacerles sentir que, de algún modo, todo fue mejor de lo que se ha relatado.

Casi un año después de escapar de mi matrimonio, fui de visita a casa de un amigo tamil. Juego con su hijo, su mujer recoge las cosas de la sala y él está listo para ir a trabajar. Es el tercer y último día de mi visita.

—Leí lo que escribiste sobre tu matrimonio —me dice. Se refiere al artículo para la revista.

—Bueno.

—Es triste.

—Lo es.

—Lo que viviste fue horrible, no te lo discuto.

—Bien. ¿Y entonces?

—Es que ese hombre que describes... Es como si fuera un monstruo. La suma total de todas las maldades del mundo.

—Yo nunca he dicho eso.

—Pero es lo que das a entender.

—No es lo que pretendía. Quería exponer su violencia. Nada más.

Ahí estaba mi amigo preguntándome si no había nada redimible en la persona de mi exmarido. No sé cómo explicarme. ¿Qué puedo decir a esas personas que, como él, anhelan una imagen equilibrada, una de la que se desprenda que mi marido era una persona real y que, por tanto, tenía un lado bondadoso, solo para recordarles su propia humanidad?

Me doy cuenta de que esta es la maldición de las víctimas: la obligatoriedad de dotar de una nota de color y bondad al maltratador. «Perdónalos, padre, porque no saben lo que hacen.» La benevolencia del Señor, la bondad del supervisor, la gracia del criminal, la puntualidad de la esposa.

Hacía el mejor rasam que he probado en mi vida. Cantaba siempre desentonando, pero sin rastro de timidez. A veces, cuando no estaba enfadado, podía reconocer una mirada perdida en sus ojos. Se le formaban hoyuelos en las mejillas al sonreír. Anhelaba la aprobación de su madre, pero por alguna razón nunca la consiguió. Su padre, un mayor del ejército indio, solía pegarle cuando era niño. Él anotó en una pequeña libreta de bolsillo todas las veces que aquello sucedió. Era fácil creer que un poco de amor le habría ayudado a volverse a sentir íntegro. Me había convencido a mí misma para creer aquello pese a que todo me indicaba que estaba equivocada.

Era dado a los embustes. Pero yo sabía que me amaba. Esa no era una de sus mentiras. Podía caminar durante horas sin dar signo de cansancio. No supo qué hacer cuando fuimos a la playa de Ullal —nosotros dos, solos al aire libre, bajo el implacable sol del atardecer...—; parecía desesperado, casi fuera de lugar. No había nada de romántico en él, y eso lo hacía entrañable.

Cuando estábamos en presencia de personas que no conocía, personas irrelevantes para su carrera o su política —y esto incluía a mis padres—, hablaba conmigo sin darse tregua, como si temiera que al coger aire para respirar yo fuera a aprovechar esa pausa para alejarme de allí; como si su discurso fuera una trampa, como si intentara evitar que yo lo dejara atrás.

Mi esposo es el único hombre al que he abandonado. Antes de casarme eran ellos quienes me dejaban. Y después, en mi vida como divorciada, volvieron a ser ellos los que me dejaron.

Ahora sé cuándo van a marcharse. Durante la noche, sus ojos vagan por el exilio, y cuando se despiertan muestran el abierto desinterés de los desconocidos. Sin embargo, los hombres se quedan un rato más, hasta que ya no pueden soportar el familiar hormigueo de sus pies... y desaparecen.

Algunos hombres me dejan con sus recuerdos: un lenguaje secreto, unos poemas inacabados, unas camisetas viejas y deshilachadas, anécdotas de su niñez a medio contar, recortes de periódicos reunidos en un guión que no acierto a leer, libros gastados, subrayados y garabateados, palabrotas, el gusto por los cantantes de grunge, las promesas abandonadas de los planes de vacaciones...

Algunos hombres lo reducen todo a la mínima expresión: hacen tintinear su arrepentimiento con las llaves del coche en su bolsillo, corren hacia la puerta y me dejan con un último mordisco torpe de amor. Lo llevo en la piel durante una semana como máximo, hasta que se desvanece junto con los sueños compartidos.

Algunos hombres me dejan con miles de besos, pero se trata de besos contagiosos, y en cuanto los atrapo actúan como una maldición: me mantienen despierta, febril, me paso noches enteras sin poder dormir.

Algunos hombres me dejan con batallas sin resolver y me quedo airada, colérica, sin poder disculparme ni sentirme justificada, y tengo que vivir el resto de mi vida como una estudiante con una nota suspendida, con una lista de puntos que no puedo completar o conceder.

Algunos hombres me dejan porque es una rutina para ellos: se niegan a darme o a echarme la culpa; se limitan a aferrarse al triste giro de los acontecimientos y adecuarlos al tiempo, al lugar, a la suerte, al estrés, a las estrellas o a los trabajos, o a sus respectivas y respetables familias.

Algunos hombres me dejan incluso mientras están conmigo sabiendo que nunca podré amarlos como los amaron sus madres, y que ellos nunca podrán amarme como se aman a sí mismos. Algunos de estos hombres me dejan por la falta de deferencias y porque no están acostumbrados a vivir en un espacio que no es un santuario dedicado a sí mismos, donde no se les considera divinos.

Algunos hombres me dejan porque soy impredecible: el sol en un instante y las nubes de tormenta inmediatamente después, el aroma de la lluvia de verano con el sueño roto por el estallido del trueno. No pueden seguir el ritmo de la lucha que sigue al beso que sigue a la discusión que sigue a la risa en círculos interminables.

Algunos hombres me dejan porque tienen la errónea convicción de que siempre pueden volver a buscarme, sacarme del lugar donde yo he echado raíces y replantarme a la sombra de lo que ellos tengan que ofrecer.

Algunos hombres me dejan en medio de un beso largo, con la lengua y los labios trabajando mecánicamente, mientras sus mentes compiten con objetivos de negocios, presentaciones de PowerPoint, política de la empresa, empresa de la política, crisis del capitalismo, matrimonio de la hermana, pagos del préstamo para el automóvil, terrorismo, facturas a pagar, la nueva camarera que ha sonreído lo suficiente para ser tomada en serio, la última exnovia que ha empezado a enviar señales ambiguas durante la última semana, los planes del día siguiente, los objetos extraviados y la ferviente anticipación de un ring en su teléfono.

Algunos hombres me dejan tan pronto como llegan. Otros, solo después de haber experimentado juntos nuestro camino a través del Kamasutra y de que mi cuerpo se haya contorsionado de todas las formas que exige su deseo espoleado por el porno; ahora el sexo conmigo no ofrece ninguna novedad, así que se marchan en busca de mujeres más portátiles, más flexibles, más jóvenes y, sobre todo, más ingenuas.

Algunos hombres me dejan incluso antes de empezar algo conmigo porque les

aterroriza que use pequeñas palabras como «jaula» o «aprobación» de una manera política exagerada y porque como escritora atraigo a los problemas. Si tuvieran la oportunidad de hacer brujería conmigo, no lo dudarían ni un segundo: sin dejar de ser amables y gentiles, me convertirían en piedra o en estatua de sal y se alejarían de mí.

Algunos hombres me dejan en silencio porque cometo el error de decirles que otros hombres han sido amables conmigo, y en sus mentes esto ya es un rechazo por comparación porque suponen que amable significa «mejor» y que mejor significa (¿qué otra cosa?) «mejor en la cama» y que mejor en la cama significa «pene más grande», y esa competencia en realidad supone menosprecio, casi castración, y ningún hombre quiere entrar en ese territorio.

Algunos hombres me dejan porque acaban de conocer a otra mujer que no maneja sus palabras como cócteles Molotov y crea mejores recuerdos monocromáticos y dispone de las cantidades permisibles de acidez y conoce su lugar y canta su alabanza.

Algunos hombres me dejan porque no les queda otra opción; me dejan porque mis ojos ya no se iluminan con el brillo del amor y se rompen al ver que me han roto.

Mientras tanto, la búsqueda de justicia no conduce a ninguna parte.

Imaginaos el destartalado edificio de ladrillo rojo de una comisaría de policía india. Los delincuentes se sientan en el suelo de los pasillos con las manos cruzadas sobre las rodillas. Los bancos de madera están reservados para los visitantes más respetables. Los ventiladores del techo llevan años arrastrando telarañas y hacen un ruido renqueante a cada vuelta que dan. Un viejo agente se estira como un gato al sol antes de su siesta vespertina. Parece un accesorio tan viejo como el resto de los muebles. Hay teléfonos, equipos inalámbricos y montones de papeles en cada mesa. Un ordenador en la esquina reservado para el uso del más joven y único agente experto en tecnología. Dentro de esta escena de caos cotidiano, un área dedicada a las mujeres. Una obesa inspectora de policía observa imágenes de mi matrimonio y me pregunta cuánto mide mi marido (metro ochenta y ocho) y cuánto mido yo (metro cincuenta y cinco). Sugiere que hay poca compatibilidad.

—¿Por qué te casaste con él? —me pregunta con una sonrisa—. ¿Esperabas un gran miembro?

La inspectora me contempla con una mirada directa y burlona. Yo no respondo. La vergüenza tiene muchos sabores. Este exige ser tragado en silencio.

Después reprende a mi madre por no dar una dote a mi esposo. Los hombres que se casan con una chica a cambio de una dote suelen tratarla bien. Los hombres que se casan por otras razones... bueno, así es como terminan.

La pregunta es inevitable: ¿fue un matrimonio por amor o por conveniencia? No sé exactamente cómo responder. Ambas cosas, supongo. Repito el resumen de mi historia. Nos conocimos en Facebook. Participé en una campaña contra la pena de muerte. Teníamos amigos en común. Nos consultamos uno al otro para redactar manifiestos. Aquello se convirtió en amistad. Me abrí a él. Parecía un hombre de principios, sincero y enormemente respetuoso. Sus argumentos siempre eran educados, prudentes. No le vi ninguna intención de ligar conmigo o de romper los límites de nuestra camaradería. Creamos un espacio en el que me sentía segura. Confié en él lo suficiente para decirle lo que pensaba. Hicimos planes para el futuro. Yo estaba soltera, desconsolada. No quería perder el tiempo. Él me pidió que me casara con él. En ese momento, eso era todo lo que quería oír de un hombre. No fue por amor ni por conveniencia. ¿Cómo marcamos el término medio?

Se casó a toda prisa. Se separó a toda prisa. Corrió al matrimonio y salió corriendo de él. Entiendo a los que me juzgan.

Escribo cartas a la Universidad de San Alfonso en Mangalore. Hay una revisión interna y me dan una respuesta rápida y breve.

—Le pediremos que dimita.

Exigir a un hombre que dimita en lugar de despedirlo es el atajo que las instituciones académicas prefieren tomar. Despedir a un miembro de la facultad por maltrato implica abrir un proceso, un estudio, un comité, unas conclusiones, implica tomar una decisión y atender a sus apelaciones. Una dimisión es más fácil desde el punto de vista de la institución: el problema se resuelve por sí solo. El problema se limita a hacer las maletas, irse a otra ciudad e instalarse allí. Una

universidad diferente, una ciudad diferente, un conjunto de referencias diferente. Mientras el hombre en cuestión no se convierta en su dolor de cabeza, a ninguno de sus antiguos colegas les preocupa su nueva ubicación. Así es como él se desplaza y muta. De universidad en universidad. De ciudad en ciudad. De país en país.

Mi exmarido se muda a Madrás y empieza a trabajar como profesor de inglés en el Tambaram Christian College. Pregunto a la junta de la universidad por qué lo han admitido. «Bueno, lo que pasó con usted es personal», dicen. «Personal.»

Después se muda a Sudáfrica. Defiende un amplio abanico de causas. Escribe un artículo sobre la importancia de la educación en lengua materna para los zulúes y los indios. Habla sobre la necesidad de viviendas seguras y sin violencia en Durban y sobre el apoyo comunitario para las mujeres afectadas. Graba historias orales de trabajadores contratados para forjar una narrativa de su esclavitud y sufrimiento. La causa popular palestina. Aprovechando la ola de sentimiento antiimperialista, llega incluso a respaldar al ISIS como obstáculo para la propaganda bélica norteamericana. El activismo se convierte en la máscara tras la que se esconde. Y juega la carta de la huida cuando este o aquel supervisor se queja de cualquier postura que esté tomando. No hay fin para su espíritu camaleónico. Sus campos de especialización son la sexualidad inclusiva y la masculinidad. No es hipocresía, es una sofisticada mutación multidisciplinaria. El estado mesiánico que se le confirió para detectar las causas de los desposeídos le permite atrincherarse en las comunidades. En esta etapa, hablar de su misoginia, de su violencia, se convierte en un acto de blasfemia contra un cruzado.

Durante dos años y medio, mi causa no es vista en el Tribunal Metropolitano. Voy de la ceca a la meca. Quiero que venga a la India y se enfrente a sus cargos: si cambia de ciudadanía, difícilmente podré acudir a la Interpol.

Importante escritores comunistas actúan como intermediarios y dicen que debo guardar silencio. Un periodista viene a mi casa y me pide que acepte una compensación económica. El ayudante del fiscal, cuya misión es estar a mi lado, me pregunta si estoy celosa de su nueva novia. Este es el hombre que va a defender mi caso en nombre del estado.

Entonces llega la petición de divorcio, transmitida por sus abogados. Habla de mi ultrafeminismo y culpa a mis padres por mi educación moderna. Olvidarlo

todo parece un sueño triste, imposible de alcanzar. Años después de que escapara, sigo atrapada en la red de ese mal matrimonio.

Los más cercanos a mí se llevan la peor parte. Mi madre se las arregla componiendo una ambiciosa crónica de mis dolencias médicas para sus amigos. Desgraciadamente, mi padre no puede igualar sus poderes imaginativos o narrativos.

Él coincide con ella en casi todo lo demás: formación académica, salario neto, el hecho de ser un funcionario público, votar al DMK, ser una persona madrugadora, quejarse del precio de las verduras, preferir el té con cardamomo, leer las expresiones faciales, recitar con mucha emoción a Bharathiyar, citar textualmente a Shakespeare, usar palabrotas tamil absolutamente originales y mostrar una marcada tendencia a creer en supersticiones y a automedicarse.

A diferencia de la tendencia de mi madre a recurrir a descripciones gráficas de su propia batalla para traerme de vuelta a la sociedad, mi padre maneja el problema de mi matrimonio apresurado y mi separación aún más apresurada de una manera extremadamente metódica.

Cuando la gente le pregunta qué está haciendo su hija, él hace una rápida estimación de lo cerca que está el interrogador de la familia. Conductores de tuk-tuk, vecinos distantes y parientes lejanos obtienen una versión desinfectada de que estoy felizmente casada y vivo en Estados Unidos o Singapur o Londres, o en cualquier ciudad que esté de moda ese mes. En la historia de mi padre adaptada al nivel uno (desconocidos) vivo la felicidad de los expatriados, mi esposo enseña en una prestigiosa universidad y nuestra pareja es una feliz unidad de ingresos dobles sin niños en un hogar moderno donde trabajamos codo con codo, y la única razón por la que su yerno no viene a Madrás es su tarjeta verde de residente o que está trabajando en un libro y no dispone de tiempo para viajar.

En la historia adaptada al nivel dos (desconocidos influyentes) —que abarca colegas de trabajo, vecinos, policías, directores de universidades y personas a las que es posible necesitar en caso de infortunio—, su hija está de vuelta «justo en este momento» porque ha sufrido «un pequeño malentendido» y «el tiempo lo cura todo» y «la ausencia aviva el olvido» y «ya sabes cómo son los jóvenes de hoy en día».

También está la antihistoria, adaptada para la audiencia de nivel tres (conocidos molestos), una categoría que incluye amigos compartidos por padre e hija, generalmente organizados como mosaicos en un muro de Facebook. Es la categoría de personas que saben más que él sobre mi gusto por la moda, y que están al caso de que la última vez que me conecté a internet fue desde [inserte el nombre del café o pub]; es la categoría de personas que secretamente se pregunta si el vaso que sostengo en la foto de perfil que me hice en fecha dd/mm/aaaa contiene solo Coca-Cola o también un chorrito de JB; es la categoría que conoce los nombres de todos los hombres que generosamente marcan «me gusta» a todas mis publicaciones. Es también la categoría más heterogénea, un grupo tan variado como el que puedes encontrar en el puesto de autobuses de Koyambedu, incluido el tutor de matemáticas de mi padre, un respetable señor de setenta y cinco años que un día llamó indignado a mi padre para quejarse de que yo había subido una foto en la que se me veía el tirante del sostén en el hombro. Cuando le preguntaron a mi madre, ella comentó despreocupadamente que, en efecto, el tirante del sostén de una chica estaba destinado a ocupar su hombro —¿qué si no? —, pero lo más importante era preguntarse por qué un anciano pasaba su tiempo en Facebook mirando los tirantes de los sujetadores de una mujer que apenas tenía dos años cuando la vio por última vez.

Cada vez que mi padre supone que la persona que está frente a él pertenece al nivel tres, se asegura de que la palabra hija o hijos se mantenga al margen de la conversación, y en el caso de no poder evitarlo y que le formulen las preguntas que pretende esquivar, siempre ofrece su respuesta estándar: «Dímelo tú. Dime en qué anda metida mi hija. Ella ha crecido y tiene alas. Un padre no puede saberlo todo sobre la vida de sus hijos».

Las personas del nivel cuatro (amigos, familiares y simpatizantes) son aquellas que saben mucho más de lo necesario sobre la historia de mi desafortunado matrimonio y las que culpan a mi padre por haber tenido una hija testaruda, por haberle ofrecido una educación excesiva, por criarla como a un chico, por no disciplinarla lo suficiente, por enviarla a estudiar fuera de casa sin supervisión, por permitir que ese torbellino de matrimonio tuviera lugar, por no consultarles cuando ese torbellino de matrimonio comenzó a hacer aguas y por ser un marido calzonazos que escuchaba demasiado a su esposa y a su hija. El nivel cuatro está formado por los castradores, aquellos a los que mi padre tiene más miedo. Y en respuesta a todos sus reproches, él se limita a asentir con la cabeza y a suspirar diciendo: «La niña NUNCA me hizo caso».

Mucho antes de ver Cinema Paradiso, antes de darme cuenta de que Alfredo ordenaría airadamente a Salvatore que abandonara el pequeño pueblo al que llaman hogar, yo recibí unas directrices similares por parte de mi padre. «Vete. No vuelvas.»

Durante muchos años no pude entender por qué dijo tal cosa a su propia hija, pero una tarde, mientras estaba en la sala de estar de mis padres, medio viendo la televisión y medio releendo por enésima vez la petición de divorcio, Cinema Paradiso me proporcionó la respuesta. «Vete. No vuelvas.» Era un acto de amor. Así que, finalmente, obedecí sus órdenes. Me marché todo lo lejos que mi talento pudo llevarme.

Aquí, el sonido de mis tacones sobre las solitarias calles adoquinadas me dice que he llegado muy lejos, que ya no me hace falta correr. El marrón pelado de los árboles desnudos por el invierno. Un frío que me obliga a cubrir cada centímetro de mi piel. Un cementerio local de color gris piedra y verde musgo en el que regreso a la poesía. El sol opaco en un cielo nublado. Un sol que se dobla y se guarda al final de cada día para favorecer los encuentros sin rostro de la noche.

Durante las primeras semanas en aquel paisaje tan nuevo para mí no hago más que absorber su... encanto.

Aprendo a disfrutar de esa vida, provista a la vez de furia e intimidad. Aquí no tengo un amante con quien hablar de un futuro. Aquí no tengo un amante con quien compartir las palabras perdidas de mi idioma. Aquí no tengo un amante al que escribir poemas sobre la lluvia. Aquí la lluvia en sí es un agradable desconocido al que no quiero conocer; nada que ver con las íntimas duchas monzónicas de casa, con los truenos que aterrizan en mi ventana.

Aquí, el hombre que está al otro lado de la sala, el hombre al que llevo a la cama todas las noches, el hombre al que creo que amo, nunca podrá desbloquearme, nunca accederá a mi mente, nunca desnudará mi lenguaje, nunca llegará a mi piel. Quiero que siga siendo un extraño. Por experiencia sé que es más fácil amar a extraños. Estoy dispuesta a dárselo todo y, en el mismo instante, a quedarme lejos, fuera de su alcance. Quiero amor, pero lo quiero a un brazo de distancia, desde donde no pueda herirme.

Esta relación tiene sus inconvenientes. No le digo que tengo intención de quedarme. Él no me pide que me vaya. Por el momento, estamos envueltos en amabilidad. Es un ser amable que me ama.

Es una amabilidad que va más allá. Una en la que nadie me pregunta si estoy casada. Una que no teme a la violencia doméstica. Es una amabilidad sin el ahogo del matrimonio. Una en la que puedo tener a varios hombres sin que mi vida se vaya al traste. Una amabilidad lejos de casa que me permite comenzar el proceso del olvido y la curación.

Hay un cartel de Marx sobre la cama de mi amante: «Ser radical es coger las cosas por la raíz». Sé que, en mi caso, ser radical significa cortarme de raíz.

Un mundo que se construye en la dimensión de mi lenguaje es hermoso, pero también oculta dolor. Mi cuerpo me incomoda, me avergüenza, me cohíbe. Mis cicatrices son mis secretos. Mis hombros rectos a veces se hunden; desearía que mis pechos desaparecieran. El pelo se me cae a mechones, y esa es la peor de las vergüenzas para una mujer, una vergüenza que incluso cuesta admitir entre los amigos más cercanos. Cada peinado que me hago es un intento de esconder la verdad. Me duele la espalda por pasar tantas horas sentada. Cuando tengo la regla no soy más que un lamento y un aullido continuo. Mis rodillas sobrellevan el ingrato desafío de mil castigos arrodillada en la escuela. Mis talones agrietados dan cuenta de que soy una mujer que no tiene tiempo para sí misma. Me afeito las piernas si voy a estar con un amante esa semana y solo si el encuentro apunta a una posible intimidad. Mi cuerpo real milita en mi contra, lanzándose hacia la enfermedad y el envejecimiento. Lleva en los ojos las heridas de la angustia y del dolor. Por el contrario, mi cuerpo escrito está bajo el más perfecto control. En mi cuerpo hecho de palabras soy invencible. Mi pecho tiene la seguridad propia de las reinas de la belleza, y los hombres no me dejan huella. Ni los que ejercen de amantes ni los desconocidos.

Mi cuerpo escrito solo se abre en la medida en que yo quiero. No requiere el permiso de mis padres, no requiere la aprobación de la sociedad. Mis palabras pueden revelar un escote generoso, una cintura que se contonea... pero no permiten que nadie me ponga las manos encima. Envolviendo mi cuerpo en palabras, lo protejo de la mirada curiosa, del análisis y de la inspección. Está embozado contra las manos ajenas. Mi cuerpo de mujer, cuando no es real, sino

escrito, resiste las violaciones.

Aquí, mi piel. Aquí, las líneas irregulares de color verdoso que se marcan en mis muñecas. Aquí, mi sangre. Aquí, mi pelo negro azabache.

Espera. Aquí, mi coño, que es lo más importante.

Todo músculo, toda memoria.

El único cuerpo que me siento capaz de compartir es el que he creado a partir de mis propias palabras. Mi piel no adquiere el tono correcto en los espejos, sino cuando la describo. Así, no es justa ni oscura, no es áspera ni brillante, no es una piel que vaya a ser juzgada y condenada. Es la piel de una mujer, como podría ser la corteza de un árbol. Marrón, más clara bajo el agua, más suave durante el monzón, más brillante a la luz del sol, en el crepúsculo.

Mis dedos, cuando están bajo el dominio de las palabras, son poesía y canción, música y danza, y trazan pequeñas mariposas en el aire. Detrás de las palabras escondo los dedos ásperos de la chica que lava su ropa a mano cada semana; así es como te llevo lejos de las manos de una mujer agitada y torpe que derrama el azúcar cuando se prepara el té y derrama el té mientras lo vierte y rompe la taza cuando se dispone a limpiar todo ese desastre. Las palabras me permiten escapar. Las palabras dan a luz a otra mujer.

El problema es que cada vez que me siento a escribir sobre mi matrimonio, sus ataques me sobrevienen en bucle. He adaptado listas de reproducción para ayudarme a ahogar su voz, pero la música ha empezado a inmiscuirse en la escritura: mis dedos siguen escribiendo, pero mis oídos se centran en las letras de las canciones. Sus reproches se superponen a sí mismos como un rap sobre las canciones. La rapera M.I.A. se topa con Tom Waits que se topa con el exmarido idiota. «Hustle, hustle, hustle, grind, grind, grind. Una puta solo tiene una cosa en mente.»

Decido dejar sus palabras en este libro, aquí deben estar.

«Para ti, todo es material de escritura, ¿verdad? Este matrimonio, este amor, este sueño que intento construir para los dos.»

«Mañana convertirás esto en un libro. Habrá entrevistas y lecturas en voz alta. Viajarás, posarás para fotógrafos, saltarás de ciudad en ciudad, volarás por todo el país, cada noche te acostarás con cualquier hombre que te apetezca. La escritora. La mujer libre.»

«El problema es que no quieres una oportunidad decente en la vida. Lo único que andas buscando es una historia y estás convirtiendo mi vida en un infierno.»

Estas palabras son el equivalente de un epitafio.

«Debajo, una parte de mí yace enterrada.»

Soy la mujer del mito y la boñiga.

(Cierto. He creado algo de eso.)

SANDRA CISNEROS,

La mujer depravada

Soy la mujer que se sienta a escribir su historia. Soy la que se prepara para captar tu atención. Soy la que se ha propuesto para la inspección mundial.

Aquí está mi manual de instrucciones:

Golpéame en un ojo. Atízame en la cintura. Calcula mi altura. Pídeme que abra la boca de par en par. Enciéndeme una antorcha dentro. Pídeme que abra las piernas de par en par. Pídeme que me relaje y respire hondo. Enciéndeme una antorcha dentro. Examíname: con tus dedos enguantados, con tu espéculo. Toma notas. Ríete de mí en el almuerzo. Comprueba si conoces a alguien que conozca a alguien que conozca a alguien como yo. Todos lo hacen, a todas horas. Vuelve, porque no tienes otro modo de conocerme.

Soy la mujer que es una joven escritora con los bolsillos llenos de piedras pesadas. La que ha hecho acopio de pastillas para dormir, la que tiene un sari de gasa que algún día le partirá el cuello. Soy la mujer del vómito y la cobardía.

Soy la que un día fue una esposa marginada. Soy la misma esposa que escapó.

Soy la mujer cuyo origen no está probado. Soy la que no aporta ninguna evidencia de linaje, la que no tiene que dibujar un árbol genealógico con sus raíces destrozadas, su porción de concubinas y mantenidas, sus incorregibles ramas de hijos bastardos.

Soy la mujer que no será silenciada por el código del sub judice, que prohíbe hablar porque el juicio está pendiente. Soy la que fue acusada de ultrafeminismo en la petición de divorcio, la que no se avergonzará con las preguntas del interrogatorio. Soy la que no se sienta en los tribunales de familia arrestada por la transgresión de cruzar las piernas y no llevar su thaali.

Soy la mujer atrapada en el anzuelo del primer amor, la del corazón roto para la eternidad, la que descubre que es una segunda esposa, la que es acosada, la que una vez fue amada, la que lleva el estigma de los aires confusos y los secretos indescriptibles de amigos errantes.

Soy la mujer que no tiene que nombrar a sus amantes ni ordenarlos alfabéticamente en la tradición sagrada de una guía telefónica. Soy aquella a la que no se le pide que dé su nombre. No me enfrentaré a la muerte por ocultar los detalles.

Soy la mujer vituperada por haber pasado de un hombre a otro, de una mano a otra. Soy aquella a la que la sociedad no puede escupir ni tirar piedras porque mi yo solo está compuesto de palabras en una página, y las líneas con que hablo son las que todos pueden oír con su propia voz.

Soy la mujer a quien los hombres no llevarían a casa con su madre. Soy la que no sonrío frente al detergente líquido, la que no alcanza el clímax sobre el detergente para la ropa. Soy aquella que, después de preparar comidas de cinco platos y fregar retretes hasta dejarlos brillantes, se queja públicamente por el pesado trabajo doméstico.

Soy la mujer que no es una buena chica hindú, una buena chica tamil, una buena chica kerala, una buena chica india. No pertenezco a ninguna de las categorías a las que pensé que pertenecía; no soy ninguna de las categorías para las que me moldearon.

Soy la mujer cuya reputación se oxida. Aquella que disuelve su «érase una vez» en vodka con rodajas de lima, chiles y sal marina. Soy la que se lo traga sintiendo el dulce calor de un whisky, la que lo enrolla en apretados porros y se lo fuma soltando el humo en círculos de pesar. Lo uso en estampado de leopardo. Lo enseño por ahí en su estilo rojo y escandaloso. Lo llevo a todos los bares de mala muerte de la ciudad. Lo dejo atrás en las camas de hombres cuyos nombres no me molesto en preguntar.

Yo soy la mujer que no conocía a esta mujer, salvaje y extática, atrapada en mi interior. Ella es la desconocida que voy a llevar a la ciudad. La desconocida que estoy empezando a conocer, la rebelde que habita bajo mi piel y se niega a someterse a cualquier juicio.

Soy la mujer con alas, la que puede volar y follar a voluntad. He sacado a escondidas a esta mujer del paisaje opresivo de su pequeña ciudad de la India. Necesito sacarla a escondidas de su historia, más allá de lo que se debe y no se debe hacer por las buenas muchachas indias.

Soy la mujer que está dispuesta a mostrar sus cicatrices y plasmarlas en los

marcos de la exposición. Soy la loca de las noches de luna llena. Soy la mujer cuyo pecho late al aullar. Soy la que quiere que el cielo lllore en mi lugar.

Soy la mujer que practica el sexo saliendo de sí misma. Soy la que ha padecido una violación, la que busca dormir en una cama individual, aquella cuya confianza se ha roto, aquella de quien es más fácil hablar.

Soy la mujer que ha tratado de protegerse del dolor de la primera persona del singular. Soy la mujer que le da vueltas a cada burla recibida para acabar encerrándolas en sus frases.

Soy la mujer que se halla en el lugar de la que detesta entrar en esta historia por cualquiera de sus narraciones —policíaca o procesal, personal o ficticia— porque ha luchado tanto y tan duramente para zafarse de la historia que, ahora, cuando se le pide que hable, preferiría una y mil veces enviar a una sustituta. Compartir historias puede ser una catarsis, pero para ella es el segundo castigo más refinado. Yo soy la mujer que habla en su nombre.

Soy la mujer que puede conmovearse con la brutalidad de lo cotidiano, de sus saltamontes moribundos y de sus flores marchitas, de sus niños hambrientos y sus refugiados que se ahogan. Soy la mujer parapetada tras las palabras, reducida a una película que corre por su mente, objeto de palizas, capaz de aguantarlo todo hasta que algo se rompe y el destino escapa de ella. Soy la mujer convocada para enfrentarse a la vida de una mujer que teme encarar su propia realidad.

Soy la mujer que pidió ternura y a cambio obtuvo violación. Soy la mujer que ha cumplido su condena.

Yo soy la mujer que, aun con el corazón roto, sigue creyendo en el amor.